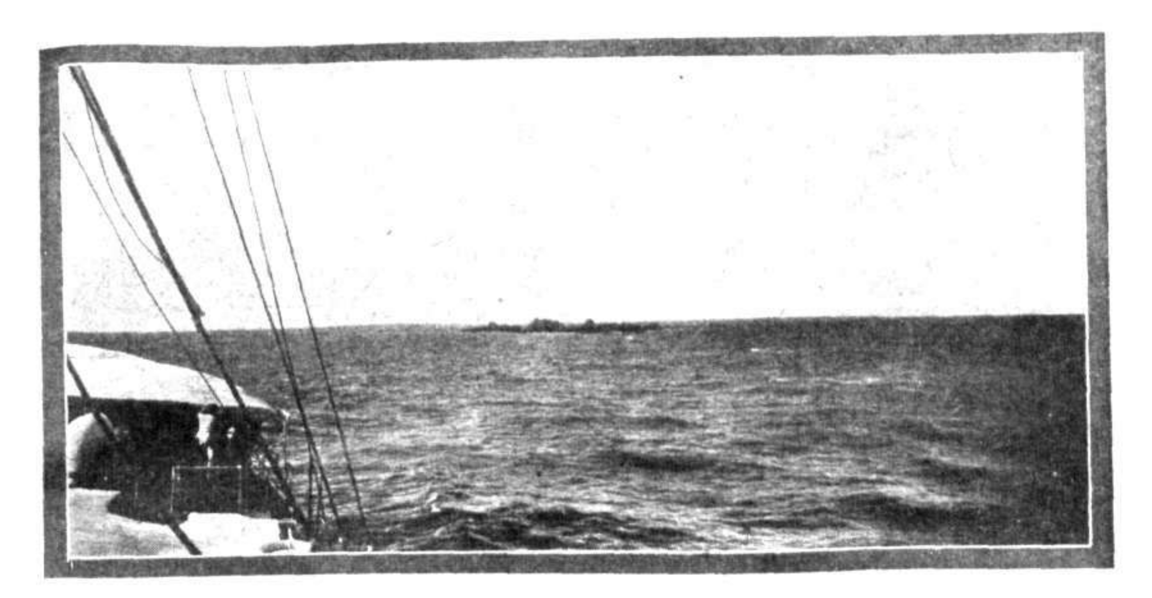
CARAS Y CARETAS



Las sombras en relieve

¡SE NOS VIENE ENCIMA!



RUTA DE ESPAÑA

EN EL DIVINO MAR

NAVEGANDO

La otra vez fué el mar quien me despertó con su inconfundible luz, mirándome de frente por el ojo de buey. Quien ha visto aquella pupila azul de Poseidón, entre sus pestañas blancas, bajo sus cejas de espuma, no la olvida ya nunca. Es una mirada bruñida y feliz, la suya, que se da entera; no sabe de bueno ni de malo, de justo ni de injusto, pero sabe de infinita placidez y de absoluta alegría. Con riente dulzura, Poseidón se baña en la luz de su propia mirada las barbas de plata, en cuyo cándido temblor se está viendo cómo es también este dios el numen de los manantiales y de las dormidas fuentes.

La otra vez fué el mar quien me despertó. Ahora soy yo quien, noche aún, me despierto a despertarlo. Subo, listo, a la cubierta, que marineros madrugadores baldean y lavan. El mar está negro, inviolablemente negro. Hay algo de profanación en haberse levantado a mirarlo. Pasa un divino frío en la brisa. Del lado de babor, muy lejos, palpitan y llamean los faros de una costa. Casi da miedo.

Por fin quiere amanecer. Ahora hay una barra de lacre en el horizonte, que el mar refleja en rojizo borrón. ¡Qué cosas no haría Alonso con este misterio!

Va amaneciendo. Veo tenderse el mar en círculos siempre más anchos, morado, vinoso, de un color de higo. «*No. No es esto lo que yo quiero. Quiero que te azules, mar, quiero que te azules*». Así grita mi alma, suspensa en la desteñida aurora. Se ha vuelto pájaro y reclama esto, no sé cómo, en lo alto del mástil, entre las cuerdas del palo mayor.

Mas no se azula el mar. He aquí solamente en el nublo amanecer una inmensa lámina gris, llena de abolladuras y de arrugadas ampollas; movible chapa de cinc que ondula con tristeza. Algo en mí se ha vuelto pájaro y sigue reclamando: «*¡Que te azules, que te azules, mar!*»

Pero no ocurrirá como deseo. El cielo de mayo está plomizo. Tendremos un mar de estaño, o bien un verde mar como ese de los balnearios, manchado de tantas lujurias; no tendremos el mar azul, la alta mar, de rostro azul, de inolvidable, de divino rostro azul, amado, bien amado de los poetas, de los marineros y de los piratas. No tendremos el mar azul, empavonado, lleno de esmaltes, ni esas turgentes y pausadas olas rameadas de blancura de las grandes bonanzas. Hoy no veremos sonreír el *rostro* de Poseidón.

RÁFAGA

Estás junto a la borda, mirando mar. Brilla alto el sol y espejean las olas. De pronto, una ráfaga salta brusca de las olas sobre cubierta, te envuelve entero, te enlaza todo. Sientes la cara húmeda de esta ráfaga pegada sobre tu cara; sus labios, súbitamente, en tu oído.

¿Qué lleva esta ráfaga?... ¿Qué traes, racha? ¡Ya se disipó en la soledad sin riberas! El alma, un instante supersticiosa, teme por los que quedaron lejos. Será una mala noticia de la patria... Será un recuerdo que nos alcanza... Será un misterio mayor todavía...

ROCAS DE SAN PABLO

Después de no contados días de ver únicamente mar y cielo, cielo y mar, nos están para la tarde anunciadas las solitarias rocas de San Pablo, donde, al medio del océano, anidan las gaviotas.

¿Allí, tal vez?... Sí. En la última lejanía, bien al frente, a proa, una acompasada blancura de espuma que se alboroza más y más alta, denuncia y señala el escollo. Luego se ve de otro modo. Se ve el brazo de una ola levantarse largo sobre la muralla, como para coronarla de una corona que se le deshace siempre.

Ahora, ya muy vecinas, las rocas remedan exactamente la forma de un navío, de torva negrura volcánica, petrificado en la soledad.

Ahí se alzan finalmente, a cincuenta metros, bañadas de guano, un guano semejante a espolvoreada cal de huesos, de donde toman las peñas pálido as-

pecto tumulario. El cañoncillo de señales dispara tres veces y se levanta sobre los tristes peñascos el azorado vuelo de las gaviotas.

¡Pobres peñas en medio del mar! ¡Qué historia, acaso, la suya, más digna de contar que tantas que repite la fama. Rocas perfiladas por la tormenta, acuchilladas por la espada de los relámpagos, partidas y rajadas al tajo del rayo, serruchadas por las mareas, mordidas y peladas por los huracanes, ya saben cosas!

Repetimos, frente a ellas, las interrogaciones de Ricardo Rojas ante la piedra muerta del Tandil. ¿Qué numen fueron en un remoto tiempo, estas dolorosas peñas que ahora fingen la figura de un buque encallado? (Encallado, a la verdad que no, sino anclado para todos los siglos en la imposibilidad de la muerte.) ¿Qué presencia fueron? ¿Cuál pasado fué el suyo? ¿De qué sumergida grandeza son el final vestigio? ¿De qué ausencia enorme son la concreta soledad? Las olas se agolpan a lamer este dolor de sepulcro y el viento aúlla y brama vigilando este confín de pesadilla.

Y no hay nada; ni siquiera un mito, esa flor que tanto brota en rama verde como en vacío abismal. Se conoce que por aquí no pasaron nunca los griegos. Ellos sabían entender los símbolos del mundo. En esta apariencia volcánica, en estas gaviotas, en esta nave perdida, en este océano sin límites donde se para el tiempo, los griegos hubieran visto, de seguro, alguna profunda señal, que los conquistadores no supieron ver ni veremos nunca nosotros, y hubieran surgido un formidable mito al despejado cielo de las revelaciones.

¿Y antes? ¿Y antes?... Si la Atlántida existió, en estas rocas debieron de situarse portentosas leyendas. Acaso, ahora mismo, pueden ser clave de interpretación para algún viejo relato de las costas del Brasil, si es que de la maldita isla de los atlantes flota siquiera una niebla de leyendas, y no todo se perdió bajo el trueno de la ineluctable maldición.

Se aleja el buque, y sobre el pardo mar la espuma se destaca de nuevo; la espuma que echa rítmicamente, manojos de sus flores sobre ese túmulo atlántico, donde acaso está muerta, desde hace siglos, nada menos que una Edad.

EL ABISMO

POBRE mar, no sabe nada, ni de estos peñascos ni de sí propio. Jadea, queriendo saber algo, bajo el firmamento. Este gemido suyo, este manso pero inconsolable dolor con que gime, es interrogación. A veces, creyendo que el hombre puede responder a su eterna pregunta, se encrespa y rodea de peligros las naves. Las olas se vuelven un tropel de monstruos, las fauces revueltas de espumarajos. Estos elásticos monstruos son los que barren las cubiertas y se llevan en vilo al marinero que pasa. Estos monstruos son los que se encaraman hasta los escondites más altos y se asoman a mirar al hombre cara a cara hasta el fondo de sus virtudes y sus crímenes. Estos son los que se tragan las naves y se ponen a mirar visionariamente en el ojo desmesurado del náufrago.

TORMENTA

MENOS mal que ahora cae la tormenta del trópico, la tormenta parda, por momentos violácea, del trópico, y el mar se torna, con repentina desolación, en un desierto gris de ceniza que ondula melancólicamente. Acá y allá — cansados camellos — las movibles jorobas de estas o aquellas olas. Lo demás, horizontal ceniza. A veinte metros está el límite del mundo. Suena sobre el buque y alrededor del buque la música densa de la lluvia. El cielo es como un pequeño toldo, bajo, exiguo, precario; improvisada tienda de lona en yermo sin color; tanto envuelve la lluvia al barco en el cerrado aguacero.

Mientras tanto, salta el agua por entre las jarcias, baja a chorros por los mástiles, se teje con el humo de la chimenea. Lo que no se moja, se humedece y trasuda.

Todo se borra en la tormenta; el horizonte del mar y aun el término del alma. Ya no sé para qué me embarqué ni adónde voy.

¿No hay bosques en los mares? ¡Sí que los hay! Ved aquí el bosque de la lluvia que vamos atravesando; bosque de un pálido follaje que se desgaja sin cesar. Y el barco, en este bosque, ¿se sabe lo que es? Entre ave Rock de los relatos orientales y pesado albatros descomunal, anda a tumbos, caído sobre este salado fango.

Y el fruto de este bosque, si lo da, ¿cómo se llama y quién lo ha visto? Yo lo he visto y juraría estarlo viendo, apabullado, huero, entre los ramajes de agua, símbolo fiel del aburrimiento y del hastío.

Pero, ¿y su nombre? Su nombre, como nuestros nombres, como todos los nombres, se ha caído al mar con el último chaparrón. Al tercer día de lluvia, comenzamos a navegar resueltamente hacia el olvido.

PATRIA EN EL MAR

EL sol del veinticinco de mayo despunta para nosotros en el mar. Es día domingo. Entre sueños oímos primero, imprecisa, lejana, seguramente soñada, mansa música de metales. Aceptamos con lentitud la verdad. Es la banda del buque, tocando, matinal, según poética costumbre de la marina alemana, una plegaria dominical. Ya pasa. Ya se va. Todavía, entre sueños, ideas grandes — idea de Dios, idea de destino inteligente, idea de promisorio más allá — echan su sombra dulce y liviana sobre el alma. Luego, nada. El sueño cierra su manto de nuevo.

¿Y ahora? Ahora suenan compases marciales. Por toda la nave, despertando a todos, pasa la banda, al claro y robusto son de la marcha guerrera de San Lorenzo. Nos despertamos totalmente a respirar esta ráfaga bravía. ¡Arriba! El mar, para conmemorarnos, ha querido amanecer de un azul brillante y no cesa de florecer espumas. En cuanto al cielo, ¡es todo nuestro!

De noche, a los compases del himno nacional que abre la fiesta, a la que todos acuden con los colores argentinos en el pecho, los ojos se empañan de incontenible y ardiente humedad de lágrimas. Nos sentimos más buenos, más justos y más dignos; más capaces de una acción generosa. Venga y oiga himno nacional, lejos de la patria, ese utopista que la niega. Baje los ojos y mire en su corazón si no es por ventura el sentimiento de la patria lo mejor que guarda en él para los hombres. Y si no le guarda, ¿qué guarda? Quien dice pertenecer a la humanidad cayó en lo abstracto y en la nada, y no sabe de dónde viene ni tiene adónde ir.

El sentimiento de familia es la verdadera luz de la casa. El sentimiento de la patria, la verdadera luz de la ciudad. Borradlos. Casa a obscuras y ciudad en tinieblas. ¡Viva el nuevo edificio social! Muy bien, pero ya no nos vemos las caras, ¿y cómo trabajarán los albañiles?... ¡Viva el nuevo edificio social!... Muy bien. Pero devolvámoles su luz, para empezar, a la Ciudad y a la Casa.

Y que sean eternos los laureles.

ARTURO CAPDEVILA

DEL GRAN CONCURSO LITERARIO DE "CARAS Y CARETAS"



IDILIO SERRANO

El sol brillaba en el horizonte desde hacía un rato. Era una de esas mañanas de oro del verano montañés.

Gualberto Alvarez dormía aún. Había llegado el día anterior, y así, durmiendo hasta esa hora, él, alegre madrugador, se desquitaba de las fatigas de un viaje de veinte leguas a lomo de mula.

No tardo en despertar. El sol entraba por la puerta, diagonalmente. Afuera, ahogando casi el ruido de la gente, que se aperdigaba a los quehaceres del día, y el de las aves y los animales de corral, oíase vivaz, innumerable, el bullicio cristalino de los pájaros. Un chingolo curioso apareció en el umbral, dió dos o tres saltitos hacia dentro y escapó de pronto.

Por veces, llegaba, perezoso y lleno de dulzura maternal, un mugido de vaca. O alto, agudo, vibrante de claridad matinal, repercutiendo en los cerros próximos, escuchábase el relincho de algún caballo.

De pronto, «Huascar», su perro, entró en la pieza. Venía, sin duda, a saludar al amo; acezando, respingando, latigueando la cola, refregándose contra la cama, expresaba su contento. El joven le acarició la cabeza con una mano.

—¡Eh, «Huascar», ¿cómo te va?

El animal daba pequeños gemidos mimosos, como respondiendo. Se desprendió, metióse por medio de las sillas, debajo de la mesa, huroneando todos los rincones y volvió otra vez.

—¡Eh, bárbaro! — exclamó Gualberto, apartándolo, pues casi le había rozado la cara con el hocico.

La desbordada alegría de «Huascar» parecía una invitación afuera. Gualberto se incorporó rápidamente y empezó a vestirse.

Momentos después ensillaba su caballo. Era éste un colorado de gallarda alzada, vivaz y manso. Aunque un poquito espantadizo, Gualberto preferíalo por su aguante en los galopes.

Así que hubo bebido un vaso de leche recién ordeñada, el jinete montó su cabalgadura, que tocada por el látigo, arrancó al trote. Así marchó un rato.

Conforme se alejaba, metiéndose en los callejones y en los recodos solitarios, iba sintiéndose conquistado por la belleza genuina del paisaje, embriagado por aquella vida luminosa. Porque él era sensible, en grado no común, a la vida hermosa de la naturaleza. Pero ahora, más que tal sentimiento, poseíalo un ansia violenta, casi acre: el despertar de su generosa vitalidad adolescente, amustiada un tanto por los nueve meses largos del año estudiantil. Apretando los ijares del caballo, lanzábalo a la carrera. Después, llevando los pies hacia adelante, enderezando el busto y tirando despacio la rienda, lo paraba de golpe, con airoso amaño. Acariciábale entonces el cogote, palmeándolo y dejábalo ir al tranco.

En una de estas veces, en el mismo en que detenía su caballo, vió, allá en la punta del callejón a una moza que avanzaba con donoso andar. Vestía pollera blanca y manto celeste, hábito de una virgen de la región. El la reconoció al punto y le sonrió ligeramente. — Va a misa — pensó.

Pero ya estaban a unos cuantos pasos uno del otro, y Gualberto, apeándose, fué a encontrarla. Se saludaron y mientras retenía una de las manos de ella entre las suyas, se congratulaba, zalamero, de la suerte que había tenido en tomar, precisamente, ese camino...

Linda era la moza, y el celeste del manto no sentaba mal al moreno de su carita campesina, suavemente encendida ahora, quizá por las cuadras que traía andadas, quizá por el encuentro con el joven. Este la miraba con demasiada insistencia los ojos, obligándola a bajarlos: grandes ojos verdes, amorosos como

los de la torcaza, tímidos como los de la liebre.
— ¿Cuándo ha venío? — dijo ella.
— El viernes. Ahora he salido a visitar a los amigos, a ver si los buenos amigos se acuerdan todavía de mí...
— Pero claro que tienen que acordarse — respondió ella, mirándolo.
— No, no es muy claro — continuó él, con enamorada malicia. — Sin ir más lejos, yo sé de una persona que dicen que se ha olvidado de mí...
— ¿Quién es?
— ¿Quién?... Este... la que conversa ahora conmigo...
— ¡Bah! Sí, sí, tan luego...
— ¿Tan luego qué?
— Nada...
La joven bajó los párpados y guardó silencio.
Gualberto preguntó de repente:
— Dime una cosa, Jacinta.
— ¿...?
— ¿Es cierto que estás de novia?
— ¿Yo?... — repuso ella, alzando los ojos llenos de extrañeza.
¿Por qué me dice eso?
El gustaba íntimamente todo el encanto de aquel asombro provocado adrede.
— Porque... sí, ¿Acaso no puede ser cierto?
La moza hizo un mohín displicente con la boca.
— No puede ser...
Se había sonrojado ligeramente y tenía otra vez los ojos bajos.
El le miraba un gracioso lunarcillo que tenía junto a la boca.
— Te hallo más gorda, Jacinta... Y más buena moza.
— ¡Embustero!...
— ¿Cómo?
— Nada... — repuso, sonriendo, pero sin mirarlo.
Hubo una pausa.
— Jacinta, te estoy demorando. Y vas a misa, ¿no?
— ¡Sí!
— Bueno, espero que también rezarás un poco por los que no saben rezar... por mí, por ejemplo...
— Tal vez...
— ¿Cómo tal vez?...
Ella se sonrió, él insistía.
— ¿Eh?
— Bueno, sí, sí...
Un instante después, Gualberto se alejaba al galope. Ya al extremo del callejón, volvió la cabeza para mirar a la moza, en el preciso momento en que ella hacía lo mismo.

II

TENDIDO en la cama, dispuesto a dormir la siesta, Gualberto evocaba con todos sus detalles, reviviéndola, la escena de la mañana.
— ¡Está linda, diablos! — se dijo, recordando la gracia aldeana de la muchacha. Como gorjeo de golondrina le sonaban aún aquellos «sí, sí», con que había consentido en rezar también por él... Y reía de la dulce broma. Y aquel darse vuelta de ella, para mirarlo, le llenaban de secreto regocijo.
Y rememoró prolijamente, con un dejo sentimental y picaresco a la vez, sus amoríos con la moza.
Conocíala desde niño, pues casi se habían criado juntos. Lleváronle a él a la ciudad, y recién al tornar en las primeras vacaciones, sintió, casi sin darse cuenta, que la presencia de la chica le turbaba dulcemente. De esto hacía ya lo menos seis años. Durante este lapso de tiempo, el ingenuo idilio había sufrido muy pocas alteraciones. Reanudábase en cada verano, y así su recuerdo tenía algo de las hierbas fragantes y de las frutas maduras. Pero seguidamente, con su retorno a la ciudad, venía el olvido. ¿Olvido?... ¡Hum!, no. En efecto, en sus incoloros meses de colegio él solía pensar siempre en ella con curiosa ternura.
Conservaba muy vivos algunos recuerdos.
El solía pasar con frecuencia varios días en casa de una pariente que era madrina de Jacinta. Iba allí casi seguro de encontrar a la chica, o cuando menos de verla, pues el rancho de la familia de ésta quedaba en la vecindad.
Una mañana, después de recorrer un alfalfar, al salir por el callejón que conducía al camino principal, gritó, arrimando su caballo contra la tapia:
— Tía, mande a alguno que reciba la llave.
— ¡Ya va!
Esperó un rato, Apareció por fin el enviado: la Jacinta. Su turbación era visible.
— ¿Dónde está la llave?
— Aquí... en la mano...
Quiso decir algo más, pero no halló qué. El también estaba un tanto confuso. Estiró el brazo por sobre la barda de la tapia y le alcanzó la llave. Después, casi involuntariamente, le salieron las palabras de despedida:
— ¡Adiós, Jacinta!
— ¡Adiós!
Al llegar al camino principal, dióse vuelta a mirarla. Creía verla llegando ya al patio de la casa; pero no: aun estaba en el sitio en que la dejara, al parecer entretenida en su huso, pero en realidad, él estaba seguro, «viéndolo alejarse».
Otra vez, una mañanita nublada y un poco fría, en que iba dirigiéndose al campo, empezó a lloverle en el camino. Tuvo que volverse. Al pasar frente a la casa de la Jacinta, como la llovizna se hiciese más densa, sujetó su caballo ante la puerta, y preguntó en voz alta:
— ¿No convidan techo?
— ¡Cómo no! — respondió de adentro, alegre y franca, una voz de mujer. Era la Petrona, la hermana mayor, que a la sazón aparecía en el umbral de la cocina.
— ¡Buenos días!
— ¡Buenos días! Pase antes que se moje más. ¡Che, Miguelito, vení a meter el caballo bajo la ramada!
— ¿Y la demás gente? — preguntó Gualberto, aludiendo a la familia.
— Tata está en el campo arando. Mama se ha ido a visitar un enfermo. Yo, con la Jacinta, estamos aquí contra el fuego, ovillando este hilo...
Entraron a la cocina. Allí estaba, en efecto, la Jacinta, de pie, como si no se hubiera animado a salir.
— ¡Buen día, Jacinta! ¿Te hace mucho frío?
— Mucho... sí, soy muy friolenta — contestó sonriendo.
— ¡Ay, ésta es peor que gato! — dijo la hermana.
Se sentaron a la orilla del fuego y siguieron charlando, mientras las muchachas retomaban la labor y él, sin sacárselo, arrimaba su poncho de vicuña a las llamas para secarlo. Llegó de pronto un chico, que dijo, dirigiéndose a la Petrona:
— ¡Dice su mama que vaya ligerito!
Tras un «ya vuelvo», la Petrona los dejó solos. Con verdadero disgusto consigo mismo, él se sintió un poco intranquilo. Era lo que le pasaba, siempre que tenía oportunidad de decirle unas palabras a la moza. Reaccionó:

— Jacinta, ¿en qué estás pensando? — preguntó, para romper el silencio que ya empezaba a hacerse embarazoso.

— No sé... En nada...

Hubo después otra pausa. Como tras un pequeño esfuerzo para decidirse, el mozo preguntó de nuevo:

— Oye, Jacinta, una cosa...

— ¿Ah?

— ¿Por qué bajas los ojos cuando hablas conmigo? ¿Por qué no me miras?

— Para qué...

— Para verte los ojos.

— ¡Por lindos!

— Sí, por lindos y porque... yo los hallo más lindos todavía.

Ella calló.

— ¿No me miras?

— Bueno, sí — y alzó los ojos, sonriendo. Y rieron los dos.

Al cabo de un breve intervalo, él dijo de nuevo:

— Yo me voy pasado mañana... Ve, Jacinta, te he traído esto — y le alargó un pequeño pañuelo bordado — para dejarte de recuerdo... ¿Cierto que lo vas a guardar en mi nombre?

Y ella, casi sin palabras, pero extrañamente emocionada, prometió lo que le pedían.

Estas y parecidas cosas rememoraba Gualberto. Precisaba ahora observaciones hechas ya varias veces. En primer lugar, él sentía por la Jacinta un afecto distinto que por las otras mozas de amartelamiento fácil. Era sin duda que aquí tomaba parte su corazón... ¿Por qué? ¡Quién sabe! Influían quizá aquella como tristeza que volvía más puros sus ojos, aquel aire de sumisa dulzura y de esquivo temor al mismo tiempo... Por otra parte, y sin saber a punto fijo porqué, de una cosa estaba seguro: *el amor de aquella moza era suyo, suyo, y no podía ser de otro nunca...* Para él constituía esto algo tan axiomático, que jamás se había detenido a averiguar la causa.

Inútil decir que tal seguridad contribuía no poco a dar ese carácter especial al sentimiento que Gualberto abrigaba por la muchacha.

III

Una mañana, pocos días después del encuentro que consignamos al principio, Gualberto llegaba a la casa de la Jacinta.

Era la tal casa un rancho de adobe con techo de paja. Tenía tres piezas. Una de ellas, la cocina, con dos de sus paredes de quincha y su fogón rodeado de piedras a la redonda, era el lugar de las veladas de invierno. Una puerta, llamada de bastidor (ingenioso artefacto rústico, construído aprovechando el ángulo natural más o menos recto formado por un gajo de tala), daba entrada al patio lleno de sol en invierno, y sombreado en verano por una frondosa higuera bajo la cual veíase casi siempre el telar, y a cuyo tronco estaba arrimado el mortero de algarrobo. A un lado, el corral, con dos o tres burros y un caballo. Al fondo, un terreno de sembradío, y una viña, pequeña viña de pobre, como la de Naboth, pero como ella, pródiga y hermosa.

La Jacinta vivía allí con su familia.

Al viejo todos conocíanle por el «maistro Antonio», a causa de su múltiple habilidad: era carpintero, pellonero, talabartero, veterinario, según los casos. Con todo, su oficio producíale apenas para la pitanza. Subvenía a sus otros menesteres, sembrando, como todos los demás aldeanos, un poco de trigo y de maíz. Su hija mayor, la Petrona, más que su mujer, era quién dirigía los asuntos caseros.

Cuando entró Gualberto, la Petrona estaba en el telar, con otra moza. Recibióle con la respetuosa y alegre cordialidad de siempre. El las saludó con sencillez afectuosa.

— La Jacinta nos ha contado que lo había visto.

— Ah, sí; la encontré cuando iba a misa. Parece que se ha hecho muy rezadora...

Mientras Gualberto preguntaba por los viejos, un chico le trajo una silla con asiento de cuero crudo, petiza y recia.

Sentóse a un lado, prosiguiendo la charla. Hablaron de la lluvia del domingo, de tal cual novedad del barrio, y después del carnaval próximo.

Las risas claras y fuertes de las muchachas estallaban de cerca en cerca, suscitadas por alguna broma o fisga de Gualberto, que miraba con interés la tarea de ellas: tramaban una tela para frazada; los colores abigarrados y espléndidos se avivaban más bajo la luz intensa; a lapsos iguales, repercutía el golpe de la pala, sonora, pulida y luciente como si fuera de metal. En las pausas de la labor o del palique, escuchábase el grito de algún *kililo*, semejante a un relincho, o dos o tres venteveos de cabeza listada y pechuga amarilla, revoloteando de improviso, aturdían con su prodigiosa alegría.

— Ya viene la Jacinta — dijo una de las tejedoras mirando hacia el camino.

En efecto entraba ya trayendo en la cabeza, sobre un rodete de trapo, una tinaja de agua con la boca llena de ramitas de visco para evitar el derrame. Saludó casi sin mirar, y después oyóse en la cocina el ruido del agua volcada en una especie de cuba.

La Petrona le gritó:

— Bueno, che, vení a ayudarnos un poco en la tela... A ésta búsquenla pa'l huso, pero con el telar no quiere saber nada...

— Mentís, embustera — dijo ella, riendo.

— ¿Por qué no te gusta el telar, Jacinta? — preguntó Gualberto, bromeando.

— No, si al contrario, me gusta mucho.

— ¡Me alegro! Bueno, entonces, te voy a encargar unas alforjas que necesito para el viaje.

— ¡Ah! — dijo, riendo, la Petrona. — Van a ser tan lindas que no va a tener con qué pagarlas.

— No, es que ella no me ha de cobrar tan caro, para no dejarme viajar sin alforjas... ¿No es cierto, Jacinta?

— Claro...

Y en la tranquila mañana, prosiguieron aún un buen rato la charla gaya y sabrosa, llena, para el joven, de singular encanto, primero por su gusto de las cosas campesinas y después por que el amor que es deleitoso mago, lo vuelve todo a su imagen y semejanza.

Gualberto se despidió por fin.

Como un pájaro en la jaula, el contento cantaba en su corazón.

Cual si lo adivinara, su caballo, bajo el tala donde lo había atado, piafaba inquieto.



Gualberto siguió volviendo a casa de la Jacinta con regular frecuencia.

Algunas veces, de noche.

Llegaba provisto de un bastón de membrillo, cargado en prevención de ataques perrunos. Porque, en efecto, los perros abundaban, tres, cuatro y más en cada casa. Gente era rarísimo encontrar. Muchos dormían ya a esa hora, pero en

la mayoría de los ranchos llameaba el fuego en la cocina, a cuyo amor velaban hasta tarde las hilanderas. Al cruzar, escuchábase el bullicio de la charla, alguna frase suelta, un fragmento de diálogo. Para Gualberto, tales veladas tenían un especial atractivo, y sobre todo, desde luego, aquellas en el fogón del viejo Antonio. Era interesante el viejo: tenía algo de un patriarca de los remotos antaños, con su voz profunda, sus gestos lentos, sus barbas color de la chala de su cigarro, frondosas hasta cubrirle el pecho, llenas, cuando hablaba, de ancestrales temblores.



Según dijimos, entre sus oficios figuraba el de veterinario.

Como tal, tenía, efectivamente, mucha fama y era solicitado de continuo.

Curaba en secreto. Trenzando un pelo del animal enfermo o atándole unos trapitos en la crín, en silencio o a veces pronunciando palabras obscuras, se operaba el sortilegio. La bestia amoguillada, agusanada o achacosa, sanaba a ojos vistas.

El viejo sabía, por otra parte, infinidad de cuentos y relatos, unos denunciando su origen regional, otros de filiación casi imposible; éste lleno de puerilidad milagrera; aquél moteado de fórmulas o palabras de antiquísima procedencia española, probablemente, cuya significación él ignoraba.

Había, por ejemplo, uno de una lucha entre un león y el Hijo del hombre — que no era Jesucristo. Ciertos ademanes suyos, como el de pasarse la mano izquierda por la barba en los pasajes de interés mayor como previniendo a los oyentes, aumentaban la sugestión de sus narraciones.

Cuando iba Gualberto, solían llevar a cierta comadre de la vecindad. Llamábanla la vieja Felicinda. Era curandera de cumplidos prestigios. Llevaba siempre tapado un ojo por el rebozo del pañuelo con que se ataba la cabeza. Sabía historias de embrujamientos y de brujas — ella misma tenía secreta fama de serlo — que relataba con alucinante realismo; ciertos detalles, como el del reflejo de la figura del maleficiador en los orines del maleficiado, parecían leídas en algún libro de magia.

Mas todo esto no basta a explicar el interés que Gualberto mostraba por tales veladas. Algo había con más vivo poder de atracción, y no es difícil imaginar cuál fuera.

En efecto, ¿no estaba ahí la Jacinta, con su carita llena de humilde y amorosa gracia, las mejillas amanzanadas por el fuego, los dulces ojos entre los obscuros cabellos lisos, mientras giraba entre sus manos el huso laborioso?...

IV

Gualberto se dirigía una mañana a unos alfalfares donde estaba haciendo cortar pasto para el forraje de invierno. La boca del callejón de entrada quedaba frente al rancho de la Jacinta. Al llegar allí no vió a nadie, a pesar de que pasó silbando...

En el alfalfar los peones comenzaban la faena.

—¡Eh! ¿Qué dice esa gente? ¡Buenos días!

—¡Güenos días señó! —respondieron, a una.

— ¿Por qué llega tan tarde, patroncito? ¿O a estao componiendo la montura en la puerta l'callejón? — le preguntó, riendo, por alusión a la treta común entre los mozos, uno de los peones, tipo de sabrosas chanzas, a quien los otros llamaban «El Fiero» por tener la cara picada de viruela.

Gente sana e ingenua, trabajaba alegremente. Cantaban a trechos. Y era ya alguna sentida copla de amor serrano:

Cómo no'hi de llorar yo,
Cómo no'hi de tener pena;
¡Cuando ven un árbol caído
Todos quieren hacer leña!

Pero más generalmente algún decir burlesco:

Cuando canto esta tonada
Me acuerdo de una de Huaco,
Que me quiso cautivar
Con un charqui de guanaco...

Ah, cuando yo era muchacho,
Cuando sabía andar alzando
Polleras, naguas, camisas...
¡Digo de ande están lavando!

Componiendo la voz con cómica aparatosidad, «El Fiero» cantó una copla sin rima, hecha adrede para burlar el oído:

Aguila que vas volando
Por encima el chañaral,
¡Cómo no te ha i hacer frío
Si no llevás guardamonte!

Estallaron las risas.

— Voy a dar una vuelta por la viña — dijo poco después Gualberto dirigiéndose hacia el callejón. — Hasta luego.

— Adiós, señó.

#

La puerta de la viña estaba sin cuidado. Alguien ha entrado, se dijo Gualberto y pensó que su tía

hubiese mandado a llevar fruta. Las uvas estaban pintando recién. Overeaban los racimos. De planta en planta, el mozo *graneaba* como un chico goloso. Así llegó hasta el extremo opuesto de la viña. Subió a una parva de pasto que se hallaba en una esquina para observar mejor el cerco. El sol empezaba a picar ya. Deslumbradoramente azul resplandecía el cielo. Allá lejos, en la punta de unos álamos, charlaba una banda de loros. De pronto, bajo un duraznero distinguió una muchacha. ¿Se engañaba? Era la Jacinta... Sí, la había mandado su madrina. Hallábase un tanto oculta detrás de unos gajos, como tratando de no ser advertida.

Me había visto ya sin duda, pensó él bajando de la parva y encaminándose en direccción de la moza. Notó que el pulso se le aceleraba un poco.

Sabiéndose descubierta, aunque simulando no saber nada, ella parecía entregada del todo a la tarea de picar con un palo un mechón de duraznos que coloreaban en el gajo más alto de la planta. Cuando sintió la voz del joven que la saludaba nombrándola, y como si de veras la cosa la tomara desprevenida, se sobresaltó visiblemente, sonrojándosele como un durazno hermoso, las mejillas. Y así entre medrosa y avergonzada, cubierta la cabeza con un pañuelo celeste, con su bata blanca lunareada de negro y su saya obscura, con botines, pero sin medias, desnudas las garridas piernas, nunca tan donosa como en este mometo, o por lo menos, así le pareció a Gualberto.



— ¿Y no te hace calor, Jacinta?

— Este... sí, como no... — Y tras de una pausa. — ¿Y a usted?

— Un poco... — Y mirando el canastillo de caña lleno de duraznos: — ¡Qué lindos duraznos!

— Ay Jesús — dijo de pronto ella. — Tan tarde ya... Qué estará diciendo mi madrina, lo que no vuelvo...

— ¿Ya te vas?

— Sí...

— Este... oí, Jacinta. — Y acercándose la tomó de una mano: — Tenía que pedirte albricias por una cosa, Jacinta...

Ella titubeó un momento

— ¿De qué es? — preguntó.

— Bueno, dime primero si me vas a pagar.

— Este... no sé, sí, si me importa.

— Sí te importa... A pesar que... Cierto no sé si te importa.

— Bueno, diga...

— Anoche te he soñado toda la noche...

— ¡Bah, ahí no más!... No lo creo.

— ¡Te lo juro!

— No lo creo, no lo creo — repetía ella.

— No, lo que hay es que te haces que no me crees, para no pagarme — argumentó él, soltándole suavemente la mano y fingiendo ponerse serio.

— Bueno, sí lo creo. Pero, ¿qué quiere que le pague?... No tengo qué... — dijo la moza, alzando la vista.

— Uh... sí tienes — replicó, mirándola hondamente en los ojos, con los suyos entrecerrados.

— No tengo.

— Sí, tienes... Ve, Jacinta... dame un... un... un besito...

— Ah, nooo... — susurró la moza, moviendo la cabeza, y poniéndose colorada otra vez.

— ¡Oh, sí, sí! — repuso Gualberto, tomándola de nuevo. Ella se resistía dulcemente. Pero él, doblándole la cabeza sobre uno de sus brazos la besó en la boca largamente golosamente.

— Ay, no sea así... dejemé... él la soltó y se quedó mirándola. El calor arreciaba más, y a su influjo, la fragancia del heno volvíase turbadora. En el silencio se oía, tenaz, el zumbido de un huanquero.

Ella se preparaba a irse. Gualberto la miraba sin hablar. Tenía la garganta seca. Y seguramente, sintió que aquella caricia no había hecho más que excitarlo.

Su instinto y el sol le daban ahora mal consejo. Se acercó de nuevo y la estrechó fuertemente, besándole los labios, las mejillas, la nuca... Después le secreteó algo al oído...

Ella se resistía murmurando:

— ¡No, no! ¡No sea así!...

Pero el contacto de aquellas caderas jóvenes, de aquellos senos que en su firmeza virginal sintió latir como un corazón, turbaron fieramente al mozo.

Cayeron sobre un bordo, rodaron después sobre el pasto. Los dos estaban sudorosos y pálidos. Ya la moza no se resistía casi. Mas, de pronto, Gualberto se detuvo... La había sentido llorar... Se incorporó, y con una rodilla aun apoyada en tierra, se quedó mirando vagamente a un lado, con ambiguo gesto de despecho y de rabia...

Ella, ya de pie, afirmada en el tronco del duraznero, lloraba silenciosa. El la miró, por fin, de reojo. Y la vió así, como un niño a quien se ha castigado, con los ojos ingenuos llenos de lágrimas, y con tan dulce expresión de humildad en su carita triste, que sin esfuerzo se sintió desarmado.

—Che, Jacinta — dijo con voz baja, acercándosele, — Jacinta, ¿por qué lloras?
La joven movió apenas la cabeza:
—No sé... — y se quedó mirando lejos.
—Pero oí, Jacinta — preguntó él, tomándole las manos, — Jacinta, mírame, ve... ¿estás enojada conmigo?
Ella lo miró en los ojos, con una mirada llena de amoroso reconocimiento.
—No... no...
—Entonces, ¿por qué lloras?
—Porque sí...
Y el sintió que ella le estrechaba la mano.
Se secó las lágrimas. En seguida se cubrió la cabeza con el pañuelo, recogió el cestito con los duraznos, todo muy despacio. Se preparaba a irse... Entonces lo miró como esperando algo. El permanecía callado.
—¿Cuándo va a ir por casa? — preguntó al fin, tímidamente.
—No sé... Este, cualquier día...
Ella pestañeaba inquieta.
—Pero... ¿Que usted se ha enojado?
—¿Yo?... No... Por qué... ¡Tontita! Voy a ir el sábado. ¿Me vas a esperar?
—¡Oh, claro!
Y al besarla esta vez, él sintió que ella, sin temor ya, le devolvía el beso, temblando de la más íntima ternura.

V

El Carnaval estaba próximo:
—¿Qué le dice a Carnaval?
Era la pregunta obligada de las gentes al toparse, y con cuanta más razón si se trataba de enamorados, pues dicha pregunta constituía una eficaz coyuntura para iniciar un palique galante.
Y cuál más, cuál menos, todos se aprestaban para la fiesta gaya, liberal y jocunda. Rara vez la muchacha, por pobre o poco presumida que fuese, que no contara con estrenar algún alegre traje de percal o de coco. Raro también el mozo que no pudiera lucir una camiseta o un chambergo nuevos.
En barrigudas tinajas de greda fermentaba la aloja de algarrobo, preparada por las viejas, duchas en tal arte.
Con amorosa prolijidad, las niñas regaban sus jardinillos cuidando especialmente la albahaca cuyo aroma delicioso y agudo es como el aroma mismo del Carnaval.
Frente a cada pulpería, su dueño mandaba levantar una ramada para dar sombra a los jaraneros en los días de la fiesta. Al pasar frente a tal o cual rancho, escuchábase a los cantores que probaban su voz y su guitarra, cantando alguna copla de ocasión:

Yo no me tengo por bueno,
Que a flojo nadie me iguala,
Pero para una vidala
¡Soy como tejido a pala!...

Y alguna otra que en su desaliño impetuoso decía la ardiente espera de la fiesta en que el cantor hallará todas sus dichas: música, vino, amor, y libertad de galopar cuatro días por esas calles.

Ya es que viene el Carnaval.
Mi caballo es un telar
Y yo como un espantajo...
¡Pero me verán tunar!

Por un camino ancho y solitario, llevando al tranco su caballo, en dirección a la casa de la Jacinta, iba Gualberto uno de estos días rememorando la escena de la viña que referimos anteriormente. Como siempre que lo hacía experimentaba un sentimiento ambiguo, o mejor dicho, alternativamente, dos sentidos contrarios: el recuerdo de la moza con los ojos llenos de lágrimas y aquella mirada de dulce y amorosa inquietud al preguntarle si él se había enojado, le enternecían íntimamente; pero aquel fiero deseo que le había espoleado al principio, revivía poderosamente en él, cada vez que recordaba las gracias de aquel cuerpo de doncella, fuerte, sano, fresco, y regustaba, como el jugo agridulce del níspero, al sabor de sus propios besos voraces.
Ahora con el Carnaval, sin buscarlas siquiera, presentaríanse muchas ocasiones de arrimo a la moza. Y nunca como entonces, el poder hablar a sus anchas con ella. Porque en la casa, delante de los viejos y de la hermana, en verdad, nada se podía. ¡Y tantas cosas que necesitaba decirle! Ante todo le reprocharía su esquivez. Hasta ¿cuándo sería así?... Y si era preciso haríase el enojado. En fin, ya vería.
Entretanto había llegado a la casa de ella.
—¡Parece que esta casa ya no tiene dueños! — dijo en voz alta al entrar, viendo que en el patio no había nadie.
—¡Cómo no, señor, todavía quedan algunos! — respondió una voz desde la cocina. Era ña María, la madre, que avistando al joven desde la puerta, se adelantaba para saludarlo.
—¿Qué, se va ya? — preguntó viendo que Gualberto se acomodaba en la montura.
—Este... bueno. Le haré compañía un rato, ya que parece que está tan sola — agregó con fingida indiferencia, pues en realidad lo último significaba una pregunta. Ña María respondió, en efecto:
—No, si no estoy tan sola del todo... pero, che, Jacinta, salí... — y agregó bajando la voz: — Se está probando un vestido.
—Para el Carnaval, de fijo...
—Sí, pues.
Al cabo de un momento, exclamó de nuevo:
—Bueno tonta, no es la primera que estrena... salí de una vez.
La muchacha apareció por fin, linda de veras con su traje rosa y su amapolada vergüenza.
—¡Caramba con la gente paqueta y buena moza! — exclamó él, levantándose para saludarla.
Llegó después la hermana y toda la conversación giró alrededor de la próxima fiesta. Ellas estaban invitadas a una «coronada» el domingo a la tarde en casa de unas parientas, y éstas, según dijo la Petrona, les habían encargado que no se olvidaran de invitarlo a él. Gualberto aceptó gustoso, agradeciendo. Charlaron todavía un rato más, y tras mutua promesa de no faltar el domingo, él se despidió.

#

Llegó el domingo de Carnaval. La «coronada» es una ceremonia festiva, de tradición indígena, probablemente, por la cual dos personas de distinto sexo quedan unidas por una especie de vínculo moral incompatible con toda relación amorosa, y se dan entre sí títulos de comadre y de compadre.
Cuando Gualberto llegó se celebraba precisamente la ceremonia. Interrumpiendo mo-

mentáneamente el baile, los concurrentes agrupábanse alrededor de los «protagonistas»; ella, una muchacha un poquito entrada en años y un poquito fea pero simpática y vivaracha, estaba, con una corona de masa de rosquete en las manos, de pie frente a él, un mocetón que, buen guitarrero, buen cantor y mejor persona, era bien quisto de todos. Ella levantó la corona, y casi sin darle tiempo de que ésta llegara a su destino, cien manos, haciéndola pedazos sobre la cabeza del compadre y mesándole los cabellos de éste, la arrebataron entre un jubiloso alboroto. Recobrado un poco el orden, recomenzó el baile. Iniciáronlo, por exigencia de todos, la pareja del coronamiento.

Gualberto, que se había mezclado al jolgorio, se hallaba ahora al lado de la Jacinta y una amiga de ésta. Con tímido disimulo, la muchacha dióle un ramito de claveles y albahaca.

— Y, Jacinta, ¿vamos a bailar?

— Ay... pero si no sé...

El dueño de casa, un viejo muy alegre y más ahora que estaba ligeramente achispado, se aproximó trayendo unos vasos de vino en una bandeja. Oficiaba de «brindador».

— ¡Ese don Gualbertito! Ya decía yo que no había hi faltar! Agora paguemelé un «obligo» que le manda mi vieja... y obligue a esta buena moza que tiene al lao... Ah, diablito, si había tenido a quién ver aquí, con razón...

— ¡Ay, callesé, don Manuel... qué dirán los que l'oyen! — le interrumpió la moza, semirruborosa e inquieta.

El baile estaba ahora en lo mejor. El cantor decía:

Mi guitarra está machada
Y el que la toca también:
Los señores bailarines
No se pueden entender.

Don Manuel volvió poco después.

— Vengo a hacerle un pedido — le dijo a Gualberto, — y no me diga que no... Ahí a juera, varios semos antojao que baile...

— Ah, cómo no, don Manuel... Si a eso he venido...

— Ah, güeno, güeno...

Efectivamente, momentos después, Gualberto y su compañera salían a bailar. Los cantores rompieron con una cueca:

Todas las buenas mozas
Son perseguidas,
Como arbolito tierno
Por las hormigas...

Por las hormigas, sí,
Agua y arena,
Donde no hay morenita
No hay cosa buena...

Las parejas bailaban entre un jaleo entusiasta. A pesar de su cortedad, la Jacinta se desempeñó bastante bien. En cuanto a Gualberto, ni qué decir, bailarín corrido como era. Así que hubieron terminado, fueron a sentarse en un espacio vacío del estrado, junto a un par de viejos que con añoranza optimista, ponderaban los carnavales de antaño.

— Ah, Jacinta, ¿sabes que estoy triste?

— ¿Triste?... ¿Por qué?...

— Tengo una mala noticia... No te lo quise decir antes... Me voy mañana, mañana a la noche.

Ella levantó la vista, con mal disimulada inquietud.

— ¿Cierto?

— Sí, cierto...

— Hubo un silencio.

— Y... ¿cuándo va a volver? — preguntó al fin sin mirarlo.

— No sé... no sé de seguro. Tal vez para el otro Carnaval.

La emoción de la moza era visible. Estrujaba con una de sus manos un pañuelito rosa.

A él le desbordaba el corazón de ternura.

— Oye, Jacinta... ¿y te vas a acordar siempre de mí?

Ella no contestó.

— Ché, Jacinta... contesta... ¿eh?... ¿te vas a acordar siempre de tu...

— ¡Oh!... — dijo la moza, mirándolo con tan profunda mirada de melancolía y de ternura, que después Gualberto no la olvidó nunca.

VI

Gualberto Alvarez se disponía a salir a caballo.

Había llegado el día anterior a su pueblito. Tres años de ausencia.

Urgíalo ahora el ansia de dar su primer paseo. Conversar con las buenas gentes amigas, recorrer los callejones sombrosos y los recodos del cerro, galopar en la playa...

Habíase levantado muy temprano y lustrado su montura. Y mientras ensillaba ahora un zaino de ojos vivos y esbelta estampa, conversaba con Paulo, un viejo peón de la casa, criado en ella. Refeíale al joven patrón algunos de los chismes y novedades producidas durante su ausencia; y hacíalo con entusiasmo y travesura casi pueriles, celebrando las ocurrencias de Gualberto o las suyas propias con chuscas interjecciones o poderosas carcajadas.

El joven montó por fin, y salió.

#

Era una mañana maravillosa.

Había llovido el día anterior y el fulgor del sol del verano bañaba ahora de esplendores el cielo, los árboles, los senderos, los guijarros lavados...

La mañana era como copa clara llena del claro don de la vida.

Dulce y fresco como el de un fruto maduro, el olor de la tierra. Con sentidos ávidos y agudos Gualberto gozaba aquella inmensa salud de aire y de sol, aquella gracia benigna de las cosas. Recorrió todos los caminos y callejones, algunos torcidos como un caracol o sombrosos como grutas, y bordeados de álamos, de higueras, de talas, de viscos, de durazneros, de moreras; veíase a veces un nogal de inmensa copa o, aunque raros, una palmera, un tamarindo, un fresno. Ciertos callejones eran cerrados — entrada de alguna viña o algún alfalfar, — y Gualberto veía-

se obligado a dar vueltas y más vueltas para encontrar la salida.

El calor apretaba bastante. Comenzaba el canto de las cigarras, sonoras como si fuesen de oro, Gualberto se paró una vez a escucharlas. Iniciaba una sola; primero un sonido semejante al de un martilleo y después una larga nota monocorde. Y luego cantaba otra. Y otra. Y estallaba el revibrante himno coral, que hubiérase dicho la propia voz del verano profundo.

El mozo sentíase atraído por todo. A la sombra de un tala quedóse largo rato mirando cómo unos escarabajos de esos que los chicos llaman «vaquitas» hacía rodar pedazos de huano de barro, dos, tres veces más grandes que ellos.

Siguió adelante. Oyó un rumor de acequias. Ahí cerca, un trozo de agua clara salía de hojoso seto, como un brazo desnudo de una manga flotante. De puro gusto se bajó y bebió, apoyando las manos y una rodilla en los lajos del borde. La fragancia deleitosa de las hierbas le hizo recordar cierto detalle de sus días de niño, próximos aún y, sin embargo, tan lejanos: las escapadas a la siesta, en verano, para bañarse bajo los sauces o los viscos tejidos de pámpanos. Así se dejó un buen rato viendo correr el agua.

Volvió a montar. De cuando en cuando parábase a conversar con las gentes que encontraba, conocidos o amigos en su mayor parte: algún antiguo compañero de escuela; un chalán que pasaba doblado sobre su mula; muchachas que volvían de misa; chicos mandaderos en sus burritos. Seguía ahora un camino bordeado a un lado por un hermoso alfalfar florido, en el cual dos perros jugueteaban alocadamente con una tira de cuero; a la otra orilla extendíase un terreno recién sembrado en que habían puesto un espantajo en figura de hombre para asustar a los pájaros. Prosiguió después por un arroyo seco y llegó al río. En la banda opuesta se distinguía un hombre que araba con dos bueyes colorados un rastrojo. Soplaba una brisa fuerte, muy fresca a causa del agua y saturada del olor de los cerros. Gualberto aspiró y espiró varias veces aquel aire balsámico, largamente, plenamente. Poseído después, de brusco ímpetu, lanzó su caballo a la carrera por la sombra de una larguísima alameda que costeaba el río. Sujetó como a las dos cuadras frente a un callejón, en el cual se internó. A poco andar avistó una vieja que venía con un cesto a la cabeza. La reconoció:

— ¿Cómo le va, ña Mica? — dijo, reteniendo el caballo, al encontrarla.

— ¡Ah, niñito, si no hi sabío que y, había estao aquí! — exclamó la vieja bajando su cesto de tunas y estrechando la mano de Gualberto.

— ¿Cómo le va yendo? ¿Y cuándo ha venío?

— Ayer, ña Mica... He salido recién a pasear un poco.

— Hum, y a visitar las niñas también ha i ser, po...

— No... todavía no... ¡Qué lindo día, eh! ¿Y usted, qué cuenta de nuevo?

— Pero nada será po, niño... ¡Ah! sólo que tenemos otros vecinos en el barrio.

— ¿Sí? ¿Quienes?

— Toribio Contreras y la mujer.

— ¡Ah! ¿Se casó Toribio? ¿Y con quién?

— Pero con l'hija e la comadre María, con la más chica, la Jacinta...

⌗

La noticia, así tan casual e impensadamente recibida, produjo en Gualberto una impresión que no sabía definir. No habérsele ocurrido nunca una cosa tan natural como esta de que la muchacha pudiera casarse...; ¿pero es que eso era «tan natural»? Acaso... ¡Oh, no... ni aun íntimamente podía reprocharle nada! Recordó que en los tres años le había escrito sólo dos veces, al principio... Y aunque así no fuera... ¿Podía exigírsele a ella que...? En fin, todo resultaba muy justificable, «muy natural»...

Y Toribio era un mozo excelente. Serían felices... ¡Vaya si se lo deseaba de corazón!

...Pero muy secretamente el radical egoísmo le insinuaba no sé qué vago despecho, no sé qué mezquino resentimiento...

Mas, de nuevo, el sentimiento anterior prevaleció; una noble melancolía viril le invadía ahora, serenamente.

Y se dió cuenta, por primera vez acaso, de todo el amor que él había guardado por aquella muchacha de morena gracia y de ojos humildes.

Iba a lanzar su caballo al galope, cuando allí cerca, en la puerta de una viña de la que sin duda acababa de salir, distinguió a la propia Jacinta, que habiéndole visto a él, probablemente, dudaba entre volverse o seguir. De buena gana hubiera preferido no encontrarla. Pero ya estaba a unos pasos de ella, que ahora simulaba acomodar unos alambres de la puerta. Creyó notarla demasiado... Ah, sí... ¡Como en sueños! Gualberto comprendió que la muchacha se hallaba en cinta. Pálida, muy pálida, continuaba sin levantar los ojos. Lo embarazoso del momento se apoderó de él también.

— ¡Jacinta! — dijo por fin, haciendo un esfuerzo.

Casi simultáneamente, de una rama próxima, un pájaro voló cantando.

Los labios de ella se movieron pronunciando algo que él no pudo oir. Pero vió, sí, en sus pestañas bajas, temblando, prontas a caer, dos grandes lágrimas claras.

Y llevando en el corazón la amargura de aquellas lágrimas, con la impresión acre y neta de las cosas perdidas sin remedio, Gualberto Alvarez se alejó por los caminos en sombra, ajeno del todo a las maravillas de la mañana veraniega.



LUIS L. FRANCO

DIBUJOS DE BESARES

Misión aborigen



El Cacique Juan M. Catriquí y su hijo Juan, acompañados por Juan S. Antiñamo, que ha venido de la Colonia S. Martín (Chubut) a presentar sus saludos al doctor Alvear y a agradecerle la concesión de unas tierras en esa gobernación.

DIFERENCIA EN COMPRAS

Cuando un hombre sale a comprar, pongamos por caso, un par de guantes, vuelve con ellos.

Cuando una mujer sale de su casa con intención de adquirir un paquete de horquillas, vuelve a casa con una falda de seda, dos sombreros, seis pares de medias, dos de zapatos, una máquina de coser y otras cuantas chucherías.

CUMPLAMOS NUESTRO DESTINO

Concentremos el pensamiento en un punto y partamos resueltamente hacia él, sin ver atrás, sin mirar las veras del camino, ni acobardarnos ante los nubarrones que se levanten, amenazantes, en el horizonte. Sólo así cumpliremos nuestro destino. — J. DOLS CORPEÑO.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

— Papá, cómprame una muñeca.

— Te la compraré mañana. Hoy están cerradas las mercerías.

Al cabo de un rato, el padre se pone sobre las rodillas a su hija y le dice:

— Dame un beso, María.

— Te lo daré mañana; ahora tengo la boca cerrada.



UN ADMIRADOR

— Es un asunto muy grave.
Deseo ver al ministro.
— Está ocupado.
— ¿Con quién?
¿Con la langosta? El acridio
no vale de ningún modo
lo que mi proyecto. Insisto
en verle. Traigo esta carta.
Entréguensela ahora mismo.
— Puede pasar.
— Buenas tardes.
Señor, saludo al magnífico
prócer de la librería,
al ingenioso e invicto
propulsor de la manteca,
al...
— ¿Qué desea, mi amigo?
— Felicitarle y decirle
que le respeto y le admiro.
Siempre me han entusiasmado
sus ideas y su estilo.
Usted entiende de todo
y constituye el prodigio
más grande que podrá verse
por los siglos de los siglos.
Yo soy un lebretoniano
inmutable y convencido,
y lebretonizo siempre.
¡Perdón si lebretonizo!
¿Quién, como usted, hablar pudo
sobre temas tan distintos?
De igual manera conoce
los abonos merovingios
que las costumbres nupciales
de las focas y los mirlos.
Y, si del box se tratara,
sabría usted más que Firpo.
Los constitucionalistas
se quedaron tamañitos
cuando usted, hace algún tiempo,
tan profundas cosas dijo.

— Le agradezco sus elogios;
pero estoy ocupadísimo
y...
— ¡Qué modestia admirable!
No hay ningún hombre político
tan discreto y tan humilde.
¡Muy bien! ¡Vengan esos cinco!
Enójese usted si gusta,
pero yo no cambio el disco.
¿Cómo olvidar sus discursos,
llenos de arrebato lírico?
¿Cómo olvidar los carteles
con que llenó el municipio,
que nos dejaban absortos
y que nos dejaban bizcos?
Trabajando día y noche,
inteligente y activo
su resistencia inaudita
probarnos a todos quiso.
— Pero...
— Y como el escenario
ya le resultaba chico,
hecho un Colón a la inversa,
descubrió a Europa. ¡Qué lindo
papel en el viejo Mundo
hizo usted, varón eximio!
Le Breton maravilloso,
Le Bretón semidivino,
Lébreton, Lébreton, Lébreton,
forjador de un nuevo Olimpo.
— Le ruego a usted que me diga
a que viene.
— Es muy sencillo.
Yo soy un hombre de letras,
yo soy el autor de un libro,
de versos agropecuarios,
que se titula «Deliquios»,
y vengo a que me lo edite.
Ya sabe cuanto le estimo,
y usted es quien me hace falta;
usted editó a Virgilio.

LUIS GARCIA

DIBUJO DE MACAYA



DISCO Nº 1266 DE S. ALMEYDA

POR LA ORQUESTA TIPICA R. FIRPO

DISCOS DOBLES "NACIONAL"

Las novedades de la semana y los éxitos en boga.

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO

Con acomp. de 4 guitarras RICARDO-BARBIERI

18101 { **¡Perdóname, Señor!** Tango canción. Solo Gardel Servetto-Pracánico.
Milonga fina. Tango. Solo Gardel. Flores-Servidio.

18096 { **Tranco a tranco.** Tango. Solo Gardel. Caruso-Maglio.
Desolación. Tango canción. Solo Gardel. Viera-Avilés.

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. $ 3.00

ROBERTO FIRPO Orquesta Tipica.

6266 { **SISEBUTA Y DON TRIFON.** Shimmy. S. Almeyda.
China. Tango. Juan Canaro.

6269 { **Cristóbal Colón.** Fox Trot. José Bohr.
Bésame ahora. Vals. José Bohr.

FRANCISCO CANARO Orquesta Tipica y Jazz-Band.

6989 { **Chrysantheme.** Shimmy. Jazz-Band. Adolfo R. Avilés.
Gente chic. Tango. Típica. Adolfo R. Avilés.

6990 { **Dunque. (Il piccolo navio).** One Step. Jazz-Band. Luis Ricardi.
Un caprichito. Tango. Típica. Eduardo Armani

JUAN MAGLIO Orquesta Tipica PACHO.

7424 { **Juanita mia.** Tango. Juan Rodríguez.
Pobre pibe. Tango. L. Di Sipio.

MARIO A. PARDO (Con acomp. de guitarra).

6579 { **No sé por qué...** Zamba. José Bohr.
El traicionao. Milonga. Roca-Pardo.

DUO RUIZ-ACUÑA

Con acomp. de guitarra, por I. GOMEZ.

10285 { **Flor de tusca.** Zamba. A. B. Luna.
El Cuando. Baile del año 1840. A. Chazzarreta.

Catálogo de Discos Dobles "NACIONAL". Pídalo, se remite gratis.



Importante Concurso de Tangos en el GRAND SPLENDID THEATRE

$ 2.000 EN PREMIOS | **El público elegirá por votación los mejores tangos y la Orquesta ROBERTO FIRPO, de 15 músicos, los ejecutará en el escenario.** | **PIDA LAS BASES**






El señor Héctor B. Bassi, gerente de la sucursal N.º 4 del Banco Italo-Sudamericano, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado por un núcleo de amigos, celebrando su designación definitiva para ese cargo.

PARA LOS DASTONIANOS

Sabido es que mucha gente padece una afección especial, que consiste en no ver algún color, especialmente el rojo, y que por eso se examina cuidadosamente la vista de los empleados de los ferrocarriles y marinos, para ver si pueden distinguir bien los colores rojos, verde y blanco de las luces.

M. Delboeuf ha descubierto que si una persona afligida por esta enfermedad mira al través de una capa de roseina en disolución, desaparece su afección.

M. Joval ha aplicado este mismo principio, interponiendo entre dos cristales una capa muy delgada de gelatina teñida con roseina. Mirando al través de estos cristales desaparecen los efectos de la ceguera de colores.

CONSEJOS PRACTICOS

PARA CONSERVAR LA BELLEZA

Por CHARLOTTE ROUVIER



El vello.—Un enemigo de la belleza.

Una hermosa y abundante cabellera, digno marco de pobladas cejas y largas pestañas, es lo más admirable en una dama, que puede sentirse orgullosa de tan seductores atractivos, pero en numerosos casos esa riqueza capilar paga su tributo con exceso, apareciendo también en forma de abundante vello superfluo en diversas partes del rostro, cuello, brazos, etc., lo cual desfigura totalmente una faz agraciada. Ya las mujeres de la antigua Grecia tenían el mismo criterio al respecto y se preocupaban de combatir el vello, empleando depilatorios en forma de pastas. En la actualidad, los métodos para extirparlo son numerosos y en la mayor parte de los casos poco satisfactorios. El tratamiento eléctrico, tan recomendado, es hoy muy costoso, lento y doloroso. En cambio, el sistema de más resultado parece ser el antiguo, teniendo en cuenta que su adopción elimina los tres inconvenientes del tratamiento eléctrico, pues es económico, sin dolor y rápido, es decir, cuestión de minutos. Se prepara la pasta a base de porlac puro pulverizado, mezclado con un poco de agua, y se aplica a la parte afectada por el vello superfluo, dejándola secarse encima, y cuando al lavarse se saca la pasta ya seca, con ella desaparece tambien el vello, quedando el cutis completamente alisado y libre de inflamación. Este sencillo procedimiento tiene, entre sus grandes ventajas, la propiedad de matar el vello en su misma raíz.

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

Indudablemente, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquier indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis, y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo; pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las famacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Es dolorosamente necesario reconocer los defectos del rostro.

Las damas que mediante un detenido examen ante un espejo no tienen la valentía de reconocer los defectos de su cutis, se limitan solamente a una ligera mirada e ingenuamente creen que con el auxilio de un prolijo acicalamiento, los defectos no serán visibles a la luz del día. Pocas mujeres conservan en perfecto estado el cutis de su juventud, y éstas mismas, si se disponen a revisar detenidamente su rostro, encontrarán, a pesar suyo, algunos defectos, como grasitud, dilatación de los poros, etcétera, que lentamente van produciendo su acción deplorable sobre una faz hermosa, pues los poros dilatados permiten el paso de esa substancia grasosa que precede a la brillantez y al acumulamiento de aquella trae como consecuencia la aparición de los detestables barrillos, que nadie quiere ostentar. Para preparar una ablución astringente que simultáneamente contraiga los poros dilatados y extirpe la brillantez y los barrillos, basta conseguir algunas tabletas de stymol y se disuelve una en un vaso de agua caliente. Lavando el rostro con esta sencilla preparación, se nota inmediatamente su efecto maravilloso, pues el cutis queda limpio y alisado por la desaparición de los barrillos que se desprenden fácilmente lo mismo que la grasitud, y los poros dilatados se habrán contraído, presentando su rostro un aspecto encantador.

Rejuvenecer diez años en una sola noche.

Las arrugas prematuras en el rostro de una dama aun joven, son una injusticia y constituyen por eso su diaria pesadilla. ¡Cuántos sacrificios se impondrían con tal de restaurar la lozanía y frescura de su cutis envejecido por el empleo de materias nocivas en el tocado! Se conocen casos de cantidades fabulosas pagadas con el fin de someter las arrugas a tratamientos por demás costosos y que al fin no han dado resultado. En la actualidad no hay necesidad de tales extravagancias, porque si usted siente su espíritu deprimido por la temprana aparición de arrugas en el rostro, no tiene más que obtener un poco de buena cera mercolizada en cualquier farmacia seria y, al acostarse, previa ablución con agua templada, extender la cera en todo el rostro hasta el cuello, sin hacer masaje, volviendo por la mañana a lavarse con agua caliente. Sometidas las arrugas a este tratamiento por espacio de una semana, desaparecen paulatinamente, y el cutis recobra la frescura y lozanía propias de la juventud. Por medio de este económico y sencillo remedio, puede usted parecer mucho más joven y mantener en su apogeo la belleza de su rostro.

Para desarrollar la hermosura oculta del cabello.

No hay nada tan encantador en una dama como la ostentación de una hermosa cabellera, que para parecer tal, debe ser brillante, sedosa y ondulada. Una mujer que une a sus encantos este complemento indiscutible de su gracia natural, es sencillamente seductora. En la conservación del cabello y su mejoramiento, interviene en primer lugar la calidad del shampoo que se emplea, pues si éste no produce buena espuma, lo higieniza relativamente, y en consecuencia nunca ostenta ese brillo que debe tener. En cambio, un shampoo preparado con granulados stallax y agua caliente, produce una abundante espuma perfumada y limpia eficazmente el cabello. Después de enjuagarlo, se seca con toallas calientes, y el resultado obtenido es admirable. Toda la brillantez oculta del cabello es revelada y queda sedoso, ondulado y fácil para peinar. En los casos de persistente grasitud en el cuero cabelludo, el stallax es un correctivo irreemplazable, y a las personas que tienen el cabello quebradizo y seco, se les recomienda, antes de cada shampoo, un masaje en la cabeza con aceite de oliva.

Escuela Superior de Comercio



Personal directivo, docente y administrativo de la Escuela Superior de Comercio de la Nación que celebraron un banquete de camaradería el 108 aniversario de la Jura de la Independencia.

Entre los años 1882 y 1891 la construcción de FF.CC. en la república tomó proporciones enormes, y para mejor ilustración se adjunta un cuadro dando la longitud de vías abiertas para el tráfico público durante los diferentes períodos presidenciales:

Presidencia	De	A	de Kms.	a Kms.	aumento Kms.
Derqui...........	1865	1862	0	47	47
Mitre...........	1862	1868	47	573	526
Sarmiento.........	1868	1874	573	1.331	758
Avellaneda......	1874	1880	1.331	2.516	1.185
Roca.............	1880	1886	2.516	5.836	3.32[illegible]
Juarez - Pellegrini	1886	1892	5.836	13.882	8.04[illegible]
Sáenz Peña y Uriburu...........	1892	1898	13.882	15.651	1.769
Roca.............	1898	1904	15.651	19.620	3.977
Quintana y Figueroa A........	1904	1910	19.628	27.994	8.366
Sáenz Peña y De la Plaza........	1910	1916	27.994	35.902	7.907
Irigoyen...........	1916	1922	35.902	37.679	1.778

EN EL TABLERO DE LA EXISTENCIA

frente a cada uno de nosotros, hay siempre una mano invisible que quiere ganarnos la partida. Al amor nos opone la traicion; contra nuestro entusiasmo juega el desencanto; contra nuestro impulso generoso mueve la envidia sórdida; a nuestra alegría y a nuestro bienestar opone las enfermedades y el dolor.

Combatir esas jugadas hostiles en el campo moral es el problema diario del hombre. Combatirlas en lo material, corresponde a la ciencia. Jamás ganó ésta triunfo más grande sobre el dolor físico que cuando descubrió la

CAFIASPIRINA,

o sea el poderoso analgésico moderno que no sólo alivia en pocos momentos los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar causado por excesos alcohólicos, etc., sino que levanta tambien las fuerzas. **NUNCA AFECTA EL CORAZON.**

La CAFIASPIRINA fue premiada recientemente, por voto popular, con Medalla de Oro.

Se vende en tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de una dosis.



El MILAGRO *de la* CRUZ



FRANCISCO Pizarro y sus trece compañeros soportaron largos sufrimientos antes de llegar al valle de Túmbez. Sobre todo en la isla de Górgona les torturó el hambre y la sed, y casi dieron fin con ellos las enfermedades propias de aquellos lugares.

Pero ya en el valle de Túmbez, fecundo y habitado, recobraron la fe en la victoria y la esperanza en mejores cosas para el porvenir.

Los indios, atraídos por la nave de Pizarro, que semejó brotar de las aguas, se agruparon desde el primer instante, armándose precipitadamente, recelosos, en actitud hostil, dispuestos sin duda a acabar con los aventureros.

Entonces los conquistadores, a pesar de su enorme coraje, sintieron miedo.

Volvieron para ellos las intranquilidades, las incertidumbres, el desaliento de ver nuevamente interrumpida su empresa por algo insuperable.

A las frentes de esos hombres, arrugadas ya por la duda, acudieron pensamientos de muerte. Otra vez los ojos cansados miraron con profunda tristeza. Y se oprimieron todas las gargantas como si un solo nudo corredizo las envolviera.

Esa noche, atormentado, llena de amargura el alma, Francisco Pizarro apenas acertó a dormitar algunos instantes. Así pudo saber cuánto murmuraban de él sus soldados, aun los que más fieles parecían...

Cuando amaneció, se anunciaba un día alegre y luminoso.

Francisco Pizarro habló a sus compañeros con decisión y con serenidad:

— Es necesario que escojáis — dijo, — entre desembarcar o regresar. Ambas cosas traen consigo peligros de muerte. Pero ¡vive Dios! vencer aun a la muerte es precisamente tarea de hombres, de guerreros, de castellanos.

Los aventureros de torva mirada callaron...

Tras breve silencio, habló uno, sin embargo:

— Si consentís — exclamó, — desembarcaré yo solo. Dios mediante, quizás consiga dominar a los indios. Si regreso, bien para todos; si muero, rogad al cielo por mi alma.

— Gracias, Pedro — respondió Pizarro, temblando de emoción y alargándole la diestra.

Alto, moreno, de acerados músculos, Pedro de Candía pareció crecer en medio de sus compañeros, que le miraban unos con admiración, con incrédula sonrisa otros. Su barba luenga y poblada hacía recordar en esos momentos al Goliat de la leyenda, alto y fuerte como él. De sus ojos negramente negros brotaban relámpagos de valor y de audacia.

Poniéndose la cota de malla, con la espada al cinto, una larga cruz de palo en la mano derecha y una limpia rodela en la mano izquierda, el aventurero se alejó por la playa arenosa y cálida. Francisco Pizarro y sus soldados le vieron irse con tristeza, con esa tristeza resignada con que se ve a los que se van para no volver...

✧

PERO contra toda previsión, los indios huyeron atemorizados ante aquel hombre singular.

Y Pedro de Candía pudo llegar así hasta el poblado, con paso sereno, majestuosamente, como los milagrosos profetas bíblicos que, a pesar de la lluvia de piedras o de hierro, caminaban siempre tranquilos, en medio de las muchedumbres embravecidas.

Al pie de una fortaleza se habían reunido para discutir el curaca y sus principales vasallos.

— ¿Será hombre aquel hombre? — se preguntaban. — ¿Será tal vez un enviado del sol, como en otra época lo fué nuestro primer Inca, Manco-Capa? ¿O será quizás el *viracocha* misterioso que, según refieren los ancianos, vió cierto día el hijo de Yahuar-Huaca?

Finalmente, resolvieron someterle a prueba.

— Los leopardos decidirán — concluyeron diciendo.

Extendida la voz de alarma, se encerraron los indios en sus casas. Entonces quedaron libres las fieras que años antes regalara al pueblo para su defensa el Inca Huaina-Capa.

De pronto, se oyó un rugido poderoso que se arrastró lentamente por el valle.

Cautelosamente, olfateando el suelo, desconfiados quizá de la libertad otorgada, avanzaban los leopardos.

Cuando Pedro de Candía vió que las fieras se adelantaban hacia él, sintió que el miedo le paralizaba los brazos, las piernas, la lengua. Fué ese un segundo que duró lo que duran los siglos.

Iba ya una de las fieras a darle el zarpazo fatal, cuando un rayo de sol, más poderoso que los otros, arrancó un haz de reflejos a la limpia rodela. Ofuscados, los leopardos volvieron sus miradas hacia la cruz, pero al ver que ésta también brillaba — ¡oh prodigio! — se agacharon rendidas, trocadas su furia en mansedumbre y, cual lebreles, lamieron las manos del aventurero.

Los indios, al ver aquéllo, cayeron de rodillas ante el hombre extraordinario que, como Manco-Capa, sólo podía ser un enviado del sol.

Y ese fué el primer milagro que, según viejos pergaminos refieren, hizo la Cruz — la Cruz de Jesús — en tierras americanas.

A. OSTRIA GUTIÉRREZ

AMOR DE CAMINANTE

Si florecen tristezas en tu senda
y sangra en tu interior oculta herida,
yo extenderé mi amor como una venda
sobre los sufrimientos de tu vida.

Sobre tus padeceres y quebrantos
derramaré, como un prodigio de hada,
el bálsamo sedante de mis cantos
y te sabrás después transfigurada.

Y ya tus días no serán de angustia
ni tus noches serán de desamparo,
porque pondré mi ardor en tu alma mustia
y te cobijaré como un avaro.

Bajo las lunas dulces de tus ojos
me sentiré feliz con tu cariño,
porque hallaré un albergue a mis antojos
en tu opulenta juventud de armiño.

Tus senos me darán calor de nido
para mis orfandades prematuras,
y mi ansiedad se habrá desvanecido
en el remanso azul de tus ternuras...

Olvidaré por siempre la tristeza
de vivir en mitad del abandono,
y a través del fulgor de tu belleza
ya no veré la vida con encono.

Y si con mi cariño aun no consigo
curar tus penas, ¡penas sin segundo!
seremos, ¡qué me importa si es contigo!
dos dolores errantes en el mundo.

Mas si mi afán es vano: si mi anhelo
se frustra en el dintel de tu destino,
me alejaré de ti, con el consuelo
triste de haberte amado en mi camino.

JOSÉ CONCEPCIÓN ORTIZ

OMAR KHAYYAM

Con los ojos hundidos en simas pavorosas,
yo buscaba el cerrado misterio de las cosas
y el porqué de la muerte y el cómo del destino,
hasta que el buen maestro se cruzó en mi camino.

Venía mansamente por la senda encantada:
su turbante era rojo, profunda su mirada;
y al andar, como lleno de ilusión, se dijera
que a su lado reía la infantil primavera...

Se detuvo y me dijo:
—Como el asno te cargas:
no sacudas el tronco de las frutas amargas;
la verdad nos enseña que el secreto de todo
es un poco de luz y otro poco de lodo...

—Las estrellas que nombras en cien definiciones
sólo sirven, acaso, para rimar canciones;
y aunque es bello el lejano resplandor de los mundos
vale más la caricia de unos ojos profundos...

—Los infolios gastados y la página vieja
no tienen la dulzura de una boca bermeja,
y es muy necio vivir un conflicto interior
cuando por el sendero nos sonríe el amor.

—¡Oh, santa trinidad del alegre camino:
Una mujer, un verso y una copa de vino!
Romero, no ambiciones otra sabiduría
si al fin eres la cuerda que ha de estallar un día...

Y Omar Khayyam se fué por la senda encantada:
su turbante era rojo, profunda su mirada...
¡Desde entonces, amor, son ligeras mis frases
y son locos mis besos y mis manos audaces!

LEOPOLDO MARÉCHAL

MI NOVIA LA MODISTILLA

Mi novia la modistilla
es la flor de la ciudad;
su elegancia es tan sencilla
que se adorna con su edad.

Nadie termina con ella
un vestido en una noche;
parece que en cada broche
le hubiera puesto una estrella.

Cuando mi querer la inclina
a crearse un mundo ideal,
quisiera ser heroína
de novela semanal.

Cree que nuestros amores
serán celebrada historia;
se conoce de memoria
el lenguaje de las flores.

En crudas tardes de invierno
finge males al pulmón,
y lleva con gesto tierno
las manos al corazón.

Para gloria de su vida
que con sueños entretiene,
ya lucirá el mes que viene
sortija de prometida.

LUIS CANÉ



La señorita de Ruiz Dias fundadora y presidenta del Taller de San Vicente de Paúl, bajo cuya dirección hase conmemorado el 21.° aniversario de la fundación de esta entidad, que ha realizado una vasta obra de caridad y filantropía.



Miembros del cuerpo local del Ejército de Salvación, rodeados por un grupo de niños pobres, entre los que distribuyeron ropas y alimentos el día del aniversario patrio.







"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838. SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 226
En cabritilla charolada, cabritilla negra, cabritilla charolada color sangre. En cabritilla marrón, color sangre. En gamuza negra marrón y blanca. En piel de seda negra.
$ 14.90



MODELO N.° 208
En cabritilla negra, color sangre o marrón. En gamuza negra, marron o color sangre, cabritilla charolada color sangre.
Taco de 3 1/1 y 5 1/2
$ 14.90



MODELO N.° 229
En cabritilla charolada, gamuza negra o cabritilla negra.
$ 14.90



MODELO N.° 215
En cabritilla negra, color sangre y marrón. En gamuza negra o marrón.
$ 14.90



$ 14.90

MODELO N.° 184
En anca de potro, color. En anca de potro, negro. En gum metal, color o negro.

$ 14.90

MODELO N.° 59
Botín o zapato con puntera o bigotera. En gum metal negro o color. Todo cosido alrededor, doble suela.



MODELO N.° 196
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro liso o picado, con cordones o botones.
$ 14.90



MODELO N.° 192
En cabritilla charolada, en gum metal negro o color, con cordones o botones, caña de gabardina gris, beige claro, beige obscuro o becerro mate.
$ 14.90

Zapatillas de paño, con o sin ribete de peluch, color negro Nros. 34 al 45 $ 3.50

De Piñeyro



Parte de los concurrentes que asistieron al acto de la distribución de premios a los ganadores del último torneo, organizado por el Club de Regatas.

COSAS DE CALIFORNIA

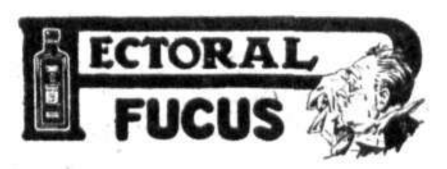
El jefe de la Policía de Sacramento ha emprendido una campaña en contra de las fumadoras de salón. Sus escrúpulos morales — dice el jefe M. J. Dumphy — toleran las mujeres que fuman, en general, pero considera peligrosas para la seguridad pública "las fumadoras de salón". Pertenecen a esta clase las mujeres que se exhiben en "cabarets", bailes y playas, practicando el vicio de fumar en público con más ostentación que prudencia. Arrojan, con abandono, las colillas de sus cigarrillos sin tener en cuenta los incendios que pueden ocasionar. Es que toda su atención la dedican a adoptar posiciones artísticas y a llevar con gracia el cigarrillo a sus pintados labios.

La señora Cebogusky compareció ante un Juez de San Francisco a quejarse de que su marido la besa solamente una vez a la semana, pero, en cambio, besa un retrato de un caballo todos los días. "Es que yo he querido mucho a ese animal, señor Juez", alegó Cebogusky. — El Juez le ordenó que bese a su mujer todos los días y una vez a la semana al retrato de su caballo.

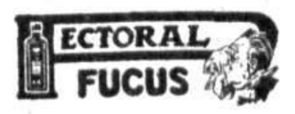


El Pañuelo de Moda

Elegante y confortable la moda, ha venido a llenar esta vez una tercera misión, cual es la de protejer tantos lindos cuellos de las indiscreciones..... del tiempo, que con sus bruscas alternativas, puede causar más de un resfrio, el cual si se cuida con el



se eliminará pronto, antes de que ataque al pecho, caso en que (si por descuido llega) será necesario redoblar las dósis (3 a 6 cucharadas por dia) para impedir que el haga progresos, pues desde la primer cucharada el



Impone Silencio a la Tos

$ 3 el fco. En las farmacias

Pida el obsequio de dos Pañuelos Inhalantes Fucus que todas las farmacias le entregarán por cada frasco de Pectoral Fucus.



SUGERENCIAS

TODO DEL MISMO COLOR



ERTRUDIS, solterona y enriquecida, comenzó a cumplir sus designios de belleza y decoración en cuanto pasó el luto que la había dejado completamente huérfana y absolutamente millonaria.

Los billetes de Banco, en profusión, se pegan unos a otros y quieren ser gastados por parejas o por docenas. Esta afinidad de los billetes, este sentido de emparejación o grupo que les anima, debían estudiarlos los biólogos.

Así a Gertrudis, en su afán de que todas las cosas se pareciesen, tiraba de un billete de 100 y, enlazado con él salía otro, gastando así la doble cantidad en algún objeto más del mismo dibujo y del mismo color.

Porque la obsesión de Gertrudis era esa: que todo en su casa fuere del mismo color y tuviere el mismo dibujo.

Su sombrero era del azul que había elegido, su traje, sus medias, sus zapatos, sus guantes.

Los muebles, los empapelados, las vajillas, las cortinas, los visillos, todo era de aquel azul que parecía una epidemia.

Se padecía una verdadera obsesión azul tratando a Gertrudis, y ese color, que es un color dichoso y optimista, resultaba un color tristón, empalagoso, que lograba marear al que entraba.

A veces, la dueña de la casa desaparecía entre lo azul, por estar vestida del mismo color, y sólo se veía su rostro flotante en la habitación.

Los criados también desaparecían entre el azul y daba mucha vergüenza estar vestidos de otro color que el pactado por la dueña. Se era un verdadero borrón entre todo lo azul.

EL MUSEO RECONDITO

ERA de esos museos que respondieron a un entusiasmo del momento y que viven en un rincón de la ciudad, perdidos, teniendo que consultar, el que los visita, todos los planos y guías de la población.

Un único portero cuidaba de la conserjería del museo, y los turistas se paseaban solos por aquella casa sin dueños, sin que se temiere por los objetos pues casi había desaparecido el fetichismo por aquel gran escritor de otros tiempos.

En su alcoba se presenciaba siempre su agonía, y el visitador retrocedía como para no ser agarrado por las manos de náufrago que salían de la cama rehecha.

Ya parecía que todo el mundo había olvidado el museo en que un solo cancerbero llevaba toda la responsabilidad de la limpieza, de la conservación y de la entrada, cuando un macabro descubrimiento que hizo la administración y la policía, puso de actualidad el Museo recóndito.

Los aparatos de hierro que marcan las entradas y salidas en las puertas de los museos, esos molinos de visitantes, que se aseguran a las piernas y son un momento como trampa en que se ha caído, incurrían en contradicción a través del tiempo. Resultaba en la cuenta escasa de los últimos meses, que en aquel cuenta gotas de visitantes había ocho entradas y tres salidas.

Acosado a preguntas el cancerbero, por cómo la contabilidad de las aspas de la puerta de salida no correspondían con las de entrada, se descubrió que aquel único conserje del Museo Recóndito, había encontrado muy sencillo matar a aquellos visitantes raros, impares, insólitos, que se aventuraban en la casa llena de humedades antiguas y de la nostalgia de sus antiguos baúles.

EL LUNAR QUE SALTA ATRAS

LA joven princesa había aparecido con un lunar que no aparecía en ninguno de sus antepasados. Aquel detalle de más la tenía indignada y muchas veces se llevaba la mano a él como para írselo a arrancar.

Andaba desasosegada, hasta que se le ocurrió un día, para acabar tan posible sospecha que le parecía que vagaba en el ambiente, pintar a alguno de los retratos de sus antepasados un lunar en el mismo sitio que el suyo, a un lado de la nariz.

A todos se lo pintó, y todos sonrieron y movieron la boca nerviosos como si les hubiere parado una mosca en ese sitio.

EL ARSENAL DE JUGUETES

EN el cuarto en que jugaba el niño había ido a resultar un armario de luna.

El niño se contemplaba en él con recelos de niño al que le ha salido un hermanito. En aquel niño del espejo encontraba la envidia, la competencia y un deseo de fisgarse a él mismo en los ojos que le crispaban.

Los mayores daban por hecho que el niño sabía lo que era aquel reflejo suyo en el espejo; pero, no, él no lo sabía, no lo acababa de saber, y le era antipático el rescoldo de misterio que había en aquéllo.

Claro que aquella desconfianza por el niño del espejo no se la confesaba a nadie, y él solo se hacía los gestos amenazadores y desconfiados.

Los padres estaban extrañados de dónde podrían ir a parar tantos juguetes como el niño recibía para que los sacrificase o se los comiese, pues los niños parecen verdaderos derrochadores de juguetes, auténticos Sivas de los frágiles artilugios.

— No sé dónde puede echar tantos regalos como recibe y destroza — decía el padre.

— Los residuos que corresponden a sus juguetes, no representan siquiera la sombra de lo que fueron.

Claro que siempre quedaba la sospecha de que eso se debiere a la condición plegable y reductible de los juguetes, gracias a la cual un rompecabezas que aparenta el adoquinado completo de una calle, se reduce a nada cuando el niño lo aplasta y desbarajusta.

Hasta que un día el papá se asomó con curiosidad al espejo del armario de luna y vió que allí en el fondo, detrás de la revuelta del espejo, allí donde se oculta el último ángulo del espejo, había un arsenal de juguetes, una verdadera feria.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

De Lanús



Aspecto del salón de la "Sociedad Unión Italiana" durante el desarrollo del gran festival artístico organizado por el Club Huracán, de Lanús Oeste, celebrando el 4.° aniversario de su fundación.



Grupo de señoritas y jóvenes que prestaron su desinteresado concurso en el festival antedicho, el cual alcanzó lucidas proporciones.


Polvo
REINITA
El uso diario de estos deliciosos Polvos de Tocador, confiere al cutis, una aterciopelada suavidad y encantadora hermosura.
PRECIO DE LA CAJA
$ 2.-
Son los Polvos de más exquisito perfume.
POUDRE DE RIZ
REINITA
L.T. PIVER
PARIS
Parfumerie
L.T. PIVER
PARIS


Batallón de boy-sconts que tomó parte en el desfile patriótico realizado el 9 de Julio, siendo muy aplaudido por su correcta presentación.

LA SEÑORITA LAPARCERIE SE DICE AUTORA DE "LA GARÇONNE"

Todavía no ha acabado de darle disgustos—traducidos, al fin y al cabo en nuevas ediciones — a Víctor Margueritte su archifamosa obra «La Garçonne». Por ella le expulsaron de la Orden de Caballeros de la Legión de Honor, le tacharon de inmoral y le negaron, como escritor, el pan y la sal.

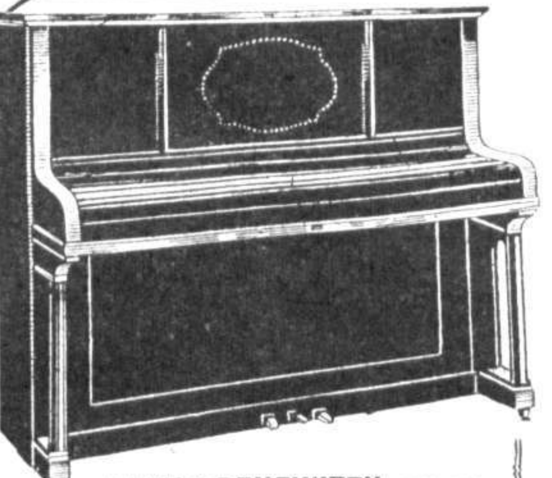
Ahora le acusan de plagiario. Quien tal afirma es nada menos que una dama, la señorita Marta Laparcerie, hermana de la ilustre actriz Cora, del teatro de La Rennaissance. Según la señorita Laparcerie, ella escribió una obra que era, en síntesis la misma que dió prez, dinero y contrariedades al antiguo oficial de Caballería. Víctor Margueritte la leyó, la devolvió a su dueña, quitándole importancia literaria y, finalmente, la hizo imprimir con su nombre y apellido en la portada.

El asunto está en el Juzgado. Y, naturalmente, los dos libros también: el inédito, de la señorita Laparcerie, y el tantas veces reeditado de M. Margueritte... ¿Tendrá razón la señorita? Tal vez. Pero no le valdrá.

Mademoiselle pierde su tiempo. Porque aunque demuestre el plagio, éste es lícito cuando, además de robo, equivale a un asesinato. Y Víctor Margueritte puede asesinar literariamente.

MUSICA
PARA EL
HOGAR

LAS MEJORES MARCAS
A LOS PRECIOS MAS
MODERADOS.

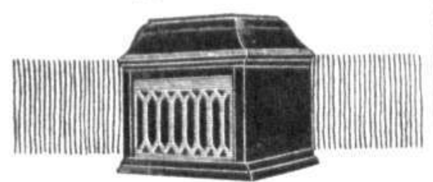


PIANO "REKEWITZ", con armazón macizo, tres pedales, teclado de marfil; mueble de caoba o lustrado ébano.........$ **1.150.–**

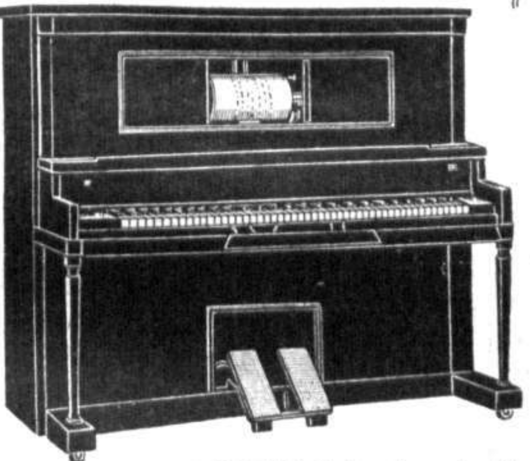


Clara como una campana.

El fonógrafo de más alta calidad.



Modelo "Melodie", en caoba o roble; brazo acústico niquelado, regulador de tono, para toda clase de discos..... $ **240.–**



AUTOPIANO 88 NOTAS, de la afamada fábrica The Autopiano Co., New York; con mecanismo "De Luxe", el más perfecto que se conoce ....$ **2.350.–**

ROLLOS "VICTORIA", de 88 NOTAS, para AUTOPIANO, repertorio completo de músicá clásica, desde $ **5.50** a ...$ **3.–**

ROLLOS "PAMPA", 88 NOTAS, repertorio de los bailables más en boga . $ **3.–**



Fonógrafo de muy buena clase, voces fuertes y agradables $ **39.-**

Discos "Victor", doble faz, de 30 cmts., $ **7.70**; de 25 cmts. $ **5.80**

Discos dobles, de cualquier marca, repertorio bailable..$ **3.-**

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

Gath & Chaves, Ltd

• CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO •

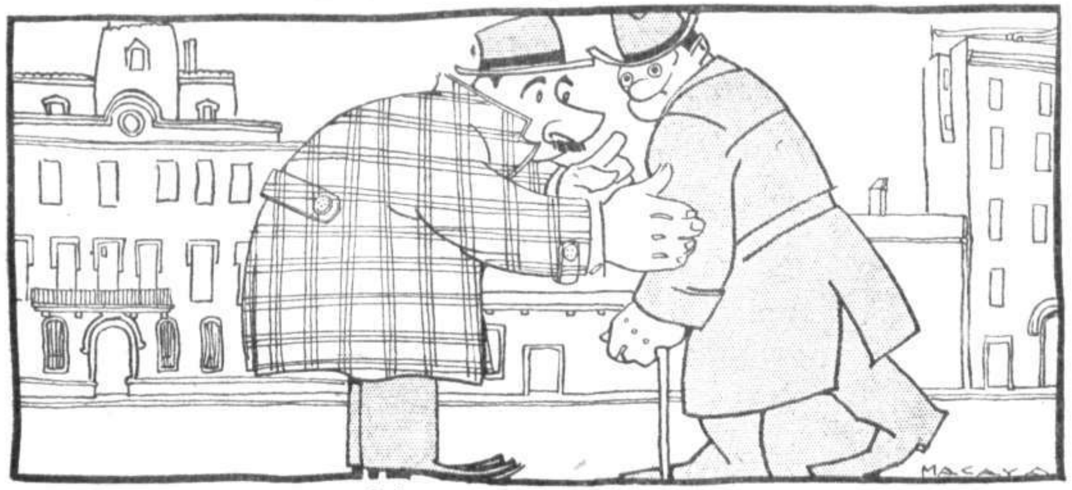
De San Isidro

El doctor Héctor Adrián Beccar Varela, con los obreros que trabajan en la erección del monumento a Pueyrredón, a quienes obsequió con un almuerzo.

Estado en que se encuentra la obra del monumento a Pueyrredón, que se levanta en el parque de la ciudad y que constituirá uno de sus más bellos ornatos.

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

ALLA VA LA NAVE. ¡QUIEN SABE DO VA!



—¿Qué pasa en el Banco Hipotecario?
—Hay mar de fondo.
—Yo creo que hay mar de fondos.

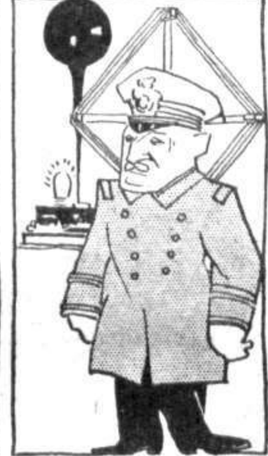
PREPARATIVOS



Gallo. — Me voy a poner mis plumas y mi cresta de gala.



Justo. — Es justo que esta parada valga más que la pasada.



Domecq García. — Orden del día: La escuadra transmitirá conciertos radiotelefónicos. Hay que hacer las cosas bien.



Loza. — ¡Cómo van a destrozar mi apellido en los banquetes!



Sagarna. — Yo he compuesto una «Oda al Alfabeto». Voy a ver si me la traduce Trilussa.



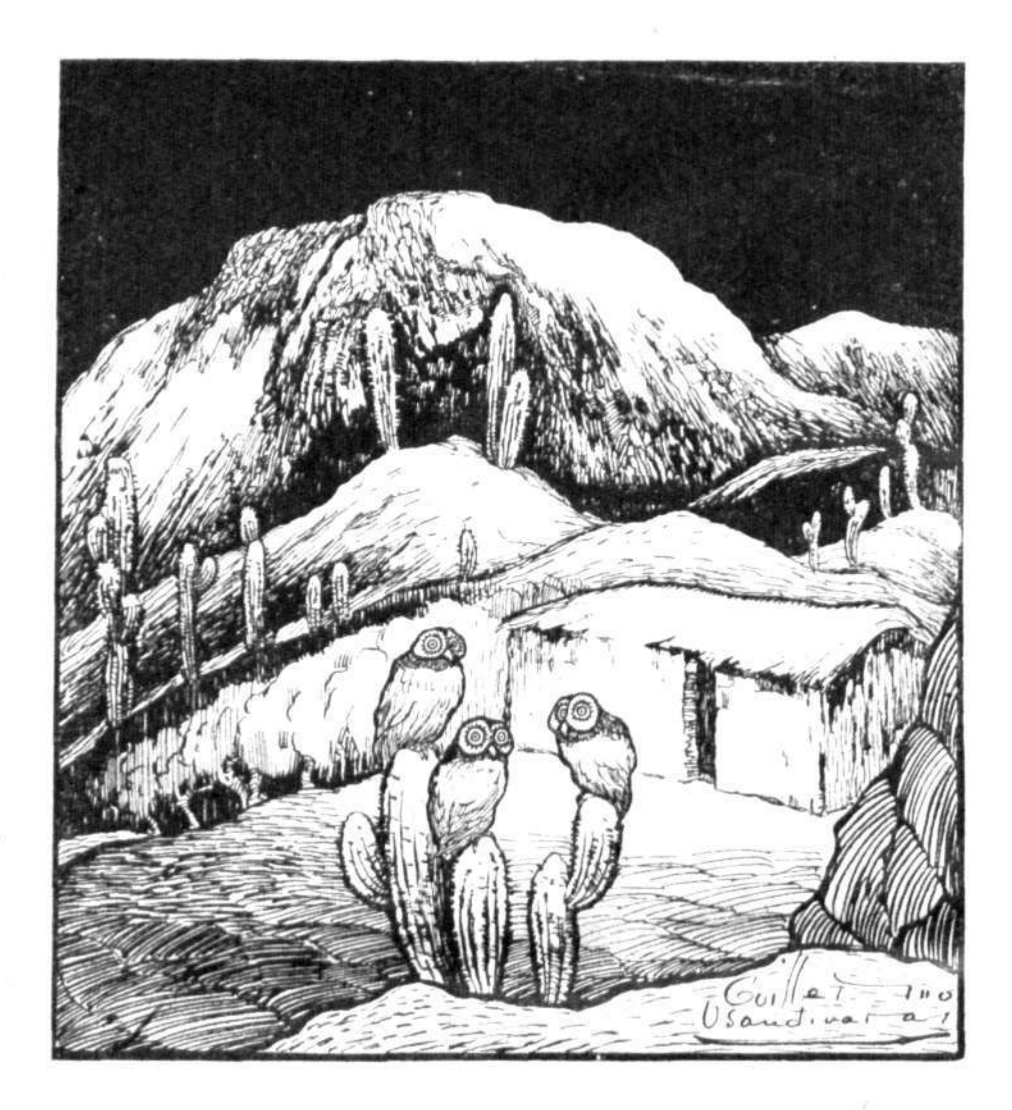
Molina.—11289... 11289, 11289... ¡Qué linda procesión de jubilados podría organizarse ahora!



Gallardo. — ¿Exigirá el protocolo que me ponga peluca?



Le Breton. — ¡Qué lindo! Van a sacar más de dos mil fotografías, y yo voy a figurar en todas ellas.



La MULÁNIMA

POR

PEDRO HEREDIA

Un grito agudo y extraño hizo saltar de la cama al sorprendido Braulio, quien sólo atinó echar mano a su escopeta y correr en auxilio de su hija Lastenia, que en la habitación contigua presa de espanto, articulaba palabras sin sentido y entrecortadas como si una persona le oprimiera la garganta; y al reunirse padre e hija en ese estado de inconsciencia en que se encuentran las personas que bruscamente pasan del sueño a la vigilia, confundiéronse en un fuerte abrazo. La despavorida Lastenia pareció tranquilizarse al sentir el contacto del hérculeo cuerpo de su padre, a quien estrechaba fuertemente como queriendo sacar de aquellos poderosos músculos el valor que ella había perdido.

— ¿Qué ocurre hijita?...

— Creí morir *tatay*... Ya se fué... Su larga cabellera crespa y enmarañada envolvía mi cuello impidiéndome pedir socorro; sus ojos negros inyectados de sangre, con mirada persistente obligaban a cerrar los míos, y de sus patas finas y relucientes saltaban chispazos que en llamaradas amenazaban quemar mi *catre*.

Don Braulio, que ya había encendido una velita de sebo, escuchaba asombrado sin entender ni explicarse el origen de aquel raro lenguaje, y miraba a su hija con los ojos desmesuradamente abiertos como para asegurarse que ya no dormía.

— ¿No la vió usted, *tatay*?... Salió corriendo cuando usted entraba. Nunca me imaginé que fuera tan *fiera*...

— Pero, ¿qué es lo que dices? Yo nada he visto.

— ¿Es posible?... ¿No ha visto a la mulánima, tatita?... Se ha presentado tal cual lo ha contado doña Andrónica. Primero creí verla a la finadita Celina, pero de pronto en la obscuridad de la noche, un resplandor violeta iluminó todito el rancho y una rara figura apareció a mi vista. Era una mujer horrible de carnes negras, arrugada y con cuerpo de mula. Dicen que castiga a los pecadores llevándolos en sus brazos hasta la cima del nevado en vertiginosa carrera, y *de ai*, los derrumba en el precipicio con sus formidables coces. Sentí frío en las venas y tiemblo aun a su recuerdo, pues a no ser por la oportuna llegada de usted, *de seguro* me hubiera llevado para imponerme ese atroz castigo...

— Cálmate hijita. Tú eres buena; nada debes temer. Duerme, yo vigilaré tu sueño. Recuerda que las personas de conciencia limpia, nada malo deben esperar.

A estas palabras la desdichada Lastenia no pudo reprimir un quejido involuntario de pavor, y el sen-

sible Braulio, aquel macizo hombrote que hasta ahora de nada ni de a nadie había temido, sintió estremecerse ante el visible espanto de su hija. Miles de quiméricas y fantásticas ideas pasaron rápidas por su imaginación, haciendo esfuerzos heroicos para disimular su cobardía a fin de apaciguar el terror de su idolatrada hija...

Y mientras las horas de la noche envueltas en su manto de misterio se deslizaban monótonas y silenciosas en el monte cercano, interrumpidas sólo por algunos lejanos ladridos de los ovejeros, que vigilantes cuidaban del rebaño, acurrucado en una hondonada del valle de Tolombón, dos seres sufrían lo indescriptible agobiados por intensas penas de origen muy distintas. Braulio sentado al pie de la cama de su hija, con la cabeza apoyada en ambas manos, y el oído atento al menor crujido, que a intervalos producían los viejos muebles, parecía esperar la presencia del nocturno visitante, dispuesto a sacrificar su vida en holocausto de su dulce hijita. Lastenia con la respiración agitada y la mirada inquieta, observaba a su padre y a la insegura puerta, ansiando sin cesar el alba, que con su resplandor disiparía las terribles visiones, pues inútiles eran sus esfuerzos para apartar de su agitado cerebro esos terribles remordimientos que le torturaban sin piedad....

II

Don Braulio Frejenal, era uno de esos criollos honestos y laboriosos, que ven un motivo de placer en las faenas campestres, y a fuerza de trabajo y sacrificios, había conseguido ser el propietario de una pequeña finquita, que escondida entre los cerros, era todo un primor. — Viudo, con sus dos hijitas Celina y Lastenia, dedicó a ellas todo su amor, supliendo así la falta del calor maternal, dando motivo a que su nombre fuera sinónimo de bondad en toda la comarca. — Sus hijas crecían fuertes y hermosas. Celina debió casarse con Marcos, casamiento que postergóse de un día para otro, mientras la simpática morochita, perdía sin causa aparente, su lozana juventud. La sonrisa desapareció de sus labios, sus frescas mejillas se marchitaron palideciendo, sus ojos de llenaron de profunda melancolía y sus carnosos, húmedos labios, cayeron en una mueca de dolor, hasta el fatal día de su muerte. Nadie supo el origen de su enfermedad, ni se sospechó el porqué de aquella prematura decadencia y muerte. Sólo Lastenia guardaba el secreto, origen de sus exaltadas y horrendas visiones.

Se había repetido la eterna historia, del mancebo arrogante y audaz, que debiéndose casar con la hija mayor de la casa, conquista todo el amor de la simpática hermanita. Pero esta vez, el drama habíase producido sólo internamente en el dolorido corazón de Celina, que sin una queja, sin una protesta, sin demostrar siquiera el mínimo rencor hacia su rival, la hermanita Lastenia, murió convencida de su impotencia para rescatar el amor del infame Marcos, llevándose a la tumba su secreto. «*Muero, pero tú jamás serás dichosa con él.*» Fueron las únicas palabras de protesta que pronunció Celina momentos antes de que su alma volara al cielo. Esas palabras tan sencillas, expresadas en tono dulce y tranquilo, y en momentos tan dolorosos, hicieron comprender a Lastenia, que su hermana estaba en el secreto desde mucho tiempo atrás. Desde ese instante se interrumpió su calma, ya no tuvo tregua, aquella frase resonaba constantemente en sus oídos, como si algún juez inclemente y severo se encargara de recordársela sin cesar.

El tiempo, que todo lo borra y lo disipa como si fuera humo, trajo aparentes días de calma y ventura, pues desaparecido el obstáculo, Lastenia y Marcos desbordaron sus corazones en una desenfrenada y loca pasión, gozando de todas las delicias del amor sin miedo alguno, pero sea por ley natural, o porque efectivamente la difunta había sido profética en sus últimas palabras, el hecho es que Marcos no pudo disimular más su hastío, mientras que a Lastenia, pronto le sería imposible ocultar ante los ojos de su padre y del mundo entero, el fruto de sus amores clandestinos, lo que dió motivo a que se renovaran sus exaltadas visiones persiguiéndola ahora intensamente sin darle tregua.

Agotados todos los medios a su alcance para convencer al insensible Marcos a que se casara con ella, antes de que fuera visible su falta, acudió a la Andrónica, vieja amiga de la casa y única en quien podía confiar sus dolorosas penas.

—¡Sálveme usted, Andrónica, por el amor del Cielo! *Tatay* me mataría y él mismo se moriría de vergüenza si descubre mi estado. ¡Ayúdeme usted! Háblelo a ese infame y dígale que si no repara su falta, estoy dispuesta a quitarme esta odiosa vida tirándome de lo alto de ese cerro y purgar así mis faltas.

—Tranquilízate, querida, nunca hay que recurrir a esos extremos. Nadie es dueño de su vida; sólo puede disponer de ella quien la concedió. Por otra parte, Marcos no es mozo de mal corazón. Todo se arreglará, te lo prometo.

—¿Pero no ha oído usted que para el invierno piensa irse a Tucumán a trabajar en los ingenios? ¿No ve usted en eso un pretexto para alejarse de mí y no volver más?... ¿Qué será de mí, de mi pobre hijo?... ¿Cómo aplacar la justa cólera de mi padre cuando se entere de todo? El, que me cree una santa... — Y la desconsolada Lastenia prorrumpía en un amargo llanto, que en vano pretendía apaciguar la vieja Andrónica.

—Ruega a la Virgen, ella te ayudará. Ruega también a la Pachamama, diosa suprema de todos estos campos, y no dudes que Marcos volverá hacia ti.

Las plegarias, bálsamo sublime de los desconsolados, tranquilizaron un tanto el abatido espíritu de Lastenia. La esperanza renació en ella y el júbilo llegó al colmo cuando un precioso día, Marcos acompañado de Andrónica, vinieron a solicitar del bondadoso Braulio el permiso para que Lastenia contrajera enlace.

III

La dicha era completa, todo había tenido un desenlace feliz. Sería esposa de Marcos y su falta quedaría oculta a los ojos del mundo.

Por la mañana temprano, el cortejo se puso en marcha cabalgando en briosos caballos los unos y en regias mulas los otros. Los novios iban en medio del cortejo, escoltados como si se tratara de personas sagradas, y cada uno de los acompañantes engalanados con sus trajes domingueros, hacían galas de buen gusto luciendo sus aperos cuajados de relumbrante platería, sus ponchos multicolores y sus flamantes pañuelos que trémulos ondeaban en los cuellos.

La cabalgata era impresionante, avanzaban a paso lento mientras entonaban melodiosos cánticos impregnados de tristeza y misterio, fruto de un clima ardiente y soñador, cantos que resultaban más dulces, debido al eco de la montaña que a modo de burla repetía largamente los últimos sonidos de cada estrofa. La voz de Lastenia como también su figura se destacaba del conjunto. Toda de blanco cubría su delicada figura con un velo, sostenido en la cabeza por una guirnalda de azahares. Jadeante y temblorosa, tironeaba las riendas de su caballo pegándolo al de su amado como si

temiera perderlo. Marcos con su traje negro, el pañuelo de seda blanco al cuello y el sombrero pegado a los ojos, sostenido por una delgada cinta en la nuca, espoleaba de continuo a su alazán, que nervioso deseaba demostrar su noble raza.

Don Braulio corría de un lado para otro, y tan pronto estaba a la cabeza como al final del cortejo, distribuyendo a hombres y mujeres algunos tragos de chicha, de la que llevaba buena cantidad en sus repletas alforjas.

Todos iban contentos, la dicha se reflejaba en cada rostro a pesar de lo penoso del camino y del calor sofocante; los vapores picarescos de la deliciosa bebida alegraron de tal modo el ambiente que hicieron olvidar toda congoja.

Tres leguas de largos médanos debían andar aun para llegar a Santa María, donde encontrarían al juez y al señor cura listos para casarlos. Lastenia creía que nunca llegarían a destino, parecíale inverosímil que en un momento más sería la más dichosa de las mujeres y hubiera deseado tener alas para apresurar este feliz instante.

La vista de las primeras casas del pueblo hicieron prorrumpir en gritos de júbilo a todos los acompañantes, y hasta Lastenia confundió sus agudos *ju, juy* con los de toda la concurrencia, no pudiendo refrenar más sus exaltados nervios. El alboroto era indescriptible, y las bestias no acostumbradas a tanto bullicio se encabritaban sin cesar. Don Braulio hacía esfuerzos sobrehumanos para redimir a su asustada mula, que enardecida hacía tambalear al jinete.

— *Se le ha cosquilleao* la mula — gritaba uno.

— ¡Apéese tatita! — insinuábale su hija desde la puerta del juzgado, temiendo que sucediese una desgracia, pues su padre estaba algo *machao*, pero el anciano lleno de amor propio se había propuesto amansar al chúcaro animal.

— *Déjenla que bellaquee nomás*, ya veremos quién gana — respondía don Braulio firme como una estaca, cuando en un abrir y cerrar de ojos cayó al suelo ante los gritos de la asustada Lastenia. Marcos corrió a socorrerlo, pero Braulio se levantó sonriente sacudiéndose el polvo de la ropa con flemática calma, mientras la mula, con fuertes resoplidos y las orejas tiesas, remolineaba alrededor del jinete. Los espectadores prorrumpieron en una estrepitosa carcajada, mientras Marcos se acercaba al animal para tomarlo de las riendas y llevarlo a un lugar apartado para que se apaciguara, pero éste, con la rapidez del rayo, encabritóse asestándole un par de patadas en pleno pecho, lanzándose luego en vertiginosa carrera.

La sorpresa fué grande. Todos enmudecieron. Lastenia se precipitó sobre el cuerpo de su amado, quien yacía tendido en el suelo con los brazos abiertos. Inútiles fueron las caricias y las tiernas palabras para reanimarle, Marcos había sucumbido sin proferir un solo quejido.

La mula, inconsciente del desastre que había ocasionado, se alejaba rápida rumbo al cerro vecino, mientras Lastenia seguíala con la mirada, sacudiendo los brazos amenazadores y los puños estrechos. De pronto sintió todos los síntomas del vértigo y en sus nublados ojos apareció nuevamente la visión terrible que una noche habíale interrumpido su tranquilo sueño:

— ¡La mulánima!... Ella es... corred... matadla... vengad esta cruel hazaña... — y como nadie se movía, más aumentaba la desesperación de Lastenia, que en un segundo, había visto derrumbarse el castillo amado de sus ilusiones.

D I B U J O   D E   G U I L L E R M O   U S A N D I V A R A S

Enlaces



Señorita Emilia Cerchi con el señor Vicente Gallego. — Capital.



Señorita E. Olinda Gerino con el señor Antonio Mazzeo. — Capital.



Señorita Ana María Gallotti con el señor Jacobo Di Landro. — Capital.



Señorita María A. Fazio con el señor Juan Esteban Fazio. — Lanús.



Señorita Antonia Padilla con el señor Manuel Zapata. — Témperley.

PLUS VLTRA
A
ITALIA



STÁ en prensa el número extraordinario que nuestra revista, fiel exponente del progreso del periodismo argentino, dedica a Italia con motivo de la visita del Príncipe Heredero.

La impecable nitidez de su impresión, las magníficas reproducciones de sus cuadros firmados por los más prestigiosos pintores italianos, la belleza de su presentación y la valía de las firmas artísticas y literarias, servirán para poner de relieve el pujante esfuerzo que en todos los órdenes de la actividad, realiza la colonia italiana en el país.

LA TARJETA DE VISITA

Cuando Limeau y Joissy se encuentran, es necesario observarlos bien de cerca para percatarse que no son los mejores camaradas del mundo. Observémoslos en este tranvía en el cual el azar los ha reunido: «¡Hola, cómo estás!» y «¡Siempre alegre, el animal!», y apretones de manos enérgicos, y palmadas afectuosas sobre el omoplato... Pero, durante todo esto, una pequeña mirada fija, dura y vigilante nos demuestra que es todo farsa.

No tienen ningún motivo para quererse. Se detestan, simplemente. Estarían encantados de tener un motivo cualquiera para discutir. Pero como no se les presenta la ocasión, se tratan con la ruidosa amistad debida a un amigo del colegio con el cual la vida nos enfrenta frecuentemente.

— ¿Cuándo me irás a buscar para salir juntos? — pregunta Limeau, con la seguridad de aquel cuyo criado diría: «El señor no está».

— Una noche de la semana próxima. Te telefonearé — responde Joissy con la tranquilidad del que no insistirá mucho para conseguir el número.

— Toma. Mi nueva dirección.

— Gracias, viejo.

Después de esto, su tono caluroso decae. Son voluntariamente afectuosos en la calle, o allí donde un apretón de manos puede quitar a uno de encima del otro. Pero en un tranvía, donde es necesario soportarse mutuamente hasta el punto de descenso, la cosa cambia de aspecto. No son tipos de simular amistad más de dos minutos. Entonces, ambos se encierran en un silencio siniestro.

Además, generalmente, tienen otro motivo para enmudecer, y es cuando, frente a ellos, toma asiento una dama de aspecto agradable. Y ninguno de los dos quiere privarse de ese placer.

Y aquí está, precisamente, la verdadera causa de su recíproca antipatía: los dos tienen el mismo carácter. Y, sobre todo, a los dos les gusta eso que ellos llaman — ¡vanidosos! — aventuras. Entendámonos: les agrada seguir a las mujeres. Y si los hombres detestan a los conquistadores, entre los conquistadores se detestan más aún.

Observemos un instante a Limeau y a Joissy. Ninguno de los dos se anima a levantarse por la dama y se entretienen en los firuletes de la coquetería habitual en estos casos: peinado del bigote, ojitos, arreglo de los puños — ¿por qué supondrán los hombres que el arreglo de los puños seduce a las mujeres? — Se enervan acechándose y su irritación interior compromete mucho el aire lánguido que deben dar a sus miradas. Si la dama no es tonta debe contenerse para no estallar de risa... Pero esto es pedir demasiado.

Limeau está vencido: he aquí que ha llegado a su destino y debe descender. Una última mirada tierna a la dama, una última mirada iracunda a Joissy, y se larga.

— ¡Tienes mi dirección! — grita. — No te olvides de ir a verme, ¿eh?

— Sí, sí, sí...

¡Cualquier día Joissy piensa en eso! Joissy estira sus puños con ademán seductor y piensa que está solo con la dama. Pero... la dama tiene un caballero. Un hombre sanguíneo, de grandes espaldas. ¿Marido? ¿Amante? Imposible saberlo. En todo caso, poseedor. Y es así cómo Joissy debe poner una gran prudencia en su empresa de seducción.

¡Qué calamidad! He aquí una personita que,



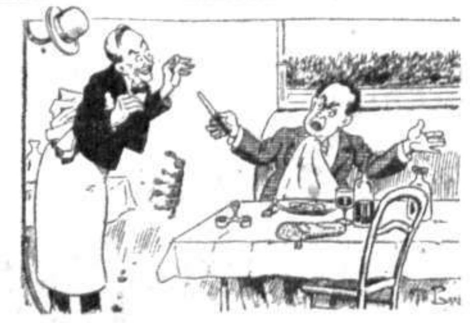
La maniquí. — Sí, la moda actual adelgaza.



— Querido amigo: yo quisiera pedirte un servicio, un pequeño servicio...
— ¡Ah! Por eso es por lo que te llevas las cucharitas.



— ¡Y ya sabemos con qué le abrió la boca el miserable!



— ¡Mozo! ¡De tres huevos al plato no hay ninguno fresco!
— Es que... como el señor llegó tan acalorado, temí dárselos en tal condición...



—Les he dicho: "dejen hervir los huevos durante tres minutos". ¿Para qué les sirve el reloj?
—No pudimos utilizarlo. Adelanta un cuarto de hora.

—¿Rechazas a don Rudesindo? ¡Cometes una grave falta! Es una ocasión que no se presenta todos los días, la de un pretendiente rico y anciano.



—Entendido, ¿eh? Pelearán cuerpo a cuerpo.
—Sí, pero que se afeite éste, porque yo soy muy cosquilloso.



—¡Pero, José! Cada vez que entro lo encuentro durmiendo.
—Es que, señora, no me gusta estar sin hacer algo.

si no estuviera acompañada, sería raptada en menos tiempo del necesario a Joissy para encontrar una mentira. Un «profesional» como él ve cosas interesantes donde nosotros, pobres inocentes, no vemos más que una tranquila indiferencia. Joissy está tan seguro como de una regla de tres que, si pudiera murmurar algunas palabras —una dirección, tan sólo— al oído de esta dama, mañana mismo conocería su nombre.

Pero, ¿cómo hablarla? El poseedor —no es decididamente un marido, ni un amante, ni eso que las mujeres llaman «un amigo», — el poseedor está allí. Tiene unas espaldas enormes y no parece dormirse. Imposible, imposible.

Joissy comienza a lamentar la ausencia de Limeau. Estando el otro, una conversación como ésta, mantenida en alta voz, hubiera sido fácil:

—Yo vivo siempre en la calle Tal, número tantos, piso bajo a la derecha...

Una mirada sugestiva apoyando lo dicho, y la dama ya está enterada. Sí, pero no hay medio... Un momento, un momento. Joissy sonríe. ¡Ya encontró el recurso!

Ha comprado una novela, una bella novela, con las páginas sin cortar aún. Mira a la dama con una insistencia que parece decir: «Atención» —esta mirada es igual al redoble del tambor que anuncia en el circo el comienzo de una prueba difícil, y, sin quitarle los ojos, saca su cartera, busca y saca una tarjeta de visita.

La dama no comprende aún, pero parece interesarse en las maniobras —con las mujeres nunca se está seguro, pues cuando se interesan miran de reojo.— Joissy, con la tarjeta, corta, indiferente, la primer página del libro, y comienza su lectura. El lee y, esperando terminar su página, tiene siempre su tarjeta en la mano. Y la dirección —¡casualidad!— está vuelta hacia la dama.

Dos pequeños hoyuelos se dibujan en las mejillas de la dama. Ella sonríe: ha comprendido. Sí, pero ¿podrá ella leer? En los tranvías hay poco espacio entre los pasajeros. ¿Es, sin embargo, este espacio tan pequeño que permita a una dama leer sobre una tarjeta colocada delante de ella? Esta es la cuestión.

Joissy continúa cortando de tiempo en tiempo una página, simulando entretenerse con la lectura y exhibiendo su tarjeta. ¿Es suficiente? Debe ser bastante. La dama se vuelve completamente sobre su «amigo» y hace como si ya no existiera Joissy.

En cuanto al amigo, no es necesario añadir que no ha visto ni sospechado nada absolutamente.

Pero es necesario creer que la dama es corta de vista; Joissy la espera todo el día siguiente en su piso bajo, pero en vano. Y la espera durante tres días seguidos.

Al fin, Joissy se ha enamorado. ¡Sí, el conquistador enamorado! Bestialmente enamorado, al punto que toma todos los días el tranvía a la hora en que la vió una vez. No la encuentra. Y para colmo de colmos, es al odioso Limeau a quien encuentra.

—¡Buenos días, viejo! —grita Limeau.— ¡Ah! ¿Qué es lo que buscas en este tranvía? ¡Buscas programas! Es verdad que se encuentran cosas agradables. No sé si recordarás, la semana pasada, una rubia deliciosa que iba con un hombre grandote.

—Me acuerdo perfectamente... —repuso Joissy con la garganta seca.

—Al día siguiente, viejo, me la veo aparecer en casa... Me quiso hacer creer que estaba equivocada. Pero imagínate... una vez que la tuve... ¡Deliciosa, encantadora!... Lo que no puedo comprender es cómo pudo averiguar mi dirección... Yo te la di a ti, recuerdo perfectamente, en mi tarjeta, el otro día, en el tranvía...

ANDRÉS BIRABEAU

TRADUCCIÓN DE C. E. M.

De Ciudadela



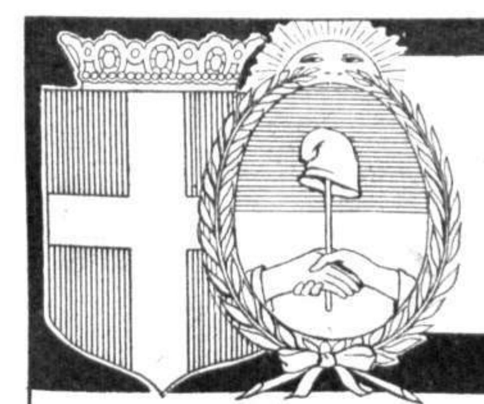
Conscriptos del regimiento 8.° de caballería cantando el Himno Nacional, después del acto de la jura de la bandera.



Teniente Mariño, cabo 1.° R. Mansilla y soldados Galarce, Lemonier y Sánchez, que resultaron vencedores en el torneo de lanzadas, a aire de carga sobre objetivos.



El general Rodríguez, jefe de la 2.ª División; teniente coronel E. Ramírez, jefe del regimiento 8.° de caballería, y demás concurrentes a los festejos realizados festejando el 98.° aniversario de la fundación de dicha unidad.



DOS ESCUDOS
QUE SIMBOLIZAN LA FRATERNIDAD
ITALO-ARGENTINA

LA CASA AMERICA (STAHLBERG & RIGOTTI) SE ADHIERE A LOS FESTEJOS DE ESTA OPORTUNIDAD OFRECIENDO POR PRIMERA VEZ EL NUEVO, MODERNO Y PERFECTO MODELO DE

CONCERTOLA N.° 11 - Tipo "Consolle"

Verdadero instrumento de arte que se distingue por su lujosa construcción y riqueza de tono claro y purísimo.

DISCOS

Siempre NOVEDADES en todas las mejores marcas del mundo.

PIEZAS RECOMENDADAS PARA ESTA SEMANA

Discos Dobles de 25 centímetros, $ 3.— c/uno.

20224 { **Marcha Real Italiana.** Con fanfarra. **I Pifferi e Sveglia dei Granatieri.**

T 232 { **Himno Nacional Argentino.** **Ituzaingó.** Marcha oficial.

20244 { **Himno de Mameli.** **Marcha Mestre.**

22034 { **San Lorenzo.** Marcha. **El Tala.** Marcha.

BAILABLES

Discos Dobles Nacional, a $ 3.— c/uno.

ORQUESTA FIRPO

6262 { **Pucho.** Tango. **Pétalos.** Tango.

ORQUESTA PACHO

7423 { **¡Perdóname Señor!** Tango. **Buena firma.** Tango.

ORQUESTA CANARO

6979 { **Muchachita Loca.** Tango. **Juventud.** Tango.

6980 { **La cabeza del italiano.** Tango. **Reflejos.** Tango.

6988 { **Sueño marchito.** Tango. **Sota, Caballo y Rey.** Camel-trot.



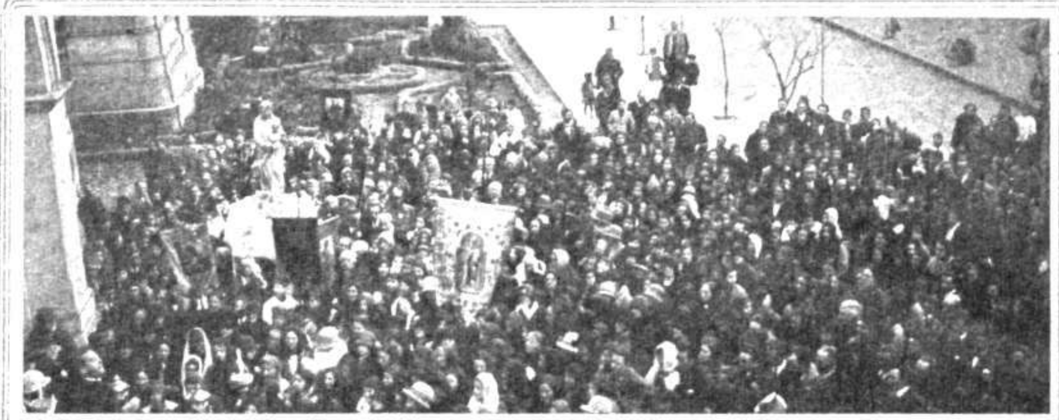
Solicite SUPLEMENTO N.° 23 conteniendo todas las últimas Novedades. Se remite gratis.



Avenida de Mayo, 979.
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

De Juárez



El R. P. O. Calcagno dirigiendo la palabra a los fieles que concurrieron a la procesión organizada en honor de la Virgen del Carmen.

DISTRACCIONES CÉLEBRES

Numerosas son las distracciones sufridas por los grandes hombres, y que se han hecho célebres.

Entre los grandes nombres que gozan de este privilegio figura Ampère, que siempre estaba abstraído en sus grandes especulaciones.

Un día regresaba de su laboratorio y subía las escaleras de su casa. Llegó a su piso, y llamó maquinalmente al timbre.

Pero aquel día había entrado una doncella nueva en la casa, que no conocía a Ampère. Abrióle la puerta, y al verse de tan estrafalaria catadura, no se le pasó por las mentes que aquel sujeto pudiera ser el señor; y cortándole el paso de la puerta, que Ampère se disponía a franquear, le dijo:

— Dispense, pero el señor no está en casa.

Y Ampère, completamente abstraído, se detuvo y, sin darse cuenta de lo que hacía, saludó levemente y comenzó a bajar las escaleras de su casa, porque le habían dicho que no estaba.

Al llegar a la calle y recibir el espolazo del viento frío que soplaba aquella mañana de invierno, fué cuando Ampère volvió a la realidad y comenzó a subir de nuevo las escaleras de su casa.

Al volverle a abrir la doméstica y ver de nuevo al molesto visitante, no pudo reprimir, malhumorada, el decirle:

— Ya le he dicho que el señor Ampère aún no ha vuelto a casa.

Y entonces Ampère repuso tímidamente:

— Es que el señor Ampère soy yo. Déjeme entrar en mi casa.

PRODUCTOS SUPREMA

TAN suave y delicioso es el perfume del **POLVO y AGUA** de **COLONIA SUPREMA** que el solo aspirarlos es causa de gratísimo placer.

Pero este placer se acrecienta más aun cuando es el cutis de una dama, impregnados en estos **POLVOS y AGUAS**, el que lo emana.

Use Vd. los **PRODUCTOS SUPREMA** y conseguirá, no solo aumentar sus encantos, sino también saturar, con la fragancia acariciadora que en sí tienen estas notables preparaciones.

Los **PRODUCTOS SUPREMA** *se venden en todas partes.*

POLVO GRASOSO

SUPREMA

Suaviza y perfuma delicadamente el cutis. La caja .... $ **1.70**

AGUA COLONIA

SUPREMA

De exquisito y persistente aroma. El frasco $ **2.65**

SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES PRODUCTOS



P. BURS y Cía.
Bolivar, 1725 - Bs. As.

EN CORDOBA:
RUGGIERI Hnos.
Santa Rosa, 35.

GRATIS

enviamos muestra del POLVO GRASOSO SUPREMA.

EL INTRUSO

POR

EZEQUIEL UBATUBA

TRADUCIDO PARA CARAS Y CARETAS POR B. SÁNCHEZ - SÁEZ

Por Yguariassá corrió rápidamente la noticia, de que el mayor Francelino, de la estancia Santo Cristo, llegaba de la capital con un lote de animales de raza.

Una yegua inglesa, «Minerva», célebre en los hipódromos, servida por un famoso garañón de Saycán, que de tales lugares venía para Tres Arboles, ni más ni menos que el mejor del pago.

Para ella había cocheras especiales, cubiertas de lona, paja de Santa Fe; y hasta se plantó en el campo, maíz blanco y la alfalfa del primer corte era para el animal...

La bueyada mansa y trabajadora se esforzó en la última semana, para carretear el desbrozo del arroz y el serrín de los pinos del Paraná.

Cuando la tordilla penetró con imponente garbo, de fina estampa, la peonada entre curiosa y agresiva, la examinó, línea por línea — si puede decirse — como cosa rara.

Pero duró poco el alborozo de la paisanada, pues el patrón sorprendió la hostilidad; ninguno se preocupaba del animal, cosa poco frecuente, pues el gaucho es todo cariño para la bestia.

Ante tales manifestaciones, sólo quedaba un remedio: largarla al campo, entre la manada de los zainos.

Rompía la quietud de la campiña el resplandor rojizo del sol en el horizonte, en las nacientes mañanas de septiembre. El choque era plácido, encontrando el ambiente en calma, en un hermoso amanecer de trabajo, extendiéndose por los cerros cercanos y las cañadas la misma serenidad, hasta las aguas muertas del acuario grande.

El fuerte rocío de la noche, era visible en los pastos, resaltando sus manchas verdes en los lugares que pacía el ganado.

La estancia despertaba para la vida; conducía la peonada las vacas para el tambo, y otros iban ensillando caballos, o preparándoles para las rudas faenas del campo.

De la explanada próxima, lentamente descendían hasta el camino, la manada de yeguas, lustrosas, gordas, corriendo presurosas a los tanques; relinchando luego, una vez apetecidas y retozando extendíanse por toda la campaña, con esa plena satisfacción, de un deseo colmado, exteriorizándolo en coces y saltos, en locas carreras, ante las miradas del sol, que les brindaba la vida...

Cerquita, junto al rancho de David, sobre la tierra amontonada por los picos de los obreros del camino del ferrocarril en construcción, la tordilla, inmóvil, con los ojos impacientes, tendida en el suelo, esperaba el advenimiento del primer hijo.

El zaino, de momento en momento, alzaba la cabeza, altiva, arrogante, enfilando sus finas orejas, como quien escucha el sentido de otra vida, tornando los ojos a la compañera, en espera del fruto de sus vidas...

Había en ese cuadro mucho de humano y de divino en esa hora de angustia.

La manada pastaba tranquilamente sin notar la ausencia de «Minerva» la tordilla, que gemía levemente, en su instante materno, como si sobre ella estuviese encarnado el símbolo de la raza.

De pronto, la fofa tierra de la pampa se coloreó intensamente... para recibir en su seno un ente amigo.

La cola erguida, las crines al viento, bufando y echando espuma, el zaino compañero dió unas cuantas carreras alrededor de la tordilla, festejándola con loca alegría exteriorizada en sus piruetas simbólicas.

Luego, en una larga carrera, se unió ante las otras yeguas, y todas en tropel corrieron con el zaino a la cabeza, deteniéndose ante la madre que contemplaron como vasallas, ante la reina favorita.

Débilmente, casi cayéndose, el potrillo se puso en cuatro patas, largas y finas; denotando su pura sangre; y sus grandes ojos, vivos, inquietos, parecían despreciar a los magníficos potrillos criollos, mal conformados y tristes...

La naturaleza reclamó de inmediato su ley y buscó rápido las ubres de la madre, mientras ésta, lamía el lomo mojado del hijo.

La manada, los cercó en un círculo cariñoso, mientras el zaino, radiante, alargó el pescuezo, relinchó furiosamente, y escarbó la tierra con su casco...

¡Relincho sonoro y potente, como anunciación de una nueva vida fecunda y grande!...

El pura sangre, sintiéndose superior a los otros animales, pasaba una vida regalada.

Sólo el patrón lo ensillaba para que no se hiciera bichoco, y daba unas ligeras vueltas por el campo.

Pero en la estancia, persiste la ojeriza contra el intruso.

No es raro, que el capataz Viriato, apoyado en el galpón, diga un día y otro, este eterno monólogo:

— El patrón se «va a arrepentir; desde los tiempos del patrón viejo que los Tres Arboles tienen fama de ensillar caballo bueno y guapo». Las crías de yegüerizos eran nuestro orgullo y nunca tuvimos cuidadores que «fueran gringos». En estos campos había que pedir permiso para fomentar las crías. Nunca hemos sembrado alfalfa y maíz blanco... lo «tenemos pá la mazamorra». Ese matungo hasta parece gente; no va al campo, «no procura yegua», ni puede mojarse... ¡ni más ni menos que si fuera criatura!

Pero lo más grave es que un «hombre serio y honrao» como yo... y algún otro, estemos obligados «de hacer de cuenteros»... ¡Cruz diablo! «Agarrá la yegua para vos, guardátela, como el burro ese... Como si precisáramos animales de esos... ¡Cosa bárbara!...

Y el capataz da al intruso sobre sus costillas, la ley que iguala a todo bicho del mismo dueño, como indio viejo...



Una golosina deliciosa

resulta el Chocolate Noël comido crudo. Muchas madres se lo dan a sus hijos en esa forma para merendar, convencidas de sus cualidades alimenticias, y los pequeños saborean las barritas con más deleite que si fueran bombones, porque el

Chocolate Noël

produce en el paladar una sensación muy grata de suavidad y tiene un exquisito gusto, debido a su perfecta refinación y a la superior calidad del cacao, el azúcar y la vainilla, sus únicos componentes.

Hay tres clases de Chocolate Noël: 1 Estrella, papel crema; 2 Estrellas, papel blanco; y 4 Estrellas (inmejorable), papel marrón.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.



Pruebe Vd. con atención el

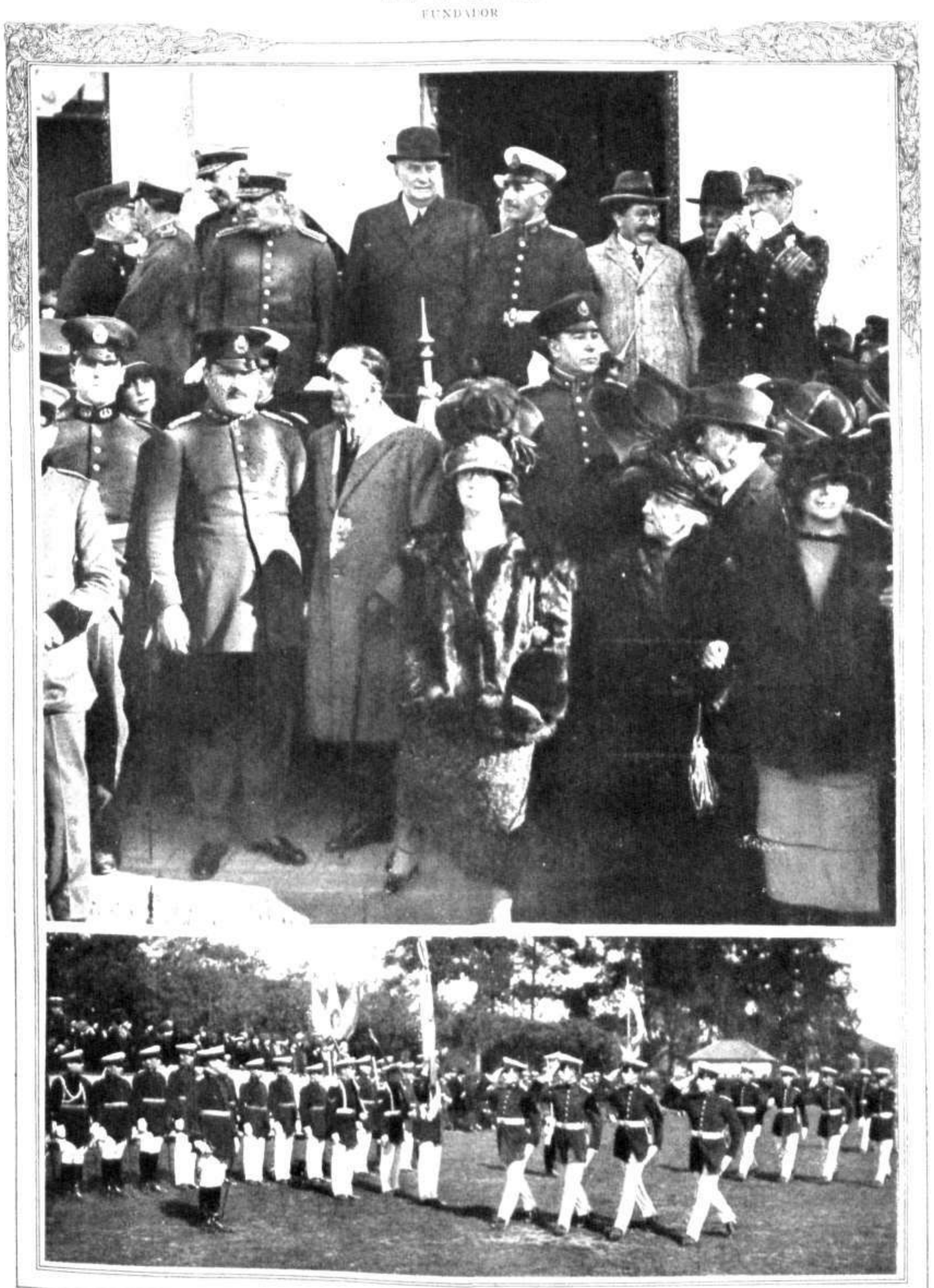
Xerez-Quina Ruiz

saboree su gusto delicioso, haga un examen detenido de su rápida eficacia como suave estimulante del apetito, y tendrá la convicción de que es el aperitivo que más conviene para los suyos.

BUENOS AIRES, 2 DE AGOSTO DE 1924

AÑO XXVII CARAS Y CARETAS Nº 1348

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



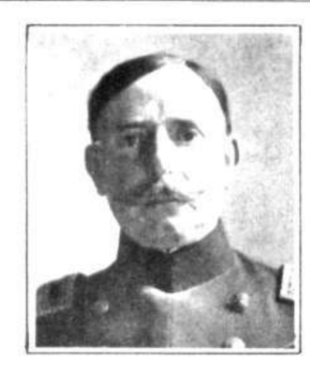
EN EL COLEGIO MILITAR

JURA DE LA BANDERA POR LOS NUEVOS SUBTENIENTES

El Presidente de la República, doctor Alvear, los ministros doctores Gallo y Sagarna, almirante Domecq García y general Justo, altos jefes del Ejército y distinguida concurrencia, presenciando desde el palco oficial la solemne y patriótica ceremonia. — Los nuevos subtenientes desfilando marcialmente ante la enseña patria.

FOTOS DE BELL

ALTOS ASCENSOS EN EL EJERCITO Y LA ARMADA


GENERAL DE BRIGADA ULADISLAO FERNÁNDEZ, A GENERAL DE DIVISIÓN.


CONTRAALMIRANTE RAMÓN GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, A VICEALMIRANTE.


GENERAL DE BRIGADA MARTÍN RODRÍGUEZ, A GENERAL DE DIVISIÓN.


CAPITÁN DE NAVÍO ENRIQUE MORENO, A CONTRAALMIRANTE.


CORONEL JOSÉ T. MARCILESE, A GENERAL DE BRIGADA.


CORONEL JUAN E. VACCAREZA, A GENERAL DE BRIGADA.


CORONEL NICASIO ADALID, A GENERAL DE BRIGADA.


TENIENTE CORONEL EDUARDO FERNÁNDEZ VALDEZ.


TENIENTE CORONEL BENJAMÍN BARRIONUEVO.


TENIENTE CORONEL JUSTINIANO DE LA ZERDA.


TENIENTE CORONEL LUCAS ROCCA.


TENIENTE CORONEL JOSÉ MORALES BUSTAMANTE.


TENIENTE CORONEL CARLOS CASANOVA.


TENIENTE CORONEL ADOLFO V. FAUCHÉ.


TENIENTE CORONEL SAÚL RUDA

PROMOVIDOS AL GRADO DE CORONEL.


CAPITÁN DE FRAGATA AURELIANO REY.


CAPITÁN DE FRAGATA JORGE CAMPOS URQUIZA.


CAPITÁN DE FRAGATA PEDRO S. CASAL.


CAPITÁN DE FRAGATA CARLOS A. BRAÑA.

ASCENDIDOS A CAPITANES DE NAVÍO.

Señora Julia Moreno de Moreno



Presidenta del Consejo Nacional de Mujeres, la venerable matrona había dado pruebas, durante su larga existencia, de poseer una clara y cultivada inteligencia y una bondad fuerte y serena. Su obra al frente de la prestigiosa institución de cultura femenina se caracteriza por el altruismo y la nobleza que la impulsaron, y al cumplirse las bodas de plata de la señora de Moreno con el Consejo de Mujeres se puso de manifiesto lo mucho que se valoraba su gestión. Su fallecimiento constituyó la pérdida de una de las figuras femeninas de más relieve en nuestra sociedad.

Señora Julia Sáenz Valiente de Gutiérrez



Con el deceso de la señora de Gutiérrez desaparece una noble y característica figura de mujer, perteneciente a una tradicional familia porteña. Su exquisita cultura y su señoril trato le hacían destacarse con relieves propios. La extinta dama estaba vinculada estrechamente a nuestro pasado patricio y era esposa del doctor José María Gutiérrez, destacada personalidad de los círculos intelectuales del país. La muerte la arrebata del seno de los suyos a la edad de 78 años, y por mucho tiempo aún perdurará un grato recuerdo en el espíritu de todos cuantos frecuentaron su amistad.

Recepción oficial del nuevo embajador de Italia



El Embajador de Italia, don Luis Aldrovandri Mariscotti, conde de Viano, acompañado por el introductor de embajadores, al salir de la Casa de Gobierno después de haber presentado sus credenciales.



La carroza que conducía al nuevo Embajador a su paso por las calles de la ciudad, entusiastamente aplaudida por un numeroso público.

Reorganización de la Unión Cívica Radical



El block parlamentario radical denominado "antipersonalista", reunido en la sala de deliberaciones del Congreso con el objeto de proceder a la reorganización del partido, resolviendo publicar un manifiesto y convocar a una asamblea al pueblo de la República.

Vuelo alrededor del mundo



El mayor Pedro Zanni, que ha comenzado su magno vuelo alrededor del mundo, logrando despertar su hazaña intensa expectativa en todo el país.

En la Intendencia Municipal



El doctor Carlos A. Varangot en la intendencia municipal rodeado por un grupo de amigos y compañeros que acudieron a saludarlo con motivo de abandonar el cargo de secretario de Obras Públicas.

Demostración



Grupo de distinguidos jefes del ejército que asistieron al almuerzo ofrecido por el general de Vedia a los nuevos coroneles señores Benjamín Earrionuevo y Lucas Rocca.

Aniversario de la revolución de 1890



Numeroso público que acudió a la ceremonia realizada en la Recoleta patrocinada por el Comité Radical de la Capital en conmemoración de la revolución del 90.

Homenaje a la memoria del Dr. Zeballos



El señor Amadeo Allocatti pronunciando su discurso durante el acto de la colocación de una placa en la tumba del ilustre estadista.

Asamblea de la Juventud Universitaria Radical



El senador señor del Valle, el diputado doctor Bard y miembros de la Juventud Universitaria Radical en el escenario del Teatro San Martín al efectuarse la reunión conmemorativa del aniversario de la revolución del 90.

Huesped ilustre



El reverendo padre Eduardo Victoria S. J., ilustre químico jesuita español que se halla entre nosotros con el objeto de dar una serie de conferencias.

En honor de los nuevos subtenientes



Recepción en el Círculo Militar en honor de los subtenientes recientemente egresados del Colegio Militar, fiesta que transcurrió en un amable ambiente de camaradería.



Comisión de distinguidas damas pertenecientes a la Sociedad Protectora de Huérfanos Militares, entidad que tuvo a su cargo la organización de la interesante fiesta.

Exposiciones de arte



El pintor Américo Panozzi, que expone una serie interesante de cuadros en la sala Van Riel.



El doctor Alvear recorriendo la exposición de cuadros del doctor Figari, realizada en el Salón Witcomb, acto al cual acudieron gran número de personalidades de nuestros círculos artísticos.



El pintor argentino don Francisco Lavecchia que expone sus obras en el Salón Van Riel.

Asociación "Angeles Tutelares"



"Las rosas maravillosas", bello cuadro plástico representado por distinguidas señoritas de nuestra sociedad en la fiesta que bajo los auspicios de la Asociación de "Angeles tutelares" se llevó a cabo en el salón del colegio de las Religiosas Hijas de María Inmaculada.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS

FOOTBALL

San Lorenzo v. Racing



Una incidencia interesante durante el partido jugado en Avellaneda por el campeonato de la Asociación Amateur, y que terminó con el triunfo de San Lorenzo por 1 goal a 0.



El arquero de San Lorenzo haciendo una magnífica atajada y conjurando un peligroso avance de Racing.



Frente al arco de San Lorenzo, cuya valla pasa por un momento de apremio ante los ataques del contrario.

River Plate v. Platense



Los capitanes de ambos equipos con el referee que dirigió el partido, momentos antes de comenzar la lucha, que terminó con el triunfo de River Plate por 1 goal a 0.



Posesionados de la pelota, los delanteros de Platense ensayan un recio avance.



Frente al arco de River Plate. Crotti detiene un poderoso tiro de un delantero de Platense.

FOTOS DE ARROYO Y MOLINELLI

LA REVOLUCION EN SAN PABLO


Almirante Alejandrino de Alencar, ministro de Marina del Brasil.


Doctor Arturo Bernardes, presidente de la república, contra el cual se dirige el movimiento apoyado por parte de las fuerzas militares del país.


General Setembrino de Carvalho, ministro de Guerra del Brasil.


Estación ferrocarrilera La Luz, de San Pablo, lugar donde se desarrollaron los sucesos más sangrientos de la revolución militar que actualmente entorpece la vida normal de la república hermana.


Doctor Carlos de Campos, presidente del estado de San Pablo, derrocado por el movimiento revolucionario y que opuso recia y patriótica resistencia.


El teatro municipal de San Pablo, magnífico exponente de la arquitectura de la bella ciudad, sitio donde también han tenido lugar choques entre las fuerzas leales del ejército y las revolucionarias.


Infantería federal, equipada modernamente, desfilando durante las últimas maniobras generales, efectuadas ante el presidente de la república.

CRONICA POLICIAL

Tiroteo entre agentes de policía y maleantes



Curiosa variedad de objetos, producto del robo, que fué abandonada por los ladrones en una lechería.



La casa de la calle Sapaleri, donde se escondió el ladrón herido al pretender escapar a la acción de la policía.



El sujeto Fermín Beile, herido de un balazo durante el tiroteo sostenido con la policía.



Juan Alberti.

El agente de policía Juan Alberti reconoció a tres ladrones que se disponían a penetrar en un negocio de lechería de las inmediaciones. Inmediatamente, luego de pedir la colaboración de otros colegas, el agente nombrado se dispuso a entrar en el negocio, pero en ese momento los profesionales del delito le hicieron una descarga. Hubo un momento de confusión el cual fué aprovechado por los maleantes para huir perseguidos de cerca por la policía. En su fuga los malhechores entraron en un almacén de la calle Sapaleri, desde el cual hicieron otra descarga contra los agentes. Estos contestaron al fuego, y, avanzando, vieron que uno llamado Arolo Belle estaba herido. Los otros fugaron.



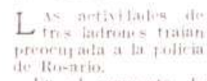
Gil Morales.



Néstor Cocha.

Agentes de policía que sostuvieron el tiroteo contra los forajidos.

Accidentada persecución de delincuentes



Las actividades de tres ladrones traían preocupada a la policía de Rosario.

En el momento de consumar un importante robo, los tres delincuentes fueron descubiertos por la policía, que había conseguido tener noticia anticipada del delito. Sorprendidos los ladrones echaron a correr pretendiendo escapar. El oficial que mandaba a los agentes vió que un individuo corría en la misma dirección que los forajidos, y entonces hizo un disparo que hirió al sujeto. Pero al acercarse el oficial pudo comprobar, con la sorpresa consiguiente, que el herido era un agente policial que, vestido de particular, cooperaba en la captura. No obstante este lamentable suceso los ladrones fueron todos detenidos.

Pedro Barraza (a) Tucumano, uno de los ladrones, detenido.



María Julia Barraza, que operaba junto con Barraza.

Sangrienta partida de naipes



Antonio Petinich y Pascual Meniguch, detenidos en la comisaría 31 después del sangriento suceso.



Juan Frutos, el otro ladrón, también detenido.



Agente Raymundo Maciel, herido accidentalmente.



Oficial Antonio J. Luque, que hirió por equivocación al agente.



Nicolás Petinich, gravemente herido en la riña originada al terminarse la "amistosa" partida de naipes.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. ANGEL L. SOJO

DIRECTOR DE «LA RAZÓN»

POR MACAYA

Dentro del periodismo argentino la figura del doctor Sojo ha adquirido excepcional relieve merced a su brillante actuación al frente del importante colega vespertino. CARAS Y CARETAS quiere, asociándose a la satisfacción con que se recibió en todos nuestros círculos su nueva designación como director general, dedicarle el homenaje de esta página.





La Página de la Moda

Últimas Modas

NOVEDOSO Y ORIGINAL TRAJE DE TARDE, RICAMENTE BORDADO EN «SOUTACHE».

PRECIOSO TAPADO DE TELA EGIPCIA, CON CUELLO, PUÑOS Y GRAN RUEDO DE PIEL DE ZORRO.

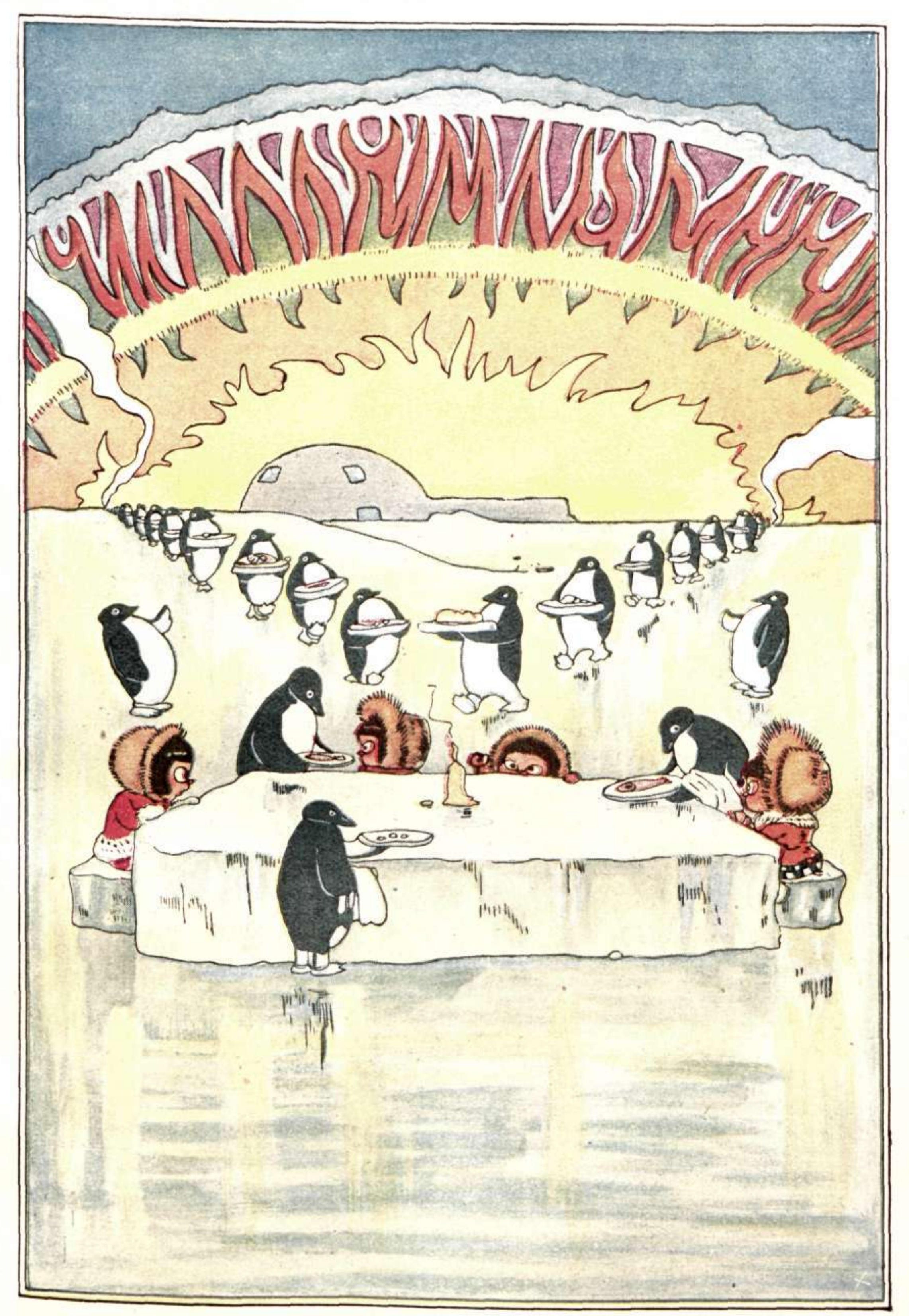




ESPLÉNDIDO TAPADO DE TERCIOPELO DE SEDA, ESTAMPADO EN COLORES, CUELLO Y PUÑOS DE MARMOTA.

GRAN TAPADO DE TERCIOPELO DE SEDA GRIS. CUELLO, PUÑOS Y RUEDO DE «PETIT-GRIS».

Fotos de nuestro corresponsal en París.



FANTASIAS GEOGRAFICAS

Los pibes son esquimales
y sueñan en los sabrosos
banquetes descomunales
de los pingüinos rumbosos.

DIBUJO DE SWINNERTON



ALTA NOCHE

Grandes masas de sombra que bloquean la casa
Y borran los confines del lejano horizonte,
Suscitan la pavura de lúgubres fronteras
En postración monstruosa.

Abro a la noche las persianas del balcón.
Mi lámpara que tiene la importancia de un astro,
Un círculo de estaño proyecta en las paredes,
En tanto que repasa sus simples matemáticas,
Sufriendo siempre al dar con lentitud las horas,
Su carraspera crónica, el antiguo reloj.

En el cielo la luna con un rostro inmutable
Devora en sus burritos los caminos teológicos,
Y a ras de las montañas, salvando un accidente,
Derrama en los abismos su blancura de harina.

¡Pobre señora astral!... Su evidente estulticia,
Su ruinosa elegancia, su precaria salud,
No convencen a nadie...
Ni a su bardo oficial, ni a los perros maníacos.

(Ni al que fuera poeta de absurda lunofilia,
Ni a los canes lunáticos que anarquizan la noche
Con la protesta airada de su trágica rabia,
Con el agudo llanto de su sarna voraz).

Su lumbre mortecina, como el candil de un pobre;
La apremiante miseria de las cosas agrava,
Y enturbia con sus lampos cloróticos y fríos
La gran misericordia de la sombra.

No sirve para nada su mortecina lumbre.
Toda su blanca faz, fatalmente vacía
Como un cerebro idiota, tiene la inexpresión
Del óvalo ridículo de una moneda falsa.

La noche sí posee su honda poesía:
Proximidad grandiosa, reposo funerario,
Dramático desorden de una mujer que llora.

Por eso hasta su arcano va mi alma estremecida
Desde el balcón abierto.

Un leve claroscuro, una penumbra leve,
— Casi el tono violeta de un cuadro impresionista, —
Apoyan levemente su sombra delicada
Sobre la espalda heroica del bosque gigantesco.

La noche se repite. Noche y muro se abrazan
Con la fraternidad de seres inconscientes;
Noche y árbol se entregan mutuamente en cansancio
De plácidos labriegos, un grave sentimiento
De cónyuges ancianos, un férvido cariño
De viejos camaradas.

La noche igualitaria enfunda justamente
Con un obscuro guante la forma de las cosas,
Y la piadosa noche recoge los dolores
En un pañuelo lóbrego con letras de infortunio.

Brota de sus entrañas la obscuridad informe
Que todo lo domina.
Apenas si la viola sobre el tejado próximo
Con su paso medido,
Con la llama homicida de sus ojos eléctricos
Y envuelto en un innocuo silencio de sorpresas,
Un gato que pasea su aire de mariscal.

El displicente gato que a esta hora reivindica
Su escandalosa libertad;
Que en la voraz cantárida de su pasión ardiente
Transfigura en horror todo su ser elástico,
Y ofrece a la lujuria, como una flor sangrienta
E infernal, su corazón.

¡Oh! ¡la ventana abierta sobre el cuadro nocturno!
El viento de la noche trae un sabor de pámpanos,
Un aliento robusto de prósperas cosechas,
Y hace pensar el viento de la noche
En la fuerza dormida de los grávidos campos.

¿Quién sorprende brotando con cándida belleza,
Con su nativo instinto de presentir la luz
Y su verde existencia, solidaria del bosque,
La planta virginal?

¿Y el cansancio sutil, el sueño del insecto,
Breve como la dicha, simple como la muerte?
¿Y el reposo del ave sobre la rama amiga,
Sumando confidencias?

¿Y la celeste música de las altas esferas
Con que soñara Tennison, el ruiseñor de Londres?
¿Y el mundo de las flores donde aprendiera Maeterlinck
La ciencia delicada del matiz y la línea?

Así yo pienso en mil y una fantasías,
De pie, frente a la adusta soledad sin límites,
Hasta que anuncia el día, puntual en sus quehaceres,
Con su garganta lírica, el gallo matinal.

ARTEMIO MORENO

M O M E N T O S

Por el dibujante norteamericano



Cuando va usted a visitar a un amigo a quien le había regalado una lámpara el día de su cumpleaños.



Cuando lleva usted a una niña a pasear en un bote que hace agua, y ella le echa la culpa a usted.



Cuando acepta usted el puesto de maestro de natación y su primera discípula le resulta una ballena.



Cuando sorprende usted a la gente hablando mal de sus barbas que tanto le halagan.



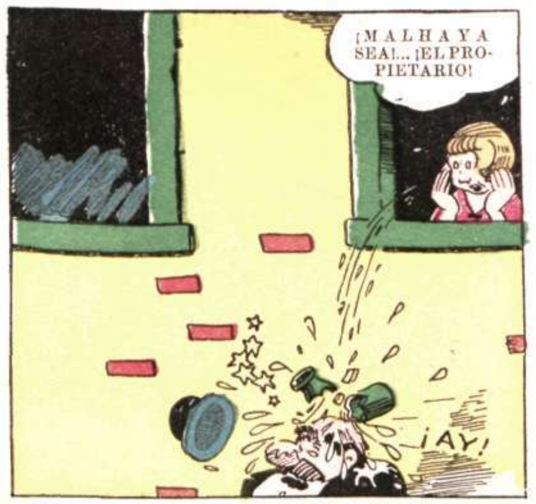
Cuando una madre asusta a sus chicos señalándole a usted como el coco.



Cuando quiere usted explicar a su jefe cómo fué que le descompuso el automóvil.

E M B A R A Z O S O S

C H A R L E S   D U N N



Cuando tira usted por la ventana la botella de leche avinagrada.



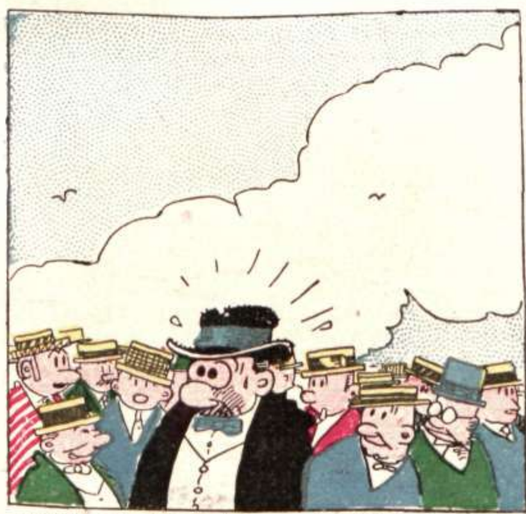
Cuando le toca una vecina "indeseable" para la cena de media noche.



Cuando su esposa entra a su oficina inmediatamente después de haber salido una clienta.



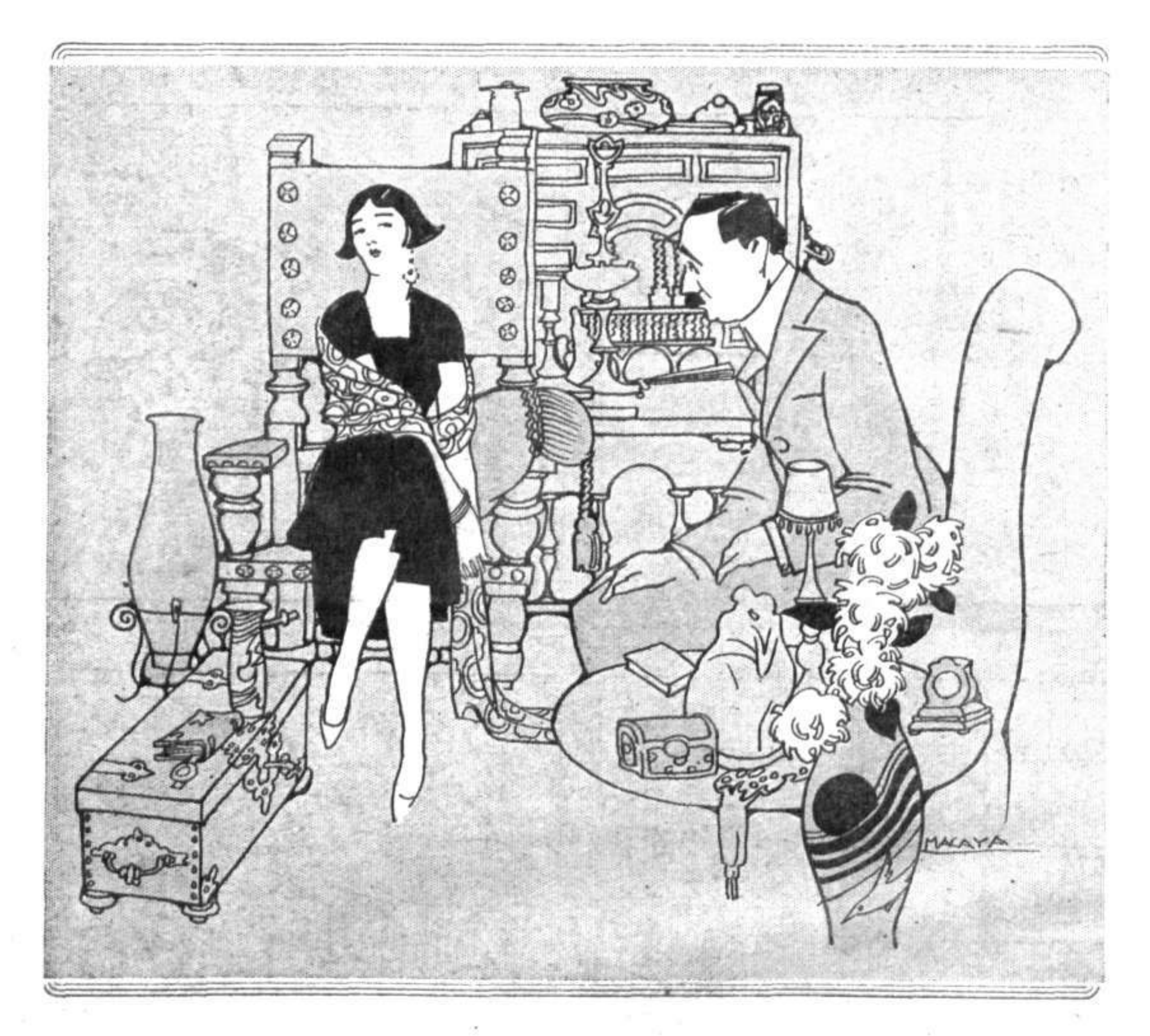
Cuando es usted el que ha hecho darse vuelta el bote.



Cuando se da usted cuenta de que se ha olvidado de comprarse un sombrero de verano.



Cuando en el baile está usted hablando mal de una dama y ella oye la conversación.



EL NEGOCIO DE PABLO RUIZ

CUENTO por JOSE MARIA SALAVERRIA

El éxito de Pablo Ruiz se tradujo inmediatamente en una mejoría financiera; el dinero llegaba por fin a sus manos con facilidad y abundancia. Pero empezó también a saborear el picante gusto de la gloria, expresada en las muchas cartas de personas para él ignoradas. Una, sin embargo, le dejó confuso, porque su letra menuda y bien trazada le trajo a la memoria uno de los mejores episodios de su pasado. Al fin del pliego campeaba el nombre sugestivo: *María*. ¡Oh, los curiosos diálogos sobre la cubierta del transatlántico y la contemplación de los crepúsculos tropicales desde el sobrepuente, con los cuerpos muy juntos, y el mar tranquilo que chapoteaba entretanto con blandura de playa, mientras ellos hacían un largo silencio!... Volvió a leer la carta.

«Usted me prometió—decía — venir a verme, y yo le he aguardado tanto tiempo porque en nuestro trato en el buque le califiqué de persona seria. No podrá usted hacerme creer que haya desaparecido, ausentado o muerto. Todo el mundo sabe que vive usted aquí. Lo pregonan sus obras admirables... Le espero, pues, en la casa que usted conoce, si es que no ha perdido la tarjeta que le entregué en el viaje. Pero si la ha perdido, es igual: a continuación van las señas».

Pablo Ruiz reconoció que sería incorrecto el desatender una invitación tan reiterada. Se propuso ir al momento. Consultó el reloj: ¡Admirable! Las seis de la tarde era siempre una hora discreta para cumplir una visita.

Dentro ya del automóvil, Pedro Ruiz se confesó con cierto descaro que no era sólo la corrección social lo que le arrastraba

donde María. Sentíase tocado por la curiosidad y por un secreto fervor admirativo hacia una mujer, que acaso como ninguna otra acertó a interesarle. El tiempo usa una esponja arbitraria que borra únicamente aquello que nuestra vanidad o nuestra ilusión detestan. Este es el espíritu de conservación de que se vale el alma para defenderse y poder existir. Pablo Ruiz, recostado en el fondo del «taxímetro», recordaba ahora las líneas atrayentes o simpáticas de María, con exclusión completa de sus defectos.

Cuando llamó al timbre de la puerta de la calle, su corazón palpitaba con un poco de precipitación. El descubrimiento le hizo sonreír. Procuró convencerse de que la cosa no valía la pena y se entretuvo, mientras abrían, en observar el sitio.

La calle tenía un aire de soledad muy aristocrático, libre del envilecimiento de los tranvías y apenas surcada por algún raro automóvil de lujo. Los palacios particulares se sucedían en correctas hileras, reproduciendo todos los estilos imaginables de las arquitecturas históricas. Entre una mansión de tipo inglés y una especie de castillo a la moda de Enrique IV, una casa antigua, una casa modesta y apesar de todo, llena de distinción, había quedado como olvidada. Era el domicilio de María.

Abrió una sirvienta, tomó la tarjeta y le hizo pasar. Al poco rato apareció ella, tendiéndole ambas manos y obsequiándole con la más encantadora y franca de las sonrisas.

Entonces él, casi imprudente, con rápida mirada envolvedora la observó hasta el detalle. Sin poderlo evitar la estaba comparando con la otra mujer de antes, y al inclinarse (los ojos detenidos con obstinación en las deliciosas chinelas de raso verde que calzaba) comprobó que la mujer de ahora todavía era más atrayente que la otra.

—Pase usted, Ruiz, pase...

Cruzaron dos o tres habitaciones extrañas, abarrotadas de muebles, cuadros, esculturas y menudencias artísticas, hasta llegar a una pieza donde el amontonamiento de cosas llegaba al máximo.

—Perdone que le reciba en esta confusión de «bric-a-brac», pero era irremediable. La vida nos obliga a tantos sacrificios dolorosos...

Seguidamente contó la joven el íntimo drama de su vida, y lo contaba sin gestos excesivos, sin frases patéticas, serenamente, con una seguridad de hembra valerosa que impresionó a Pablo Ruiz. El padre, desde París, no les enviaba dinero; los pagarés se multiplicaban; los Bancos, y hasta los vulgares abastecedores cotidianos, exigían el cobro. Hubo que decidirse a vender los objetos más queridos de la familia, en una almoneda privada a la que venían a comprar las mismas amigas, los propios parientes. Todo iba vendiéndose. El mueble rico y único, el tapiz heredado de los abuelos, el abanico precioso, el cuadro de buena firma, hasta el pergamino histórico que perteneciera a los antepasados.

Pablo Ruiz oía emocionado la revelación de aquel derrumbe familiar. Con gesto distraído se apoderó de un libro bellamente encuadernado en cuya portada pudo leer una fecha: *1543*. Ella le instruyó:

—Es un libro de oración del siglo XVI, que nunca se ha separado de nuestra familia. Fíjese bien: es como una joya. Sobre todo las miniaturas en color...

María se sentó en un sillón hondo, aplastando al tenderse unos chales de exquisita calidad, de aquellos en que se envolvían las damas románticas en la época de Musset y de Espronceda. Quedó así envuelta en colores finos y apatinados, semjante a una deliciosa flor viva saliendo del prestigio de las cosas que conservaban aun el noble y viejo perfume decantado. Vestía un traje de seda corto, color marrón suave, muy ceñido al cuerpo, y por encima, al descuido, una especie de bata policromada de aire oriental. Las chinelas verdes tenían un tacón exagerado que contribuían a hacer más coquetón el pie.

Se sentó, hundida hacia atrás, y por la violencia de la postura quedaron descubiertas casi hasta la rodilla las dos piernas de admirable modelado.

Bruscamente se abrió la puerta del fondo y penetró bamboleándose la madre de María. La pobre anciana mostrábase más simple y tontona que nunca, exacerbada su simplicidad patológica por la ruina económica del momento. Se puso a hablar con la ligereza e incontinencia de una niña, entreverando los suspiros con las palabras.

—¡Pero cómo le va, señor Ruiz!... ¡Qué alegría siento al verlo por esta casa!... ¡Ay, Dios mío, y en qué situación nos encuentra!... ¡Abandonadas de todos!... ¡Teniendo que venderlo todo por lo que nos quieran dar!... ¿Ese libro de oraciones? ¿Le gusta el libro?... ¿Verdad que es una joya?... Pues vea, señor Ruiz; lo hemos tasado en trescientos pesos...

María palideció intensamente, con una vergüenza imposible de disimular. Se levantó de un salto, y tomando a su madre del brazo, como a una niña imprudente que es un peligro y que carece de culpa, la empujó hacia la puerta.

—¡Qué cosas tienes, mamá! El señor Ruiz no ha venido como comprador... Anda, hermosa, vete donde la tía, a la azotea.

Pero al quedar nuevamente solos, Pablo Ruiz comprendió que aquella entrevista había fracasado. Su embarazo aumentaba por la pena de ver a la joven, siempre valerosa, intentar verdaderos prodigios de sangre fría para disimular la vergüenza del percance. Como viera a Ruiz de pie y con el precioso libro en la mano, la joven propuso:

—Siéntese, Ruiz. Sigamos conversando...

—Perdone... es que tengo prisa. Vine sólo con la intención de saludarla. A esta primera entrevista seguirán otras...

—¡Naturalmente que sí!...

Pablo Ruiz titubeó unos segundos. Al fin, señalando el libro, murmuró:

—Me lo quedo. Si me permite...

Y con un movimiento rápido apartó tres billetes de a cien pesos, los dobló en cuatro dobleces y alargó el bulto a la joven.

La joven quedó un instante indecisa. Luego sonrojándose hasta el cerco de los ojos, tomó el dinero en silencio.

Entonces ella hizo el gesto instintivo y lógico del que se aviene a pagar un favor grande e impensado. Avanzó hacia él, abierta en una sonrisa amable, y no bastando aún, extendió el brazo, desnudo hasta cerca del hombro. Había en su actitud la dolorosa resignación de la mujer que ha sido vencida por la fuerza mayor que posee el hombre: la nobleza.

Pero él se limitó a tomar la mano y estrecharla, sencillamente, como quien se despide en una visita.

Al alejarse en su automóvil, Pablo Ruiz mientras miraba el libro, pensó con cierta perplejidad irónica: «No sé hasta qué punto puedo asegurar que haya hecho un buen negocio».

Guardó el libro en un bolsillo y siguió pensando: «Tal vez seré demasiado hidalgo para hacer buenos negocios»...

DIBUJO DE MACAYA



KASIDA

(canción arábiga)

POR

LEOPOLDO LUGONES

Ia leilah!...

Oh noche que en dulce calma
Meces tu ensueño de estrellas:
Bella entre las noches bellas,
¡Oh, noche, si vieras su alma!

Oh luna, si en mi delirio
De amor besaras sus manos.
Desde los cielos lejanos
Cayeras cuajada en lirio.

Oh aurora que se colora
En la rosa y la granada:
Por sus labios agraciada,
Palidecieras, ¡oh, aurora!

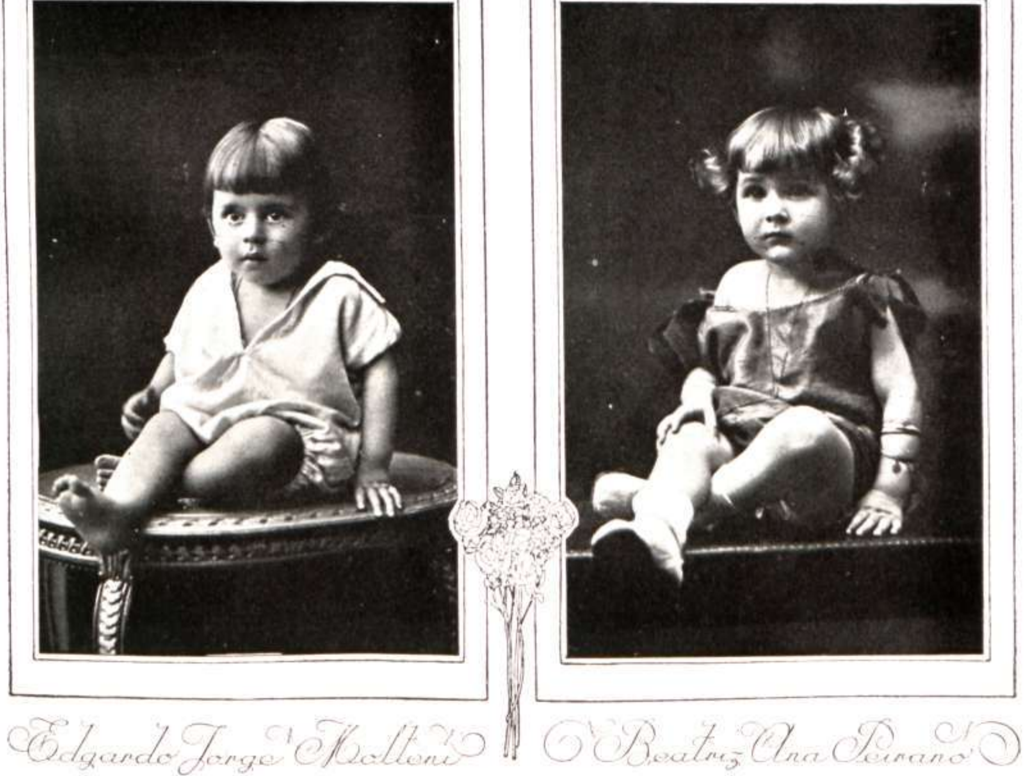
Si así con sus labios rojos
Oh, aurora, mal te comparas,
Cielo que todo lo aclaras,
Cielo azul, vieras sus ojos!

Y tú, aunque tan alto estés,
Oh, arcángel del esplendor,
Tengo miedo por mi amor,
Tengo miedo si la ves!

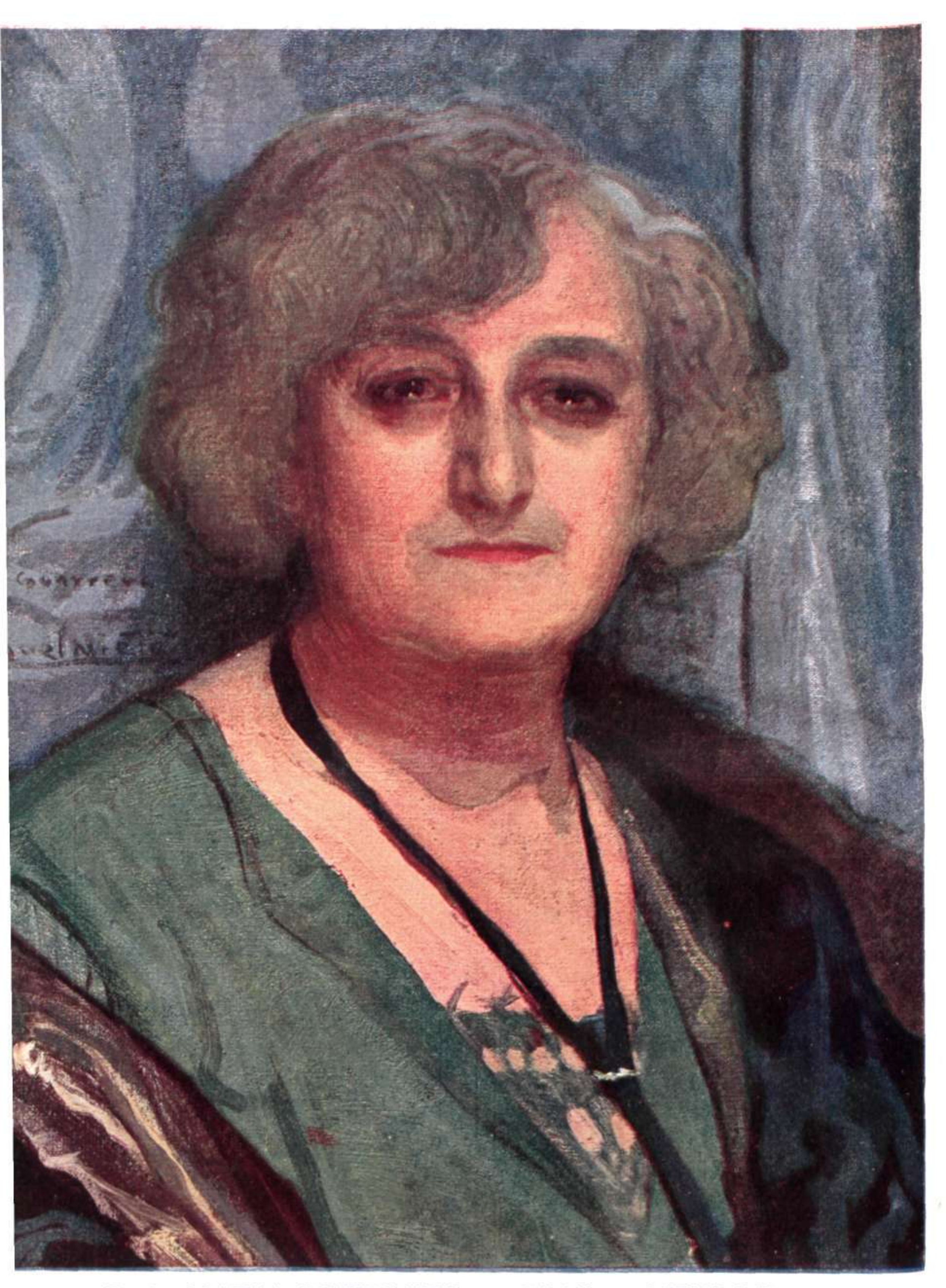
DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

Página Infantil

María Luisa Goyeneche y Alicia Luzuriaga



Edgardo Jorge Malteni — Beatriz Ana Peirano



DOÑA MARIA GUERRERO DE DIAZ DE MENDOZA

La sociedad argentina ha puesto en evidencia, en el homenaje tributado a la insigne artista, toda la simpatía y el cariño, conquistados durante su larga y brillantísima actuación en los principales escenarios porteños. Es verdad que pocas artistas han merecido, como en el caso de doña María Guerrero, el aplauso unánime y entusiasta de nuestro público, pues en la educación artística de éste, la ilustre actriz ha sido [illegible] aces, coronando

ROSARIO SOCIAL
LAS REUNIONES EN EL HIPÓDROMO INDEPENDENCIA



Señoras de Morando, Bufete, Torres, Argonz, Massot y Tricherri.



Señoritas Raquel Colombres, Maria Puig, y Rosita Uranga.



Señoritas Madrid y Marini.



Señoras de Schelensinger, Fidanza y Uranga



Señoritas Ricardone, Cabrera, González, Maidagan y Medina en la "pelo ısse" del coqueto Hipódromo durante el clásico Independencia.

ENLACES



SEÑORITA HAYDÉE SOYA CON EL SEÑOR JOSÉ CASTAURO GIOFFRE, EN LA IGLESIA DE SAN NICOLÁS DE BARI.

SEÑORITA AMELIA MARIA SIMONETTI CON EL SEÑOR JUAN PEDRO GOYENA, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

SEÑORITA CARMEN ENRIQUETA BARREDO CON EL SEÑOR CAYETANO A. NIGRO, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.



Escuela Normal N.° 1 de Profesoras Roque Sáenz Peña

Cincuentenario de su Fundación



Señora Emma Nicolay de Caprile, primera directora. 1874—1884.



Señorita Maxima Lupo, segunda directora. 1884 1896.



Señorita Eufemia Gramondo, 1896 — 1912.



Srta. Rosario Vera Peñaloza. 1912-1917.



Señorita María Susana White, actual directora.



Edificio que ocupa el conocido y prestigiado establecimiento educacional.



La Escuela Normal de Profesoras celebra el cincuentenario de su fundación. Es una fecha magna en la historia educacional de nuestro país y que marca un jalón glorioso en la marcha hacia el progreso y la civilización. Las generaciones que han pasado por sus aulas recordarán con cariño y un poco de saudades a la vieja escuela donde transcurrieron sus mejores años de la vida y de la cual salieron con el espíritu pleno de energías para la lucha... Difícilmente se olvidan esos años, gratos y lejanos, de nuestra formación física e intelectual. Y si en alguna escuela nacional se reflejó el progreso de los métodos pedagógicos, fué en la escuela de la calle Córdoba en la cual las sucesivas direcciones pusieron todo su empeño en colocar al establecimiento a la cabeza de sus similares. Hoy el más franco de los éxitos ha coronado los esfuerzos y los desvelos de los grandes maestros y éstos deben sentirse orgullosos y satisfechos de ello. Profesores de hoy y de ayer, alumnos de hogaño y antaño, unidos todos en el mismo recuerdo, recogidos con el mismo fervor y el mismo cariño, llevan sus ojos y su espíritu hacia el seno de la vieja escuela de donde, [illegible] generaciones de mañana...

¿QUE HUBIERA US

La vida nos lleva algunas veces por senderos que no elegimos. Algunos vamos por el camino oficial que nos trazó la existencia; otros, apartándonos de esas rutas llanas, nos desviamos por otros derroteros. ¡Cuántas veces soñamos, de niños, con ser algo que de hombres nos parece un imposible!... ¡Entre lo que se hubiera querido ser y lo que algunas veces se es hay, en ocasiones, un abismo!

Nada tan interesante como recopilar las impresiones directas de varias personalidades conocidas sobre ese tema tan complejo.

Sus diversos ambientes, sus ideas tan opuestas, las esferas tan diferentes en que viven, forman un contraste que constituye la originalidad de la nota que ofrecemos a los lectores.

Hemos escogido, al azar, sin preferencias ni intención, algunos nombres de figuras que el público conoce y admira, entrevistándolos con toda la fidelidad que una impresión rápida permite.

Y nos han dicho:



DOCTOR RICARDO ROJAS



DOCTOR ALFREDO L. PALACIOS

En una salita Luis XVI un retrato al óleo destaca la cabeza del maestro sobre un fondo obscuro. Tiene una pincelada de luz en la frente. Es un retrato que hubiera podido firmarlo Velázquez.

Después de un breve exordio le hago la pregunta sacramental:

— ¿Qué hubiera usted querido ser?

Ricardo Rojas me mira fijamente un instante y sonriendo, exclama:

— Considero frívolo responder a esa pregunta. Somos lo que somos y quienes somos; se es. ¿Cómo puede desearse ser otra cosa? Pídale usted a una flor que no sea flor, a una estatua que no sea estatua. Yo no imagino la posibilidad de ser otra cosa de lo que soy y cómo soy, porque yo no sería [illegible]

— Sin embargo — insisto, — muchas veces se desea, se aspira a ser...

— No es posible — me interrumpe rápidamente el maestro. — Preguntar qué se hubiera querido ser es quizás malicioso, pero responder a esa pregunta sería una frivolidad. Desear ser otro es desear no ser uno mismo; y generalmente los que desean cambiarse en otro, piensan en ciertos personajes históricos de su predilección, pero imaginándolos a su antojo. Si alguien me dijera que quiere ser Dante, yo le preguntaría si quiere vivir entre las guerras civiles de la Edad Media y ser el desterrado de su ciudad nativa. Otro dice que quiere ser Ford, pero no es que quiere vivir abrumado de preocupaciones fabriles, entre empresas mundiales sino, simplemente, que quiere poseer siquiera un automóvil. Lo que pasa es que alguien quiere ser él mismo, y además, tener la fortuna de Ford y la gloria de Dante. Dejemos a las jóvenes románticas el sugestionarse con personajes de óperas y novelas. ¡O se es o no se es, y si se es, no se puede no ser lo que se es!

— Es decir que...

— Que... no me es posible responder a su pregunta.

Y yo, sonriendo, repliqué:

— Ya me la ha respondido. ¿Para qué más? Su personalidad está dibujada de cuerpo entero en esas frases ingeniosas.

— ¿Cree usted?

— ¡Quién lo duda! — añadí, rememorando sus palabras. — Cuando se es quien se es, se es.

Y me despedí del maestro, encantado de su charla chispeante.

Pero no olvido la pincelada de luz sobre su frente, en el cuadro de fondo obscuro, que Velázquez hubiera firmado satisfecho.

RICARDO ROJAS.

El famoso exdiputado socialista me recibió en su rincón de trabajo. Allá detrás de su mesa llena de papelotes, se destacaba la figura simpática del luchador, con su bigote enhiesto, su melena leonina, sus ojos provocadores.

— ¿Qué hubiera usted querido ser? — le pregunté.

Y el tribuno me miró sonriendo, preguntándome, a su vez:

— ¿De veras, me pregunta usted eso, en serio?

— ¡Sí, señor!

— Pues no le contesto. ¿Cree usted que tiene el derecho de interrogarme sobre cosas tan íntimas, para entretener a los lectores de CARAS Y CARETAS?

— Hablemos de otra cosa. He seguido con interés su actuación periodística...

— Pero, doctor...

— No insista, amigo mío. Responder a su pregunta, diciéndole a usted cuáles son mis ambiciones, mis ilusiones, acaso, sería de una ingenuidad rayana en el ridículo. Por otra parte, señor periodista, creo que el público sabe de mí, más de lo que deba saber.

— Pero muchos hombres eminentes me han respondido...

— Francamente, el argumento es débil...

. . . .

De pronto llaman por teléfono.

Palacios me dijo:

— ¡Con permiso!

Y habló junto a la bocina:

— ¿Cómo? No, señorita, no tengo el honor de conocerla... ¿Incomodarme? De ninguna manera. Al contrario me es muy agradable su vocecita tan suave. Gracias; le ruego me hable dentro de un momento; estoy ahora con un periodista indiscreto...

Cortó la comunicación y mientras me hablaba colocó un pedazo de cartón entre los dos timbres para que al vibrar el llamador no nos molestase. Pero la bolita de metal se agitaba febrilmente rezongando al golpear en el cartón que amortiguaba el ruido.

— Si yo le expresase sinceramente mis más íntimos anhelos — continuó el batallador caudillo, — mis palabras se comentarían de todas maneras. Lo más íntimo pertenece a mi tesoro espiritual.

El timbre del teléfono continuaba sonando, a pesar del cartón que lo contenía y Palacios, exclamó sonriente:

— ¡Qué tenacidad! ¿verdad?

Y luego, dijo resueltamente:

— No respondo a su pregunta.

Y como el exdiputado que el partido anatematizó, se obstinaba en su silencio, me despedí de él, después de haberme hablado efusivamente de otras cosas, con ese verbo pintoresco que le es tan peculiar.

El timbre del teléfono seguía sonando. Supongo que al irme, pudo la impaciente satisfacer su deseo.

Que me perdone y no culpe al galante mosquetero de indelicadeza. Fuí yo quien evitó que la atendiera en mi afán de obtener una respuesta que justificara mi visita.

ALFREDO PALACIOS.



¿Qué hubiera deseado yo ser? Pues sencillamente lo que soy, en lo que se refiere a la orientación espiritual, se entiende; porque excuso decirle que con respecto a la calidad, desearía ser mucho mejor. Mis realizaciones quedan siempre por debajo de mis aspiraciones. Y esto, desgraciadamente, no es modestia.

Por otra parte, nunca he encontrado obstáculos para dedicarme a los estudios de mi predilección. Mis padres, procediendo sabiamente, respetaron las vocaciones de sus hijos. Si estudié medicina y llegué a doctorarme, fué porque la ciencia médica me atrajo siempre, aunque después resultó que yo no estaba tallado para el ejercicio de la profesión tan llena de exigencias y de sinsabores. No era lo suficientemente abnegado. ¡Ah, mi amigo! Usted no sabe lo qué es ser médico; eso hay que probarlo.

E L

De todos modos, no me arrepiento de mis estudios científicos, que siempre proporcionan una sólida base de conocimientos y sirven de severa disciplina intelectual. Pero he preferido dedicarme al arte que desde niño me preocupó y me sedujo, y le aseguro que sólo cuando pinto o cuando escribo, me siento vivir realmente. Del artista como del filántropo puede decirse que recibe cuando da. Por desgracia, ni a la pintura, ni a la literatura, puedo destinarle todo el tiempo que quisiera. Y, al decir esto último — vea usted lo que son las cosas — recién hallo la respuesta exacta a su pregunta: Yo hubiera deseado ser el mismo hombre con más tiempo... y con más mimbres.

CUPERTINO DEL CAMPO.



DOCTOR CUPERTINO DEL CAMPO

La residencia del Presidente de Bellas Artes es un monumento interesantísimo. Fuera, da la impresión de un convento de monjas de Castilla la Vieja restaurado; por dentro, después del zaguán que da a una plazoleta donde un árbol añoso sombrea la entrada de una capilla, se extienden unos jardines andaluces, con su fuente azul en la que un surtidor recuerda los patios de los cármenes granadinos.

Martín Noel recibía visitas, como un médico; era necesario aguardar el turno. El arreglo interior de la casa está en armonía con el conjunto. Muebles de estilo, cachivaches de antaño, cuadros de reminiscencia conventual.

— ¿Qué hubiera usted querido ser? — le pregunté sonriendo.

— ¡Caramba! — exclamó. — No es tan fácil responderle.

Y pensó un instante.

— Ya sabe usted mi vida — me explicó. — Desde muy niño fui a París a estudiar la Arquitectura que me gustaba ya cuando yo apenas si tenía uso de razón. Después, me orienté en la escuela italiana de Arte e insensiblemente me incliné al españolismo para terminar en un hispanoamericanismo, que es lo que he cultivado y cultivo con más entusiasmo.

— ¿...?

— Me falta tiempo para dedicarme en absoluto a todo lo que yo deseo realizar. Ahora me dedico, en cuerpo y alma, a la construcción de la Facultad de Filosofía y Letras; además, mi cargo me absorbe muchas horas del día.

— ¿...?

— Yo tengo una concepción del Arte que aún no he desarrollado; desearía poder realizar mi idea, literariamente con la ayuda de la Plástica.

— ¿...?

— Sí, señor, ¡eso es! ¡en el teatro! Creo que se podría llevar al Teatro, bajo forma dramática, una suprema exteriorización del Arte, que la Pintura escenográfica podría reforzar, robusteciendo su emoción.

— ¿...?

— No tengo tiempo aún; pero no quiero forzar mi idea. En cuanto pueda he de poner manos a la obra y aún ahora, siempre que tengo ocasión, apenas me queda un cuarto de hora libre, saco una cuartilla y un lápiz y tomo apuntes, delineo mi idea.

— ¿...?

— Tengo la seguridad de llevar a la práctica lo que ahora le digo. Cuando el tiempo me lo permita.

— ¿...?

— Después de lo que le he dicho, ¿Qué puedo haber querido ser?

Y yo le respondí:

— Usted lo ha dicho ya: Autor dramático.

Martín Noel, sonriendo, exclamó:

— Realmente, pudiera ser eso.

Salí de aquella casa con una impresión extraña en el espíritu. Había, en el conjunto, una mezcla armónica, pero de cierto exotismo atrayente en la que se mezclaban la austeridad conventual de aquellos caserones de Castilla en los que parece flotar la sombra de Santa Teresa de Jesús y la alegría de los jardines andaluces en los que parece oírse, a todas horas, el repiqueteo de unas castañuelas que tocan unas mujeres de ojos negros y brillantes, ocultas entre las flores.

MARTIN NOEL.



ARQUITECTO MARTÍN NOEL

El Secretario me pasó amablemente a la gran sala cuyas paredes están cubiertas por los cuadros al óleo que recuerdan todos los Jefes de Policía de la República. En un rincón, en una vitrina angular, se guardan las banderas norteamericanas que los Estados Unidos regalaron recientemente a la Policía argentina.

Don Jacinto Fernández, el jefe de Policía, salió de su despacho y me saludó afectuosamente.

— ¿Qué hubiera usted querido ser? — le pregunté.

El jefe de Policía me respondió con esa sencillez tan característica en el alto funcionario.

— Yo he sido toda mi vida un hombre sin pretensiones. La historia de mi carrera política se lo demuestra a usted. Yo quise ser escribano y lo fuí; todo lo que después he sido se lo debo a la voluntad expresa de quienes me eligieron o me nombraron para los cargos que he desempeñado, pudiendo asegurar a usted que jamás puse de mi parte empeño alguno para llegar a esas posiciones. Soy un hombre pacífico, tranquilo y modesto; me inquietan las complicaciones de la vida y únicamente tengo un sentimiento profundo y justo del cumplimiento del deber; es decir, que cuando se me coloca en un puesto oficial, creo que debo consagrarme a él con toda mi alma y a la realización de lo que yo considero mi deber pongo todos mis esfuerzos.

— ¿...?

— Quise como ya le he dicho, cuando era niño, ser escribano y lo fuí; esa fué entonces mi aspiración y como todo lo demás que he sido no lo pedí, sino que me lo dieron sin que yo lo solicitase, no puedo decir de ninguna manera, que yo pude aspirar a nada que estuviese en el camino de esas trayectorias que la política marcó en mi vida.

— ¿...?

— Como consecuencia de lo que he contado a usted, podría decirse y lo repito, que yo hubiera querido ser lo que fuí, es decir: Escribano. Y nada más.

Hablamos después de varias cosas y el jefe de Policía se mostró de una complacencia exquisita. Pero observé en ese hombre una característica muy poco común: su modestia, sincera, su sencillez leal, su conformidad con la vida que es una cualidad muy rara, pero que realza indudablemente sus méritos personales de indiscutible valor.

JACINTO FERNANDEZ.



SEÑOR JACINTO FERNANDEZ

DR. NORBERTO PIÑERO

RECORDANDO EL PASADO

UN PACIFICADOR.





NA sonriente figura avanza desde el fondo del gabinete. El doctor Norberto Piñero tiene el don de cautivar la voluntad al primer golpe de vista. Maneras afables, expresión de ideas elegante y exacta; a veces una mansa, apacible ironía. Pero su espíritu se mueve con tal firmeza, que de toda su persona surge un aire de respetabilidad impresionante.

Acaso no hemos agradecido bastante su obra de pacificador. Mientras las trompetas de la fama hacían sonar otros nombres, bien se sabe quién nos procuró la paz con Chile en aquellas arduas jornadas de los años 97 y 98...

Su fino tacto, su conciliadora paciencia, su rápida acción eran bien necesarias para concitar la armonía entre dos vecinos enconados. Y esas bases para una solución, sometidas luego el arbitraje del rey Eduardo, fueron en gran medida el fruto de sus luces.

Esto me viene a la memoria mientras inicio el reportaje. Se lo recuerdo, diciéndole:

— El pueblo le quiere, doctor Piñero. No ha olvidado lo que usted ha hecho en su beneficio, y es agradecido...

Noto que se emociona, grato al afecto popular. Buen signo.

— Sí, mis tareas en favor de la paz han sido una íntima preocupación...

Luego le explico el motivo de la entrevista. Se presta a ello con naturalidad y sagaz certidumbre de los fines que me guían: un simple deseo de evocar el ambiente de otros días, con sus figuras y caracteres.

— Es natural, me parece bien... Y a propósito de la cuestión chilena, que usted recuerda, debo decirle que la armonía con los vecinos casi se perturbó, otra vez, cuatro años más tarde... Perú y Bolivia incitaron al gobierno argentino a una ingerencia en su pleito del Pacífico. Nuestro país parece que se dejó seducir y hasta les enviamos armas y municiones... Chile se alarmó. Pidió que definiéramos posiciones... «La Tribuna» llegó hasta publicar un artículo belicoso. La atmósfera se caldeaba otra vez...

Hace una transición y, con una de sus peculiares sonrisas agrega:

— Recuerdo que mi hermano Antonio vino a verme y a plantearme el asunto, con aquella fogosidad de su carácter... No te-



EL EMINENTE HOMBRE PÚBLICO CON SU DISTINGUIDA ESPOSA DOÑA LEONOR BASAVILBASO.

mas, que nada va a pasar, le contesté, porque ni Chile se va a tragar al Perú y a Bolivia, por la sencilla razón de que no puede, ni nosotros nos vamos a meter, como quijotes, en un asunto que no nos concierne.

—Y ¿cómo se solucionó el conflicto?

—Emilio Mitre escribió un artículo conciliador, y la opinión, por simple raciocinio, evolucionó hacia vías pacíficas... Era lo sensato. ¿Qué teníamos que hacer nosotros en un pleito ajeno, que veinte años más tarde las partes aún no han podido resolver?

Le ruego que me refiera los múltiples aspectos de su larga actuación. Me observa:

—Hay mucho allí que podemos ahorrar a los lectores... pero, si algo particularmente le interesa...

—Sí, sobre todo quiero saber cómo nació su iniciativa de fundar la Facultad de Filosofía y Letras...

—Muy bien; pero, ante todo, aquí tiene usted el borrador de la nota que, como secretario de la Universidad, escribí en 1888, proponiendo la fundación. La firmó el doctor Basavilbaso, que era entonces el rector... Yo pensaba, y lo digo aquí, que nuestros estudios superiores se hallaban incompletos sin una facultad donde se aprendieran las bases de todas las ciencias, en sus dos aspectos: como raciocinio, con la filosofía; como expresión, con las letras... Cuatro años después, aquello era un hecho.

—Hay otra iniciativa suya, doctor Piñero, que me entusiasma y es la creación de la Sociedad de Educación Industrial...

—Sí; siempre me preocupó el desarrollo de la enseñanza técnica, y, persiguiendo ese fin, se echaron las bases de una sociedad, hoy en extremo floreciente, con diez escuelas y cerca de mil quinientos alumnos... Allí se aprende mecánica, química industrial artes aplicadas... Su actual director fué alumno del establecimiento. ¿Por qué no lo visita? Le resultaría interesante.

—Lo haré, doctor, sin duda ninguna... Y pasando por alto la Escuela de Abogados, de que también lo sé a usted fundador, de su misión en Chile el año 98, ¿qué nos podría referir de nuevo?... ¿Trató mucho a Barros Arana?

—¡Mucho!... Casi siempre estaba en la legación. Era lo que se llama un teórico. Su situación en el pleito le resultaba un tanto molesta... Había sus causas y antecedentes. Usted sabe que veinte años antes, él, en unión de los doctores Rufino de Elizalde y Bernardo de Irigoyen, llegaron a un pacto en la cuestión de límites. Pero el gobierno de Chile desaprobó completamente la labor de su representante. Contrario a lo que siempre se ha creído, la diplomacia argentina rayó en ese asunto a gran altura, infligiéndole una verdadera derrota al doctor Barros Arana...

—¿Me dice usted que visitaba a menudo la legación argentina?

—Todos los días. Hablaba conmigo sin ninguna limitación. ¡Pero, doctor! le observaba yo a veces. ¡Fíjese que está en jurisdicción del país que mantiene un pleito con el suyo! Entonces me respondía, entre burlón y afectuoso: ¡Cállese!... Yo no estoy aquí ni en la Argentina ni en Chile... Estoy en jurisdicción de la amistad.

—Al doctor Moreno se le tenía en Chile poca simpatía, ¿verdad?

—¡Había mucha efervescencia!... El pueblo chileno, sí, le era hostil... Cuando llegó a Santiago, al bajar en la estación, la multitud lo recibió con gritos hostiles y se sintieron caer algunas piedras... Lo hice subir a mi coche y le dije al conductor que avanzara despacio hasta la legación. Detrás de nosotros marchaba un batallón de infantería... Así seguimos varias cuadras, entre gritos y piedras, una de las cuales, recuerdo, pegó en la pierna de mi secretario el doctor Blancas, hoy ministro en Bélgica... Naturalmente, esta piedra Moreno la recogió para sus colecciones... La situación no podía seguir así y, haciendo parar el coche, me bajé. Hice venir al jefe de las fuerzas y le dije que retirara los soldados. No quería custodias... y con respecto a los que hostilizaban, que él sabría su deber... En cuanto llegamos, presenté una reclamación. Idas y venidas... El presidente, Errázuriz, se había metido en cama; el ministro de Relaciones estaba ausente... Me entendí con el subsecretario, el señor Orrego Luque... A la una, estaban dadas todas las satisfacciones a la Argentina, a su representante y a sus funcionarios; palabra ésta última que me costó mucho hacer agregar.

El doctor Piñero calla, y sonríe plácidamente. Todo el episodio ha sido referido con gran mesura de expresión. Pero he presentido, a través de sus palabras, la tranquila energía con que lo había encarado en su momento, y no me extraña la solución.

Abre una gaveta y me enseña un legajo de documentos; se refieren todos al pleito de Chile. Allí descansa, en apilado y amarillento rimero ese largo y laborioso gestionar, en cuyo transcurso dos pueblos hermanos se armaban y adiestraban para la guerra y la muerte. Aquel legajo de papeles amarillentos evitó mucha sangre y lágrimas y elevó en cambio un monumento a la concordia humana!

—¡Ni el gobierno chileno ni el argentino querían la guerra... esa es la verdad!

Termina, volviendo a guardar el venerable legajo. Su decidido empeño por la armonía internacional debía llevarle, pocos años más tarde, al sacrificio de su cartera de ministro de Hacienda. Era en 1906. Chile invitó a nuestro país a un proyecto de ampliación de la escuadra. El presidente Figueroa Alcorta convocó a una reunión de personas capacitadas para dilucidar el punto, pues en su gabinete las opiniones estaban divididas. Esta reunión, en la que tan decididamente influyó don Estanislao Zeballos, inclinó la balanza y decidió al gobierno por el aumento de las fuerzas navales. El doctor Piñero presentó su renuncia, por considerar: «Que la aprobación de ese proyecto importaría declarar abierto el período de la paz armada, no pudiendo tampoco apoyarlo como ministro de Hacienda, encargado de reunir los recursos indispensables para cumplirlo».

¡Ejemplo de cordura y buen gobierno, que nuestro país todavía ahora se empeña en desoír!

El doctor Piñero es autor de sesudos libros de finanzas y al mismo tiempo ha producido páginas de un alto sentimiento idealista. Su preocupación por el espíritu, que se traduce en los hombres de relieve, generalmente por la obra escrita, es en él casi un principio doctrinario. En un discurso que pronunció en la Sociedad Industrial, trata el punto con mucha elocuencia: «Hoy los estadistas, los conductores de pueblos, deben ser hombres de libros». Es decir, escritores. Y después de atinadas observaciones, agrega: «Gladstone era un humanista, Disraeli era un literato, Mitre, Sarmiento, Vélez Sársfield, Avellaneda habrían carecido de uno de sus rasgos más salientes, que dió brillo a su personalidad, si no hubieran sido hombres de libros».

El índice bibliográfico de sus obras es extenso. Leo los títulos. Hay allí trabajos de economía, derecho comercial y penal; cuestiones internacionales, universitarias; mucho en materia de educación; la moneda y los bancos... Busco el libro de mis preferencias y le pregunto:

—Obras de otra índole, ¿ha escrito alguna?

—De imaginación, ninguna—contesta, comprendiendo mi flaco.—Es decir, cuando joven escribí versos, pero los he roto. No eran tan buenos, sin duda, como los de Rivarola; por eso nunca los publiqué...

—Creo que fueron ustedes compañeros de curso...

—Sí, estudiamos juntos... Drago, Rivarola y yo nos recibimos el mismo día.

—¿Era el doctor Drago un carácter poco accesible?

—¿Personalmente? Era encantador. Poseía la frase fácil, la gracia cordial y muy ingeniosa...

Conversamos aún un largo rato. A cada instante toma un libro y comprueba la cita, leyendo unos párrafos. Me enseña su extraordinaria biblioteca, en gran parte anotada por él. Los clásicos griegos y latinos, en hermosa edición; un Shakespeare antiguo; un Quijote magnífico; la Divina Comedia... Taine y Renán, minuciosamente compulsados.

Hablamos de literatura: ha leído todo...

Mesurado en el concepto, en la acción eficaz, me trae al recuerdo aquella vieja sentencia de tan expresiva concisión: suave en la forma y fuerte en la obra...

ERNESTO MARIO BARREDA

"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA

EL SENSACIONAL ASESINATO DEL DIPUTADO MATEOTTI



El honorable Mateotti, diputado socialista alevosamente asesinado por sus enemigos políticos.



Arresto del Hon. Filipelli, uno de los principales acusados en el grave delito, cuya ejecución conmovió a la opinión del mundo entero.



Los funcionarios policiales buscando en los lugares en que se sospechaba hubiera sido abandonado por sus victimarios el cadáver del leader socialista.



Los colegas socialistas de la Cámara de Diputados empeñados en la búsqueda del cadáver.



El lago de Vico donde a estar de las denuncias recibidas en la policía italiana y por algunas declaraciones de los complicados en el asunto, debería haber sido arrojado el cuerpo de Mateotti, después de haber sido bárbaramente ultimado.



El automóvil utilizado por los asesinos para secuestrar al diputado socialista.



Arribo a Roma del Comm. Crispo Moncada, designado jefe de policía; de su acción enérgica depende el total esclarecimiento del delictuoso hecho.



Dumini, detenido en los primeros momentos bajo la inculpación de ser uno de los ejecutores del crimen.

Freixas y Cia

"Pocas palabras, grandes valores"



NATURAL-OPTIMO

Estas 2 palabras lo dicen todo:

El aceite COMPLETO de jugo de oliva de calidad y marca F se recomienda con estas dos solas palabras: NATURAL-OPTIMO. Ellas sintetizan una realidad imposible de superar: realidad máxima y exclusiva de clase.

*

Nadie se imagina, antes de comer con aceite COMPLETO F la inferioridad que se nota en los aceites de oliva INCOMPLETOS. Interioridad nutritiva, económica y de paladar.

LA OLIVARERA DEL MEDITERRANEO
Niza - Génova - Barcelona.

Tabla de exageraciones QUE JAMAS EMPLEA «La Olivarera del Mediterráneo», porque carecen del sentido de la realidad en el ramo de aceite de oliva: Extra-completo
Extra-natural
Extra-óptimo
Extra-virgen.

No se puede decir «extra-completo», porque más allá de lo completo, no cabe nada más. No se puede decir «extra-natural» por la misma razón. No se puede decir «extra-virgen» porque es algo que no cabe en lo posible y carecería de realidad clasificar de «extra-óptimo» un aceite de oliva.

ONDAS CORTAS

PRIMERA PARTE



Las ondas cortas están a la orden del día. Actualmente el mundo radiotelefónico se halla revolucionado debido a los resultados obtenidos por los aficionados con su empleo, demostrando dónde estaba el verdadero sitio para la ubicación de las ondas de las estaciones que pretendían mantener comunicaciones a larga distancia.

Hasta hace poco tiempo se consideraban ondas cortas las ondas de 200 metros, las que empleaban los aficionados norteamericanos con tan buenos resultados. En nuestro país las ondas cortas eran de 300 metros y muy pocos habían hecho funcionar sus transmisores en ondas menores de 250 metros.

Actualmente esas mismas ondas que antes se llamaban cortas resultan ser ahora largas, después de las experiencias realizadas en Europa y reproducidas en Buenos Aires y que han permitido obtener ondas de 4 metros.

El aficionado que no estudia el problema bajo la faz técnica, está desorientado y no se explica la razón del rendimiento extraordinario que se obtiene ahora con un transmisor funcionando en 100 metros, cuando este mismo, en 300 metros, daba pobres resultados. Por otra parte, contribuye a desorientar más a los aficionados el hecho de que reduciendo su onda la corriente en el circuito antena tierra es menor, problema que se ha presentado a todos aquellos, que, debido a la nueva reglamentación, han tenido que reducir su longitud de onda.

Es para todos los aficionados en general, pero especialmente para éstos, a quienes van dirigidas las siguientes líneas a fin de solucionar este problema.

Quien más, quien menos, todos tienen idea del funcionamiento del circuito antena tierra. Sin embargo, será muy conveniente recordar los hechos más importantes.

Una antena y su conexión de tierra constituye un circuito oscilante, o sea un circuito que, alimentado convenientemente por medio de una corriente alterna, puede permitir en el mismo una corriente también alterna.

Este circuito tiene inducción, ya que los alambres del sistema aéreo, al ser recorridos por una corriente, crean un campo eléctrico semejante al de una bobina y que representamos por medio de una línea de puntos en el dibujo N.º 1.

Este circuito es un circuito abierto, o sea, falta una conexión entre el sistema aéreo y tierra para que quede cerrado, pero tratándose de corrientes alternas, es conocido el hecho de que éstas pueden circular por circuitos en los cuales existen condensadores, y podemos suponer que el sistema aéreo y la tierra son las armaduras de un gran condensador que cierra el circuito.

Efectivamente, por medio de aparatos apropiados se comprueba la presencia de una capacidad cuyo dieléctrico, o sea el aislador que hay entre las dos armaduras, es el aire.

Esta capacidad se puede representar por medio de los condensadores *b* dibujados con líneas de puntos.

Luego si este circuito tiene capacidad e inducción reune las condiciones de un circuito oscilante y es indudable que ese circuito podrá oscilar a una frecuencia determinada, y de ahí que tendrá una longitud de onda propia llamada onda fundamental.

Cuando se desea disminuir la frecuencia del circuito, o sea aumentar la onda, se intercala en la conexión que va a tierra una inducción adicional. Si, por el contrario, se desea aumentar la frecuencia, o sea disminuír la longitud de onda, se intercala en el mismo lugar un condensador.

Como la exitación de este circuito se hace por medio de bobinas, es menester intercalar siempre una de éstas en el circuito, pero como con ésta se aumenta la onda, de acuerdo con lo que se acaba de explicar, se coloca también, y debajo de la bobina, o sea más cerca de tierra, un condensador que la acorta, en forma que la inducción por un lado y la capacidad por el otro, establecen un equilibrio y el circuito tendrá la frecuencia de oscilación propia, o sea la correspondiente a la onda fundamental, a pesar de haberse intercalado en el mismo una inducción y un condensador.

Si rompemos este equilibrio aumentando la inducción, la onda del circuito aumenta también, y si, por el contrario, aumentamos la capacidad, se tiene el mismo resultado. Si se disminuye la capacidad se tendrán las ondas menores a la fundamental.

Como es más fácil efectuar variaciones de capacidad que de inducción, se emplean siempre condensadores para efectuar estos cambios de frecuencia, utilizándose inducciones fijas o variables por derivaciones. El variómetro permite variaciones de inducción, pero como la gama de longitudes de onda que puede comprender es mucho menor que la que permite un condensador, se emplea menos. Cuando se hace funcionar un transmisor, se nota que variando la inducción o la capacidad se encuentra un punto en la sintonía, para la cual la corriente de antena es máxima. Luego, para una determinada antena existe una longitud de onda que es la óptima, y esa onda es la que corresponde al equilibrio entre la inducción y la capacidad de que ya se habló.

a

b b

Tierra

FIG. 1

Para los receptores ocurre igual. El máximo de intensidad en los teléfonos corresponde indudablemente al máximo de corriente en la antena receptora y este máximo se alcanza cuando se establece el equilibrio entre la inducción y la capacidad, generalmente por medio de variaciones de ésta.

Esto se debe a que la inducción intercalada en el circuito actúa como un impedimento para que la corriente circule y la capacidad actúa en sentido inverso o sea acelerando el paso de la corriente.

Es indudable, que si variamos la inducción y la capacidad, llegaremos a un valor para el cual estos efectos serán iguales o sea el efecto será nulo, y no oponiéndose al paso de la corriente, ésta alcanzará un valor máximo.

El acto de variar la inducción o la capacidad se llama sintonizar, y cuando hemos obtenido un valor máximo de la corriente, el circuito está en resonancia. Sin embargo, si bien hemos eliminado ya dos elementos — inducción y capacidad — que se oponían al paso de la corriente, queda otro que es importantísimo, y que se llama resistencia.



—Tenga ese peso; y le ruego no vuelva a poner los pies en esta casa.



Parte de los concurrentes al baile organizado por el "Club Social Rivadavia" en conmemoración de las fiestas patrias.



Vista parcial del público que asistió al acto de la inaguración del "Sporting Club Buchardo".


R Mánica



LA SUERTE

POR

ALVADO YUNQUE

DIBUJOS DE BESARES

Simón Frepas, de un brinco, se trepó al tren ya en marcha. Era un muchachote vigoroso, alto, de cara noble y simpática. Entró al primer coche y buscó asiento, estaba todo ocupado; mas en el fondo divisó uno, se tumbó sobre él y se puso a mirar el paisaje: un enorme plano verde y allá, en el horizonte, un bosquecillo, todo bajo un cielo muy azul. Y pensó en él, en sus proyectos, en la felicidad, porque Simón Frepas se sentía inmensamente feliz. Tenía veinticinco años e iba a casarse, adoraba a su novia, una linda muchacha a quien conocía desde chicuela; el tren rodaba hacia «Los Juncales», el pueblecillo natal de ambos, y cada rancho, cada eucalipto que dejaba atrás, eran para Simón un paso que adelantaba en su felicidad.

Retozaba, sentíase locuaz, hubiera hablado con todo el mundo, se sentía bueno, hubiera auxiliado a todos. Y seguía mirando el paisaje bonaerense, monótono en su ininterrumpida sucesión de verde y azul, azul y verde. De tarde en tarde, un animal, un rancho, y luego verde y azul, azul y verde...

Siguió pensando: este viaje a Buenos Aires, del cual ahora regresaba, realizado para ultimar sus preparativos, el espléndido negocio que venía de hacer vendiendo animales y productos de su granja, los regalos adquiridos para la novia; en ésta, siempre, iban a parar todas sus meditaciones.

Lo arrancó de sus pensamientos, el vecino de viaje que tosía; tosía de un modo cruel, inspiraba compasión; se le desgarraba el pecho entre gemidos, se le hinchaban las venas del cuello y de la frente hasta parecer que iban a estallar, se convulsionaba todo y enrojecía. Simón lo miraba poseído de una profunda lástima. El otro era un hombrecillo enclenque, joven, aún; mas tan debilitado que parecía decrépito, de faz terrosa y huesuda, ojos grandes y velados.

Al terminar de toser, Simón sacó un pastillero y le ofreció:

— Sírvase, son de eucalipto, le van a hacer bien.

Aceptó el otro:

— Muchas gracias.

— Sabe, — agregó Simón, — mientras lo miraba toser, me pareció reconocerlo. ¿No es usted Nicolás Mistela?

— Sí, soy yo.

— ¡Nicolás! ¿Y no te acuerdas de mí? — le gritó Simón, tuteándole.

— ¡Cómo no Simón Frepas; si te reconocí en cuanto entraste.

— ¡Pero hombre! ¿Y por qué no me hablaste? ¡Yo ni te vi siquiera!

— Soy así, no me gusta molestar, me parece que molesto en todas partes. No sé si es mi enfermedad.... Y tosió.

— ¿Estás enfermo?

— Muy enfermo; ¡no son bromas, no!

Y Nicolás Mistela, con esa satisfacción egoista de los enfermos, al hablar de sus males, extendióse en una quejambrosa enumeración de ellos.

Simón quiso reanimarlo.

— Te repondrás, hombre, te repondrás; en cuanto pises «Los Juncales», te sentirás otro. Con la alegría de volver a ver tu pueblo, tus amigos, tu madre...

— ¡Murió!

— ¿Murió? ¿Cuándo murió que no he sabido?

— Hace tres días.

— Con razón no lo supe, yo hace quince días que estoy en Buenos Aires; fuí a hacer unas compras y a arreglar mis asuntos, porque me caso.

— Pues, te felicito.

— Gracias. Me caso con Ninita. ¿Te acuerdas de Ninita? La hija del juez de Paz, aquella chiquilla que andaba con nosotros haciendo diabluras...





—Ninita... Nini... ¡Ah, sí recuerdo! ¿Una rubia?

—Sí, ¡sí la vieras! Está hecha una mujer, ya la verás, ya verás a todos. ¡Qué alegría les vas a dar! ¡Mira que hace años que no te ven!

—Ocho años hace que salí del pueblo para hacer el servicio militar; y es la primera vez que vuelvo.

—Y ahora, ¿vuelves para siempre?

—No. Vengo a vender la casa y unas tierras, y me voy a la ciudad. Estoy empleado y no puedo quedarme mucho tiempo; estaré una semana.

—Ya verás, ya verás cómo te voy a hacer divertir; verás mi establecimiento, una granja...

Y Simón, entusiastamente, pintó su granja: animales y establos, árboles y plantíos, sus proyectos de mejoras, sus ganancias... El otro escuchábalo, mudo.

—Sabes —dijo cuando aquél hubo terminado— sabes Simón que la suerte ha sido buena para ti.

—Sí, es cierto; si me quejara sería un ingrato.

—Joven, sano y fuerte; estás en vías de ser rico y dichoso... ¡Yo en cambio, ah!...

Y suspiró dolorosamente.

—¿Qué te pasa? Cuenta, quizás yo te pueda ayudar.

—Ah, Simón, soy un maltratado por la suerte, todo me sale mal; y aquí ya me ves: enfermo, pobre y solo. ¡Ah!...

—Te puedes curar, eres joven; puedes mejorar tu posición, encontrar una mujer que te quiera.

—No, Simón, no hallaré nada de eso. Lo sé bien, tengo mala suerte. Allí donde otros triunfan, yo fracaso. Si ahora descarrilara este tren, todos se salvarían menos yo.

—¡Eh, Nicolás, no hay que ser tan pesimista!

—No es pesimismo, es experiencia. ¡Supieses todo lo que he pasado! Solo, en aquella ciudad interminable, llena de desconocidos, he pasado hambre, humillaciones. ¡Vieras lo que he maldecido mi suerte, lo que he llorado!... Ahora muere mi madre, ya no me queda familia en el mundo; estoy completamente solo, sin porvenir, en un empleíllo miserable que me agota las pocas fuerzas que aun tengo...

El tren se detuvo.

—¡Coronel Azpirueta! —cantó un empleado.

Los amigos descendieron. Aquel tren no paraba en «Los Juncales» sino en «Coronel Azpirueta», la estación próxima, distante de aquél dos leguas escasas; las harían a pie, porque no había coche, charlando, eran las diez y llegarían justo a la hora de almorzar.

Echaron a andar el uno junto al otro, caminaban despacio, pues Nicolás se fatigaba. Este reanudó sus lamentaciones.

—Sí, amigo Simón, sí, soy un desdichado.

—No, Nicolás, yo te ayudaré; ¿quieres un puesto en mi granja?; lo tienes; allí puedes trabajar; el aire y el buen alimento te curarán, te vas a sentir otro hombre...

—Sueños, querido Simón, sueños; yo no curo más; estoy tuberculoso en último grado, ya esputo sangre, es inútil, ¡inútil... ¡Pronto moriré!

Caminaban en silencio, cabizbajos, mustios por la sentencia inexorable que se cernía sobre el enfermo. El día se había atormentado, densos nubarrones avanzaban del sud.

—Va a llover; —dijo Nicolás, tembloroso.

—Sí —contestó Simón— va a llover y fuerte.

—¡Qué broma! No me faltaba más que tomar una mojadura y no poder dormir en toda la noche a causa de la tos, ¿y no hay dónde refugiarse?

Estaban en medio de una pampa, a su alrededor sólo había unos corderos y unos arbolillos raquíticos.

—¡Ah, allí está aquel sauce!

Como a trescientos metros, un frondoso sauce llorón levantaba su ancha figura. Apretaron el paso, corriendo casi, y llegaron a él cuando los primeros goterones comenzaban a aplastarse contra el suelo. Llovía copiosamente, con ese vigor de las tormentas del sud a las que empuja el pampero. Nicolás temblaba de frío, Simón, en cambio, se había descubierto y aspiraba con fruición el aire campesino que le dilataba los pulmones robustos. En silencio, contemplaban llover; de tarde en tarde el cielo se abría en un relámpago y allá, a lo lejos, un trueno derrumbábase prolongadamente...

Simón habló el primero:

—Quizás exageres, Nicolás, quizás no estés tan grave.

—Oh, estoy seguro.

—Pero acepta mi ofrecimiento, esta vida de campo, te hará bien de cualquier modo.

—Lo pensaré, Simón, lo pensaré...

Nuevamente quedaron silenciosos. Habló Nicolás:

—Háblame de tus asuntos, me deleita escucharte. Me hace bien tu entusiasmo, ¡tú sí qué has tenido suerte!, siempre la tuviste; ¿recuerdas?

—Sí, sí...

—Desde chico, lo recuerdo, todo te ha salido bien siempre; ahora te vas a casar, amas, tienes una familia, eres feliz, ¡feliz!... Y lo mereces, Simón, lo mereces porque eres bueno.

—Sí, Nicolás, te lo confieso, soy feliz, me creo un hombre completamente feliz, no puedo quejarme de la suerte, por el contrario, creo que mi suerte...

Lo interrumpió una luz intentísima, luego un tronar hórrido, ensordecedor... Nicolás se sintió rodando por el suelo y subconsciente, comprendió qué era: ¡un rayo, les había caído un rayo!

Se levantó, enlodado, tembloroso, maltrecho, palpándose su miserable humanidad y, cuando se convenció que no tenía nada, pensó en su amigo.

Estaba como lo dejara, fué a él y gritó de espanto. Rígido, con los ojos abiertos desmesuradamente, apretadas las mandíbulas y los puños, estaba Simón: ¡la descarga lo había fulminado!

Nicolás, despavorido, echó a correr hipante, por los campos que inundaba la lluvia y que el viento batía, los que estrujaban, azotando su cuerpo enclenque que, al correr, doblábase como una hierbecilla próxima a ser tronchada.



Alumnos de la Escuela Jean D'Arc, que celebraron con una hermosa fiesta el glorioso aniversario francés.



Para combatir ese estado de desgano

e inapetencia, característico en los convalecientes y personas delicadas, los médicos recomiendan integrar la alimentación diaria con unas copas de la Malta Palermo. Esta, sin ser ni droga ni medicamento, forma un reconstituyente ideal que estimula el apetito, facilita la digestión, enriquece la sangre y tonifica los nervios. Contribuye así a que el organismo se fortifique y vuelva a la normalidad en el menor plazo posible. Su sabor es agradable y se toma con placer en la mesa.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



De Santos Lugares



La reina y su corte de honor que presidieron los juegos florales organizados por "El Zonda" a beneficio de la Cruz Roja local.

LA AURORA BOREAL EXPLICADA CIENTÍFICAMENTE

¿El secreto de la aurora boreal ha sido decubierto...? El profesor L. Vegard, de la Universidad Cristianía, ha logrado presentar nuevas pruebas de una teoría suya sobre la composición de las altísimas capas atmosféricas: ha demostrado que el ázoe, en el estado sólido, expuesto a los rayos catódicos, emana una luz verde cuyo espectro coincide con el de la aurora boreal. Varias explicaciones habían sido emitidas acerca de la línea característica del espectro de la aurora, todas muy difícilmente verificables, porque las condiciones en que se desarrolla el fenómeno (entre 100 y 700 kilómetros de altura), no se pueden reproducir fácilmente en el laboratorio de física. Dado el fuerte peso del ázoe, no se podía pensar que pudiese existir en aquellas considerables alturas.

Lo que se podía suponer era que la atmósfera, en aquella altura, sólo estaba formada por ázoe en estado de hielo, es decir, bajo forma de pequeñísimos cristales mantenidos en suspensión gracias a su carga eléctrica. En el mes de noviembre pasado, cuenta el periódico «Berliner Tageblat», el físico Onnes, de Leyde, una característica figura de científico que ha consagrado su existencia a la busca del cero absoluto, es decir, la temperatura de 273 grados bajo cero, puso su laboratorio a disposición de Vergard, y éste, después de una serie de experimentos, logró gracias al hidrógeno líquido, obtener el ázoe en estado sólido. Herida por los rayos catódicos, esta substancia emitió una luz verde intensa, cuyo espectro coincide perfectamente con el de la aurora boreal.



OPTE POR EL SEDAN FORDOR

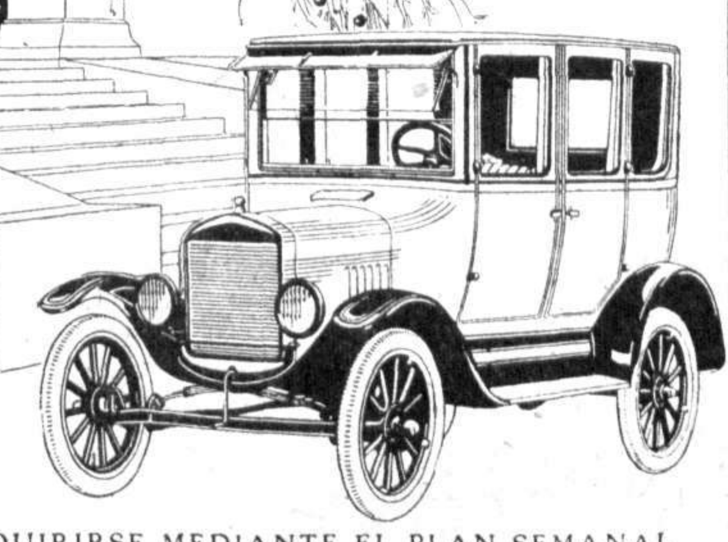
El Sedán Fordor (cuatro puertas) no sólo es un coche lujoso, elegante y confortable para la ciudad, sino que su construcción liviana y sencilla lo adapta muy especialmente para la campaña.

$ 3.375
s. w. B. A.

Compre un coche Ford cerrado

Ford

AUTOS - CAMIONES - TRACTORES

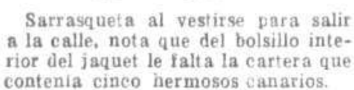


PUEDE ADQUIRIRSE MEDIANTE EL PLAN SEMANAL

A SARRASQUETA LE HAN ROBADO

TEXTO Y DIBUJOS DE REDONDO





Sarrasqueta al vestirse para salir a la calle, nota que del bolsillo interior del jaquet le falta la cartera que contenía cinco hermosos canarios.



Loco por la pérdida de sus cinco amarillos billetes que constituían toda su fortuna, revuelve todos los muebles para dar con ellos.



No hallándolos y convencido de que se los han robado, se decide por ir a la comisaría a presentar la denuncia del robo.



Sarrasqueta. — ¡Señor comisario! Vengo a denunciarle que cinco canarios que tenía han volado o me los han robado.

Comisario. — ¿Con jaula y todo?

Sarrasqueta. — ¡Con todo!



Comis. — ¿Habrá canarias con los canarios?

Sarras. — ¡No, todos eran varones!

Comis. — ¿Y en cuánto calcula el valor de cada canario?

Sarras. — ¡En cien pesos!



Comis. — ¿Y de quién sospecha? ¿No se los habrá comido el gato?

Sarras. — ¡No, han sido ratas!

Comis. — ¡Puede retirarse, se hará rápida la pesquisa!



Sarrasqueta vuelve contento a casa esperando encontrarse pronto con sus canarios, cuando al cambiarse de saco encuentra en el bolsillo interior los quinientos del ala que dejó allí olvidados.



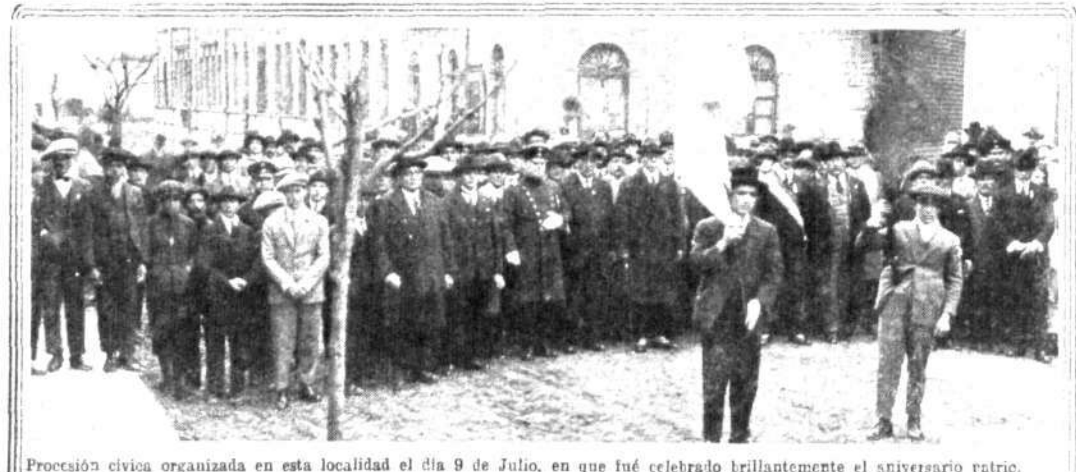
Y sale nuevamente corriendo a la comisaría para pedir disculpas, retirar la denuncia y no dar trabajo inútil a la policía.



Sarras. — Señor comisario, vengo a retirar la denuncia del robo de los canarios. Los encontré en el saco viejo.

Comis. — ¡¡¡No puedo admitirle el retiro de la denuncia, porque la pesquisa ha sido tan rápida y eficaz, que los canarios y el ladrón ya están capturados!!!

De San Andrés de Giles


Procesión cívica organizada en esta localidad el día 9 de Julio, en que fué celebrado brillantemente el aniversario patrio.

LOS INVENTORES DE LA RADIOTELEGRAFÍA

¿Quién fué el inventor de la radiotelegrafía? Cuando se trata de un invento de tan enorme trascendencia, natural es que cada nación intente atribuirse esta gloria. Los alemanes se enorgullecen con el nombre de Hertz, considerándole como padre de la radiotelegrafía; los franceses, sin vacilar, dirán Branly fué el inventor; algún inglés citará como a inventor a su compatriota Lodge; los norteamericanos tienen también su candidato nacional, De Forest, y los italianos, no hay que decirlo, pregonan a Marconi...

Y todos tienen razón en parte, y ninguno la tiene del todo. Estos sabios han contribuído a la invención de la radiotelegrafía, o como precursores o como perfeccionadores. En 1887, Hertz publicó sus trabajos sobre los experimentos de ondas eléctricas. El sabio alemán había muy bien comprobado, como antes lo hizo Clerk Maxwell, que puede ser emitida la electricidad no sólo en forma de corriente por medio de conductores, sino por el espacio en forma de ondas de igual velocidad que las de la luz, y logró al fin "descubrir" o "revelar" esas ondas en las cuales se encerraban como en germen todos los futuros prodigios de la radiotelegrafía. Así lo comprendió el famoso William Chookes, que en 1892 escribió estas palabras proféticas: "Se ha descubierto con ello un mundo nuevo y maravilloso. Los rayos de luz no pueden cruzar no ya una pared, pero ni siquiera, y esto bien lo sabemos los ingleses, la niebla de Londres. Pero las vibraciones eléctricas lo penetran todo, y para ellas todo es transparente. Y en ello se manifiesta la posibilidad de la telegrafía sin hilos".



—Y no olvide, Encarnación,
que los dos nos conocimos,
por que, juntos, compartimos,
una caja de jabón.

Que la profunda ilusión,
que nuestro corazón siente,
no se rompa, de repente,
como pompa de jabón...

—Cierto. ¡Qué recuerdo extraño!...
—Que esta felicidad suma,
no dure lo que la espuma
y se trueque en desengaño...

—No sea Vd. criatura
—**Fué Jabón Reuter!**... ¿Y qué?...
—Que el **Jabón Reuter** yo sé
que es el jabón que más dura.

Alumnos de la escuela que sostiene la Institución francesa, celebrando el aniversario de la toma de la Bastilla.

NUEVA TREMENDA GEOGRAFÍA DE PANERONI

La culpa del título con que encabezo esta nota, no la tengo yo.

Es el mismo autor de la nueva geografía, Juan Paneroni, que lo escribe en su obra dedicada a una reforma completa de los equivocados sistemas de Copérnico y Galileo.

Hay quien se ríe de Paneroni, pero para mí es un gran hombre, tremendamente grande.

Empezamos con decir que nadie lo toma en serio.

¿Cuál de los hombres realmente geniales ha sido tomado en serio por sus contemporáneos? Que hablen Cristóbal Colón y el mismo Galileo, para no hacer alusión a otros, que no se ocuparon de geografía sin dejar por esto de ser tan geniales como esos dos.

Paneroni vive en una miseria permanente... *Digo mal... ¡Fuera permanente!...* Es que aumenta día a día y terminará con llevarlo a la mendicidad, si es que el sabio no deja de ocuparse de cosas celestiales, para fijarse un poquitito más en las terrenales.

¿Y quieren decirme cuál ha sido el hombre realmente genial que no se haya encontrado en las mismas condiciones de Paneroni?

Serían *más* que suficientes estos datos para mirar con reverencia al agudo estudioso de la tremenda geografía, pero estamos en un siglo en que todo hay que comprobarlo, tocarlo con mano; y conceptúo sumamente honroso para mí contribuir a una obra de rehabilitación, que bien la merece Juan Paneroni, caballero andante de sus ideales geográficos.

Porque este hombre no descansa: recorre las grandes y pequeñas ciudades de Italia, sufriendo persecuciones por parte de las autoridades municipales y sonrisas sarcásticas del vulgo ignorante.

Las autoridades municipales son las peores enemigas de Paneroni.

¿De dónde viene este rencor municipal?

Ya verán. Paneroni acostumbra llamar la atención con epígrafes que, no solamente dicta, sino que escribe en las paredes de los edificios, empleando carbón vegetal y también un estilo algo violento.

Si todos los ciudadanos aprovecharan las paredes como pizarras, adonde iría a parar la estética, la limpieza, la...

De ahí las multas, que Paneroni no paga en efectivo sino con uno o dos días de detención, lo que mientras agrega una espina más a la corona de su martirio científico, le permite una alimentación que al final y al cabo con los precios corrientes vale las diez liras que debería abonar a título de multa.

Fué precisamente el estilo violento que me llamó la atención.

En Vía Dante, a pocos pasos de la Plaza Cordusio, tres o cuatro grandes carteles abandonados en el suelo, rezaban toda clase de improperios.

—¡Imbéciles!... ¡Cretinos!... ¡La tierra no es redonda!... ¡Animalotes, la ley de gravedad no existe!... ¡Estúpidos, idiotas, el Sol no mide más que dos metros de diámetro!...

Si en lugar de estos apóstrofes enérgicos hubiese leído, por ejemplo:

—"Nuevas hipótesis sobre la conformación del planeta terrestre y las dimensiones del astro solar... ¿Existe realmente la ley de gravedad?... Contribución a los estudios astronómicos, de Juan Paneroni".

Bueno, si hubiese leído estas mansas palabras, es probable que ni habría hecho caso. Más que probable: seguro.

Pero como hasta la fecha he seguido la opi*nión de los demás*, he descansado *tranquilo* sobre la teoría de que la tierra es redonda, la atracción existe, etc., los adjetivos de idiota, imbécil, estúpido, tocaban a mí también y por supuesto no me agradaron.

—Veamos de qué se trata... Con una lira el volumen que explica la concepción del cosmos se podía adquirir... ¿Y quién no tira *una lira para enderezar conocimientos equivocados?*

¿Pero a dónde se encontraban los libros esos?

Pregunté a un hombre, cómodamente sentado sobre un montón de papeles, que a primera vista tomé por diarios amparados por una bolsa común.

—Quien vende los...

—Yo... Yo soy Juan Paneroni... Sírvase... Por fin doy con un hombre inteligente...

—Muchas gracias... Igualmente.

Y después de levantar un momentito la nalga derecha, que funcionaba de pisapapel, sacó del montón la obrita, echando al bolsillo con cierto desdén el metálico que le di.

La curiosidad vivísima hizo que empezara a hojear el volumen ahí mismo en la calle, y una vez enterado de algunos de los postulados de Paneroni, me sentí como obligado a volver sobre mis pasos y hablarle al autor.

—¿Y cómo dió usted con tamaños descubrimientos, señor?

—Por la sencilla razón que acostumbro observar y meditar largamente sobre lo que veo.

—¿Pero usted estudia solamente o ejerce algún oficio también?

—Me ocupo de confitería, vendo fruta a veces, en verano fabrico helados...

Hay que vivir...

—Y la impresión de sus obras, ¿quién la costeó?...

—Yo mismo... Disponía de unas veinte mil liras y se me fueron todas... Por eso debo venderlas... mientras mi intención sería repartirlas gratis para ilustración del pueblo...

—¿Es milanés usted, Paneroni?

—No, de Brescia... El pueblo de Rudiano me ha visto nacer...

—¿Y qué dicen en su pueblo de sus teorías?...

—Ya sabe usted que nadie es profeta en su tierra... La que más me atormenta es mi familia... Dice que tiro el dinero en cosas inútiles. No comprenden nada... Gente que es toda estómago... No sabe qué hacerse de la cabeza...

Una vez los estudiantes me llevaron en andas al Palacio Brera y quisieron a la fuerza

que diera una lección de astronomía... ¡Fué un exitazo!... ¡Un acontecimiento sin precedentes!... Los dejé chiquitos a los astrónomos oficiales...

—Me lo figuro...

—Ha leído algo de lo que he escrito en...

—¿Leído?... Una mirada así, al pasar... Comprenderá que son cosas que merecen atención... Por lo visto usted no admite la atracción de la tierra...

Paneroni dió a su voz un timbre paternal y por poco no me palmotea:

—Vea, amigo... Le voy a dar una prueba muy sencilla y es la siguiente. Dicen los idiotas, que todas las cosas caen como si fueran atraídas por la Tierra. Muy bien. Debido a esta fuerza de atracción las casas, los árboles, las torres, todo en fin queda pegado a la Tierra. ¿Me entiende?

—Es muy claro lo que usted dice...

—Muy bien. Luego esta fuerza que sujeta... las torres,... las casas, los árboles debe ser poderosísima... Una torre, una casa, un árbol no son plumas, ¿verdad?

—Verdad.

—Muy bien. ¿Y entónces, sabría usted explicarme cómo puede suceder que usted, yo, un nene cualquiera, podamos tener la fuerza de levantar un objeto caído al suelo? ¿Eh? ¿Sabe decirme de dónde sacamos la fuerza para levantar las piernas y caminar? ¿Eh?... ¿Pero, digo, pueden ser más tontos los que creen en la ley de gravedad?

Me quedé perplejo...

—Tan sencillo lo que usted acaba de decirme y nunca se me había ocurrido.

—Ya ve... Esta es la ciencia oficial... Otra cosa más... Dicen: la Tierra realiza una rotación rapidísima sobre sí misma cada veinticuatro horas. La objeción natural, que se presenta a todo cerebro sano, es esta: ¿y cómo entonces nosotros no quedamos despedidos por la fuerza centrífuga? Contestan los cretinos: por la misma razón que los que hacen el "looping the loop", el círculo de la muerte, no salen del círculo... Pues es imposible ser más atrasados e inconscientes... Pero los que realizan el círculo de la muerte, dan vuelta adentro del círculo no en la parte exterior. ¡Qué se atrevan a hacer la prueba en la parte exterior del círculo a ver dónde van a parar! Lo mismo dígase de nosotros, que vivimos sobre y no dentro de la Tierra. Quedamos pegados a la superficie por la sencillísima razón que la Tierra no se mueve, de otra manera rodaríamos por el espacio...

—He visto que usted tiene del Sol una idea muy diferente de los demás. El Sol no sería más que una pequeña...

—Una pequeña esfera, señor mío... Muy pequeña, lo mismo que la Luna, las estrellas, etc., que están muy lejos de medir millones de kilómetros de diámetro y superficie...

—Sin embargo...

—Sin embargo, nada... Claro que si usted toma un telescopio todas las cosas le parecen grandes... Muy natural... Una casita parece un palacio; un pajarito se asemeja un águila, diez liras toman el tamaño de un billete de a mil liras... No hay tal volumen en los astros... Le digo, el Sol no pasa de dos metros de diámetro y la distancia que nos separa de él apenas si llega a los mil metros...

Estas últimas nociones del sistema Paneroniano me parecieron las más tremendas, pero ¿con qué derecho yo que nunca me he ocupado de astronomía, habría podido moverle la más pequeña objeción?

Paneroni ha consumido toda una existencia en la investigación de estas verdades y consumió también una cantidad de dinero que no es indiferente para un trabajador...

Yo he aceptado las ideas astronómicas que me han enseñado y, si hubiese vivido en los tiempos de Cristóbal Colón, es probable que hubiese pensado como los dichosos doctores, que se permitieron burlarse de los proyectos del gran genovés.

—Una cosita más, señor...

—Paneroni. Paneroni...

—Señor Paneroni... Usted dirá que soy duro a entender ciertas cosas... Las estaciones ¿cómo se alternarían con su sistema?

—Muy sencillo... El Sol efectúa un camino circular recorriendo cinco círculos de diámetro diferente, de mayor a menor. Cuando el Sol recorre el círculo cuyo diámetro es mayor, tenemos el invierno, viceversa cuando recorre el circulito más reducido... gozamos el verano.

—Entonces el aspecto de la Tierra sería...

—Plano, plano... Es un plato sin límites y sin fondo que descansa en el infinito espacio... ¿Me entiende?

Me pareció tremenda también esta afirmación, pues hasta la fecha mis ideas sobre lo finito y lo infinito estaban muy lejos de las de Paneroni, pero reflexioné...

—¿Cuáles y cuántas son las verdades absolutas, amigo mío? ¿Acaso no es todo relativo en este mundo? ¿Y entonces? ¿Quién te dice que Paneroni no sea un precursor?

Insinué tímidamente una última pregunta:

—¿Y por qué no va usted a publicar estas cosas en Alemania, por ejemplo, donde hay tantos sabios, hombres que leen todo sin ideas preconcebidas y demasiadas veces han descubierto mentalidades excelsas, que vegetaban entre nosotros sin que nos diéramos cuenta de ello?

—No... Me quedo... En primer lugar porque debo mantener a mi familia... Mujer y ocho hijos... que viven de lo que yo gano... Luego quiero que sea Rudiano, el pueblo que me vió nacer, que llegue a ser el punto donde se reunirá un Congreso, destinado a modificar las equivocadas ideas existentes sobre la astronomía y geografía...

—Es un pensamiento noble... que...

Un agente del tráfico se acercó:

—Quite usted esos carteles de ahí... ¿Tiene permiso para vender diarios y revistas?

—Pero no se trata de revistas, hombre ignorante...

—Mida las palabras si no quiere...

—Es pan de la ciencia... Tome un librito; se lo regalo...

—No sé que hacer con los libros... Quite los carteles y circule... Rápido... Y agradezca que no le aplique la multa...

—¿Ha visto como son?... ¿Acaso molestaba a alguien?

—Hágame caso a mí, señor, siga viaje a Alemania, a Francia. Allá le han de escuchar...

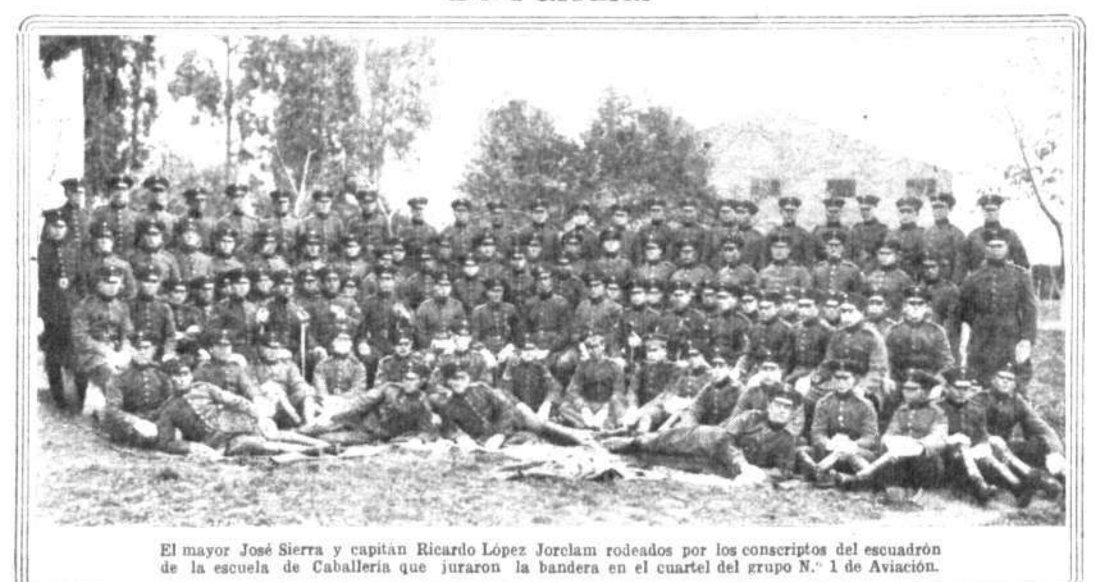
—No lo repita dos veces... Pero los fondos son los que hacen falta... No podría usted...

Ya no se trataba más de astronomía y como en ese momento pasaba el tranvía que lleva a mis barrios, saludé a Paneroni, que no pudo disimular una mueca amarga.

La vida es de una realidad impresionante... Por eso somos tan pocos los que nos ocupamos de las estrellas.

DOCTOR A. VACCARI

De Palomar



El mayor José Sierra y capitán Ricardo López Jorclam rodeados por los conscriptos del escuadrón de la escuela de Caballería que juraron la bandera en el cuartel del grupo N.° 1 de Aviación.

PUESTAS DE SOL

El sol se ha puesto esta tarde entre nubes. Mañana rugirá el huracán, volverán a aparecer otra vez el día y la noche, después el alba con sus claridades, y todos los días y todas las noches pasarán así. Pasarán así en multitud sobre los mares, sobre los montes, sobre los ríos y sobre los bosques, como confuso humano cantado por los muertos queridos que amábamos cuando vivieron. Y la superficie de las aguas y la frente de las montañas, arrugadas pero no envejecidas, y los bosques siempre verdes, se rejuvenecerán; pero yo, inclinado más cada día la cabeza, pasaré; y helado a pesar del sol ardiente, desapareceré del mundo en medio de la fiesta de la naturaleza, sin que por eso deje ésta nunca de ser útil ni magnífica.

VICTOR HUGO.

LO QUE NO SE DEBE DESEAR A UN AMIGO

—¿Sabes, Pedro, que se casa Juan?

—Me alegro, hombre, me alegro —contesta Pedro.

Y, después de reflexionar un rato, añade:

—¿Y por qué he de alegrarme? ¡Pobre chico! ¡Si nunca me ha hecho ningún daño!



Comisión organizadora de los festejos celebrados con brillantez durante la fecha patria en el Reformatorio de menores abandonados. Señores Oggero, Cerbán, Basso, Rey, Martínez y Odda.

LA PRIMERA LOCOMOTORA DE LA ARGENTINA

La primer locomotora de la Argentina, «La Porteña», llegó a este país en el año 1857.

Construída para el F. C. Este de la India, en 1854, por la firma F. R. Wilson y Cía. (ahora Manning Wardle y Cía.), se encontraba en ese tiempo en viaje a Oriente junto con otro material ferroviario, cuando fué dada la orden de desviarla de su ruta para dirigirla a Crimea, a fin de dar facilidades de transporte a las tropas que sitiaban a Sebastopol.

Después de haber prestado un espléndido servicio durante la guerra, la pequeña locomotora fué ofrecida en venta, siendo comprada por el representante del F. C. Oeste de este país que se encontraba entonces en Inglaterra eligiendo material.

La máquina tenía cuatro ruedas, dos de las cuales son motrices, sobre una base rodante de 1,676 m. y un largo, incluyendo los paragolpes, de 6,15 m. Su peso total era de 15,7 toneladas, llevaba en la carbonera, atrás de la plataforma del piso, 635 kg. de carbón y su estanque sobre la caldera tenía la capacidad de 1.436 litros de agua.

Han pasado sesenta y cinco años desde que esa pequeña locomotora corrió desde Plaza Lavalle a Flores, y el servicio que entonces hizo es hoy mantenido por locomotoras estanque que pesan cinco veces más que «La Porteña».

PROTECCIÓN





LAS armas COLT han ocupado siempre el primer lugar en cuanto a seguridad, precisión, rapidez y a la confianza que en ellas se puede depositar; es por eso que han predominado y predominan incontrastablemente.

Desde hace casi 100 años, las armas COLT son las que han sido adoptadas oficialmente por el gobierno norteamericano para su defensa y seguridad, y el brillante éxito con que han dado cumplimiento a su cometido, revelando su indiscutible bondad y superioridad, ha hecho que hayan podido conquistar también el favor de los pueblos sudamericanos. Un COLT, Revólver o Pistola Automática, asegura la inviolabilidad del hogar. Pida a su armero o a su ferretero que le muestre el entero surtido de armas COLT.

COLT'S PATENT FIRE ARMS Mfg. Co.

HARTFORD — CONN., E. U. de N. A.

EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN



La MODA *de* NOCHE

TENDREMOS que desear que los reyes que todavía quedan en estos tiempos de convulsiones políticas, no vayan de visita a países extranjeros con demasiada frecuencia, si es que sus viajes nos traen a nosotros, los ciudadanos, ciertas consecuencias como las que voy a relatar.

En todas partes y en Italia especialmente, se está comentando el «vestido crema» y el vestido «lila pálido con capa blanca» que la reina y la princesa, respectivamente, llevaban en su reciente visita a los reyes de Inglaterra. ¿Y qué creen ustedes que he visto pasar ayer en coche? Pues, una señora de unos 55 años, bastante voluminosa, luciendo una primorosísima «robe-chemise» lila pálido y una capa blanca!

No sé lo que haya quedado sin decir a propósito de la visita de los reyes de España a Italia: de que el rey estaba encantado con la gracia risueña de las italianas; y que había prometido volver pronto a Nápoles, ¡pero solo!, y tantos chismes más, que por su ingenuidad tosca revelan su origen popular.

Ahora — después de tantos meses — vuelve a hablarse del rey Alfonso, atribuyéndole una opinión que seguramente no se ha soñado emitir, y por la cual — dícese — la sociedad española ha sido profundamente turbada (sic). El monarca habría condenado la moda del vestido sin mangas, afirmando que las damas españolas tienen los brazos demasiado cortos (?). Hubiera añadido que las anglosajonas los tienen demasiado huesudos, las americanas demasiado atléticos; sólo las italianas tienen brazos perfectos. Por toda contestación las damas españolas habrían ido a toda carrera a elegir vestidos sin mangas, para convencer al rey de su equivocación.

Mientras tanto, la moda nos trae modelos para de noche, absolutamente sin mangas; ellos son bonitos casi siempre, cuando el escote es muy grande y el género no admite otra forma; pero otras veces el vestido tiene un aspecto de cosa sin terminar, y para remediarlo bastan dos cintas cruzadas sobre el brazo.

Los vestidos perlados no aceptan fácilmente la manguita, sobre todo los que tienen adornos de plumas; citamos como ejemplos un vestido derecho, ablusado atrás, en «satin» blanco todo bordado de grandes flores perladas, con una lindísima pluma de avestruz ciclamen en fondo al vestido desde el lado izquierdo hacia adelante, con capa igual y cuello de avestruz. Otro modelo, lucido por la artista Vera Sergine, era una «robe-chemise» de «lamé» cereza, cubierta por un enrejado de perlas de cristal y en el borde muy ancho de avestruz cereza, se alternaban hilos de marabú, que acentuaban la ligereza de las plumas.

Un vestido de «marrocain» blanco, un poco ablusado, con bata lisa y la pollera avivada por un follaje de perlas; en el escote un volado redondo con igual bordado cubría los hombros.

En los vestidos de fiesta para señoritas hay mayor estudio en este sentido. Todos llevan manguita o volado o tiras de flores. En el baile de la Costura, en París, fué muy admirado un vestido de muselina blanca «María Antonieta», cuya pollera tenía rayas horizontales de oro finísimas, sembradas de manojos de rosas rojas, bordadas, con centro de brillantitos. Un «bouquet» igual cerraba el corpiño adelante; dos tiras de cinta en los hombros y otras dos más anchas, de flores, caían un poco más abajo.

El «crepé marrocain», el «crepé roumain», el «taffetas» con voladitos y el «crepé satin» con puntilla, en los tonos avellana, espliego, «ecaille», etc., son muy de moda para trajes de baile para señoritas. Y digo baile, para decir «reunión», que hoy día son sinónimos.

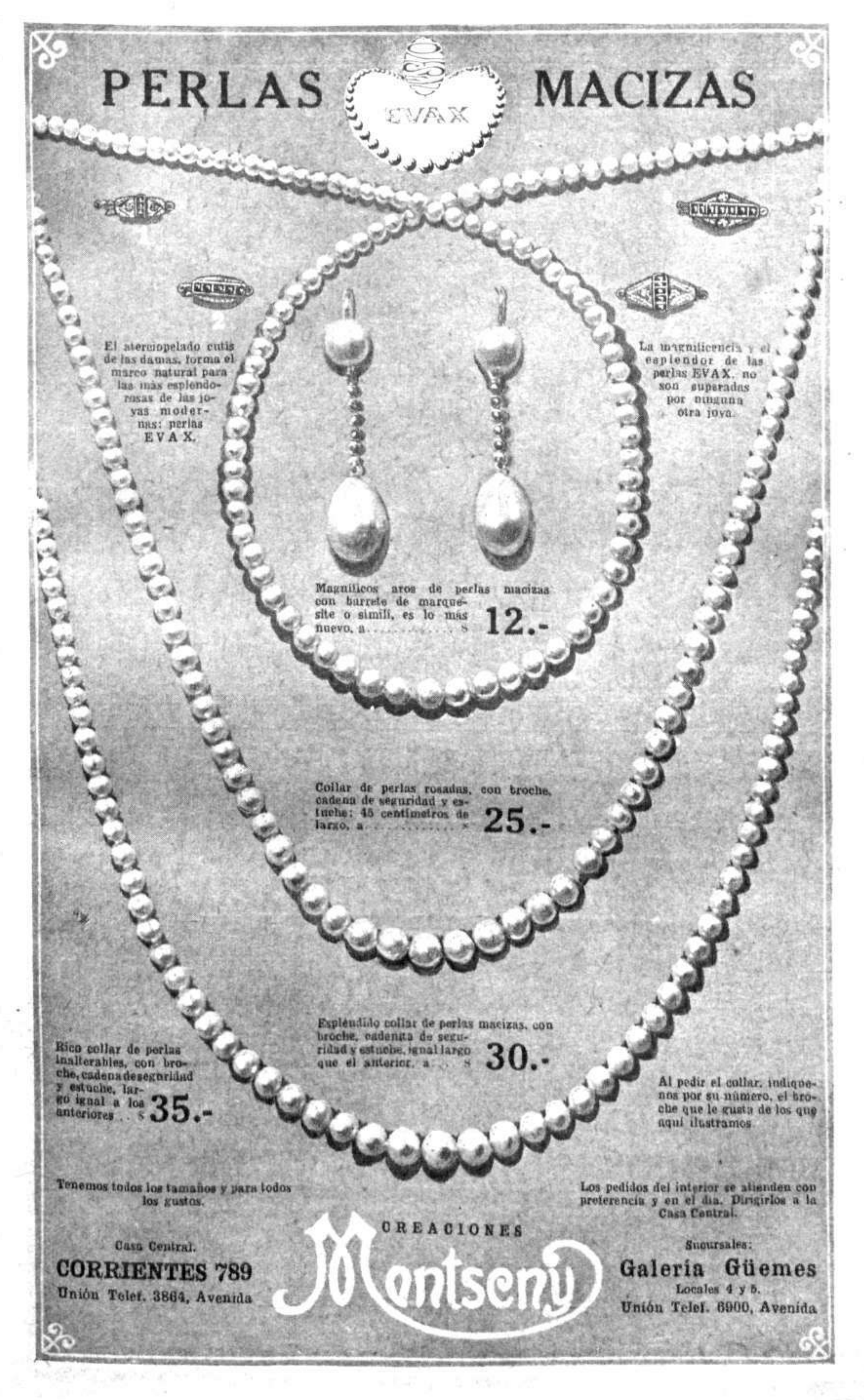
La puntilla vuelve con todo el favor antiguo. En las capas, en los vestidos de noche, y también en los vestidos para te, para las no-deportivas, pues a las otras les está permitido ir al «tea-room» en traje de «tennis» con raqueta y todo. Hay puntilla negra y de color, plateada y dorada; y los volados de puntilla con borde de piel son de un efecto admirable.

Los dos modelos aquí ilustrados son las últimas creaciones de una grande firma, como la sagaz lectora verá por sí misma.

El uno es de terciopelo negro con bordados de plata y larguísimas franjas de «strass». El otro es un cuadrunvirato blanquísimo de terciopelo, perlas, puntilla y piel de zorro.

La gentil lectora observará cómo, a pesar de las tentativas de los «godets», la línea clásica — que es definida por el vestido de fiesta — se mantiene severa, estilizada más que nunca, y si la riqueza de algún vuelo asoma como una iniciativa atrevida, ella es contenida entre el drapeado que ciñe las caderas, por el gran broche artístico de inspiración oriental.

Las capas son muy fruncidas, riquísimas de género y bordados, y terminan a veces en cola puntiaguda.


PERLAS MACIZAS
EVAX
2
El aterciopelado cutis de las damas, forma el marco natural para las más esplendorosas de las joyas modernas: perlas EVAX.
La magnificencia y el esplendor de las perlas EVAX, no son superadas por ninguna otra joya.
Magníficos aros de perlas macizas con barrete de marquesite o simili, es lo más nuevo, a .... $ 12.-
Collar de perlas rosadas, con broche, cadena de seguridad y estuche; 45 centímetros de largo, a .... $ 25.-
Espléndido collar de perlas macizas, con broche, cadenita de seguridad y estuche, igual largo que el anterior, a ... $ 30.-
Rico collar de perlas inalterables, con broche, cadena de seguridad y estuche, largo igual a los anteriores .. $ 35.-
Al pedir el collar, indíquenos por su número, el broche que le gusta de los que aquí ilustramos.
Tenemos todos los tamaños y para todos los gustos.
Los pedidos del interior se atienden con preferencia y en el día. Dirigirlos a la Casa Central.
CREACIONES Montseny
Casa Central.
CORRIENTES 789
Unión Telef. 3864, Avenida
Sucursales:
Galería Güemes
Locales 4 y 5.
Unión Telef. 6900, Avenida



Autoridades civiles y eclesiásticas dirigiéndose al templo local donde se llevó a cabo una solemne fiesta religiosa el día del aniversario patrio.

Parte del numeroso público que asistió al almuerzo criollo con que se festejó la inauguración de la Usina eléctrica.

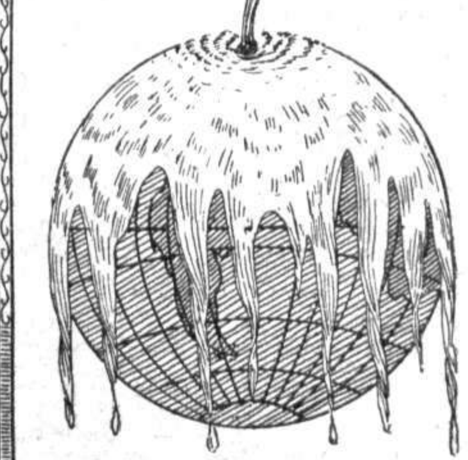


Cubre todo el globo

porque en todo el globo está reconocido como el aceite puro de oliva de más alta calidad y prestigio.

Si su paladar sabe distinguir pruebe y compare el

ACEITE

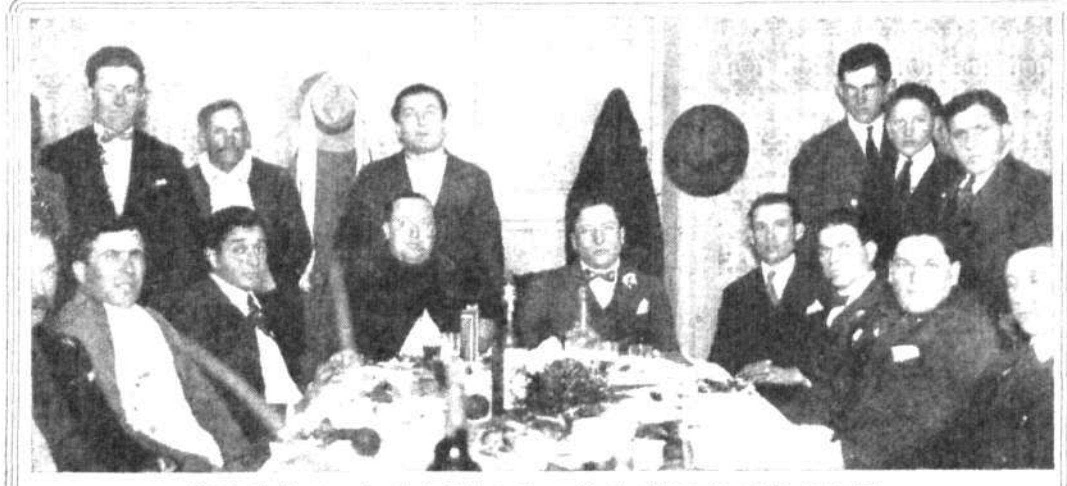


SASSO

con sus similares.

EL PREFERIDO EN TODO EL MUNDO

UNICO IMPORT. C. V. BERNARD B. MITRE 2238



El jefe de Correos señor Mario Debernardi, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos, con motivo de su próxima partida de esta locadidad.

LAS GALLINAS SAGRADAS DEL JAPÓN

Estas gallinas sagradas japonesas vienen a ser un capítulo de la simbología histórica, lo que el Ibis de los antiguos egipcios y lo demuestra el cuidado que los nipones prestan y dedican al desarrollo, crianza y conservación de sus sagradas aves de corral, pues sus huevos son recogidos con gran cuidado y sometidos a extrema vigilancia, a fin de que ni uno solo sea substraído, evitando de este modo que la raza se extienda fuera del país.

Estas aves son producto de una cuidadísima selección que data de hace más de cien años, y que tiende principalmente al desarrollo y alargamiento de su plumaje.

Hay bichos de estos cuyas colas miden tres metros de largas, y las alas alcanzan la extensión de un metro veinticinco centímetros cada una de ellas. Hay que rectificar, pues, la equivocada idea sugerida por esos gallos decorativos que parecen nazarenos de Semana Santa y que hemos visto pintados en los abanicos, kimonos y lacas japonesas. No son exaltaciones artísticas de los hijos del Imperio del Sol, sino copias de la realidad.

Al servicio de esta venerada tropa gallinera hay dedicado un buen número de empleados y ayudantes. Cuando los animales no comen o se están alisando, en cuya función y maniobra pasan la mayor parte del día, los guardianes los guían y van de alza colas, para que no las arrastren por el suelo en sus andanzas y paseos por los jardines de Shinawara, que es la sede de su residencia.



DIMBA FATIMATA,



LADRON DE AVENA



A avena no se la robaron a mi caballo. Los informes que tengo son de primera mano. Oí referir la historia al primo de una sobrina del propio capitán de Dimba Fatimata. Y resulta que Dimba Fatimata robó la avena al caballo de la mujer de su propio capitán.

Ya ve usted que la noticia es fidedigna. Además, puedo garantizar la verdad del hecho por la cabeza del mismo Dimba Fatimata.

Dimba Fatimata, uloff, oriundo de Bakel — (Alto-Río, Africa occidental) — era tirador del primer senegalés, primer batallón, primera compañía. Conviene advertir que por aquel entonces no había más que un regimiento, un batallón y una compañía. Y esta compañía, la primera, acababa de ser levada, instruída y aguerrida — con la aprobación del gobernador Faidherbe — por un capitán que por la lógica natural de las cosas era el propio capitán de Dimba Fatimata.

El tal Dimba Fatimata, magnífico hombrón de unos seis o siete pies de alto, por su talla, ya que no por su valor — la primera compañía senegalesa no había entrado aun en fuego — había sido elegido por el supradicho capitán, elegido y luego elevado a las funciones y dignidades de machacante, ordenanza, limpiabotas, etc. En una palabra, jefe de una misión militar de la que él solo constituía todos los elementos.

En cuanto al capitán de Dimba Fatimata, del cual he hablado ya en otras historias y que fué, y sigue siendo, el primer capitán que mandó la primera de esas compañías negras — a las cuales Francia debe no poca gloria ganada y no menos honor salvado en no pocos campos de batalla — era un capitán de infantería de marina, igual a los demás, en apariencia. Si fué más grande que otros muchos, que todos los demás, acaso; si fué grande entre los más grandes él lo sabe y es cuenta suya y de los que de él se acuerdan. En esta historia de avena no fué más que lo que era en apariencia — o poco menos.

Por lo que hace a la avena, Dimba Fatimata la robó bonitamente, como hubiera hecho el más pintado, al caballo de la mujer del capitán, mientras la mujer del capitán estaba de parto. He conocido mucho al hijo de la mujer del capitán, prueba de que la historia es verídica.

Por cierto que gentes bien informadas me han asegurado que un alumbramiento no es cosa sencilla, ni mucho menos. Las mujeres tardan en dar a luz un tiempo increíble. Verdad es que son premiosas en todo lo que hacen. En reir y charlar pierden casi tantas horas como nosotros en fumar y hablar de política. Por estas razones, probablemente, la mujer del capitán acabó de dar a luz al cabo de un mes largo. Quiero decir, que se estuvo tan campante durante treinta o cuarenta días en la gandulona, sin montar a caballo ni una sola vez, desde el primer día hasta el último. Y hasta parece que cuando bajó de nuevo a la cuadra lo hizo tan sólo para ver a la bestia, un potro árabe, alazán tostado, al que quería mucho.

Lo encontró seco como un clavo. Naturalmente, Dimba Fatimata había hecho las cosas como es debido. Y treinta y un días sin una pizca de avena, es mucho para un potro árabe, alazán tostado.

La mujer del capitán no era mala. Al pronto dijo que el que había cometido tal fechoría se la había de pagar. Y, encendida de indignación, se fué a contar la cosa a su marido el capitán.

El capitán que, a fuerza de mandar la compañía, había acabado por saberse de memoria los uloffs, como si los hubiera tratado desde su más tierna infancia, apostó en seguida con el que quisiera que el autor de la hazaña debía llamarse Dimba Fatimata. Inmediatamente dispuso una trampa combinando puertas, terrados, cuadras y escaleras, y Dimba Fatimata cayó de cuatro patas en la ratonera: se le pilló con la mano en el saco de avena.

Y la pagó ¡vaya si la pagó! Fué apaleado de lo lindo; destituído de todos sus cargos, borrado del libro de oro del efectivo militar, lo cual es mucho peor, y, de propina, puesto a la sombra durante treinta días, en un lugar que pecaba de obscuro y con una sola ventana, un tragaluz lo suficiente estrecho para no dejar pasar el sol, pero lo bastante ancho para que entraran los mosquitos. Dimba Fatimata adoraba el sol y no podía ver los mosquitos, así es que el día vigésimo quinto y no el trigésimo, al recibir la orden terminante de salir del calabozo, reventaba de contento, como es de imaginar. Era día fausto: se habían levantado los castigos por gracia excepcional y la primera compañía, del primero senegalés, se ajustaba las mochilas para alcanzar, a marchas forzadas, una columna de tropas blancas que operaba no sé dónde, desde no sé cuánto tiempo, contra no sé qué Hadji muy célebre, que se llamaba Hadji Omar ben Cualquier Cosa, si mal no recuerdo...

Por lo demás, Dimba Fatimata no se tomó la molestia de averiguarlo. En cuanto salió de la paja húmeda, y sin acor-



darse siquiera del rito ancestral de los bambulas de la libertad, se fué como un rayo a casa del capitán.

No es que tratara de verlo personalmente, pues el capitán de Dimba Fatimata pegaba poco, pero pegaba duro, y Dimba Fatimata, pegado, recientemente y sin haberlo olvidado, estaba dotado de prudencia y de sentido común. A quien quería ver era a la mujer del capitán y ésta, como se recordará, era una buena mujer, una mujer buenísima. Y tanto lo era que, Dimba Fatimata, apreciándola como merecía, quería disculparse humildemente por la avena robada al caballo. Porque Dimba Fatimata era un hombre justo: los veinticinco días de encierro le habían servido para meditar sobre el caso y él mismo se había condenado severamente:

— «¡Biss, millah; y!» ¡Dimba Fatimata, entonces, igual, misma cosa que ladrón!

Y ante esto, la conciencia le roía las entrañas.

Llamó. Le abrieron.

— Señora — dijo sin más ceremonias — tú muchísima razón por el caballo; y yo, Dimba Fatimata, marrano.

En esto, mirando a la cara a la mujer del capitán, vió que lloraba y paró de hablar, quedando con la boca abierta:

— ¿Tú tener pena? — dijo roído por el remordimiento. — ¿Tú tener aun pena por cosa del caballo?

La mujer del capitán le dijo que no, con la cabeza. Y como Dimba Fatimata, que ignoraba los primeros elementos de la discreción pueril y conveniente, insistiera violentamente para saber en seguida la causa de tanto sentimiento, se le dijo que en Europa, las mujeres, algunas veces lloran cuando los maridos se van a la guerra.

Dimba Fatimata, incrédulo y desconfiando, escudriñaba los ojos llenos de lágrimas:

— ¿De veras? ¿Pena no ser por caballo? ¿Sólo tener pena por guerra?...

De pronto exclamó con tono triunfal:

— ¡Está bueno!

Y, pensando algo tarde que la compañía ya debía estar casi en camino, repuso:

— ¡Está bueno! ¡Tú no debes tener pena por estas cosas!...

El deber militar lo dominaba de nuevo y se encaminó a la puerta:

— ¡Está bueno! ¡Tú por capitán no tener miedo, señora! ¡Aunque sea acabado, listo, muerto, yo, Dimba Fatimata, traerte aquí mismo el capitán... ¡aunque haberme dado puntapiés trasero a mí, Dimba Fatimata, yo traer aquí capitán, muerto o vivo! ¡De veras, seguro, jurado!

Y se fué.

Ocurrió, pues, que la compañía senegalesa, la primera y única, se puso en camino y alcanzó la columna blanca donde convenía, e hizo marchar y contramarchar y llegó a las manos con el enemigo, que para el caso era Hadji Omar no sé qué. Por último, lo embistió cara a cara, cerca de las orillas floridas que riega el Casamene, río de aquellos andurriales, que dicho sea de paso, alcanzó en el asunto una propaganda más que regular. Porque jamás Hadji alguno recibió mayor paliza que el tal Hadji, Hadji Omar ben no sé cuántos, que pagó caro el honor de ser el primero de los generales enemigos de Francia, al cual los *soldados negros* — ¡*soldados, si los hay!* — administraron zurras tan duras como repetidas.

Sin embargo, en la primera tunda, Dimba Fatimata tomó parte muy modesta. El hecho no se presta a la menor duda.

Sucedió, en efecto, que Hadji se atrincheró en una manigua bastante espesa, junto a la orilla del río. Así que fué preciso que la compañía senegalesa atacara la manigua. El enemigo, sosteniéndose en cada mata, tiroteaba. De pronto, el médico mayor que, espada en mano, cargaba a la cabeza de la compañía, dijo al capitán:

— ¡Está usted herido, vive Dios!

El capitán se miró el pantalón de tela blanca, lo vió rojo, y dijo:

— ¡Vive Dios, creo que sí!

Y cayó en seguida. — Una bala, tirada a boca de jarro, le había atravesado el muslo, junto a la ingle.

Entonces, un tirador, exponiéndose a que el cabo lo levantara la tapa de los sesos, salió de la fila.

— ¿Tú, qué demonio haces? — rugió el cabo, con el dedo en el gatillo.

Dimba Fatimata contestó:

— Hay capitán herido. Hay, yo prometido cuidar capitán.

El cabo dijo:

— Si Hadji Omar venir, hay tú aserrado vivo entre dos tablas.

Dimba Fatimata respondió:

— ¡A mí qué!

Así hablan los soldados.

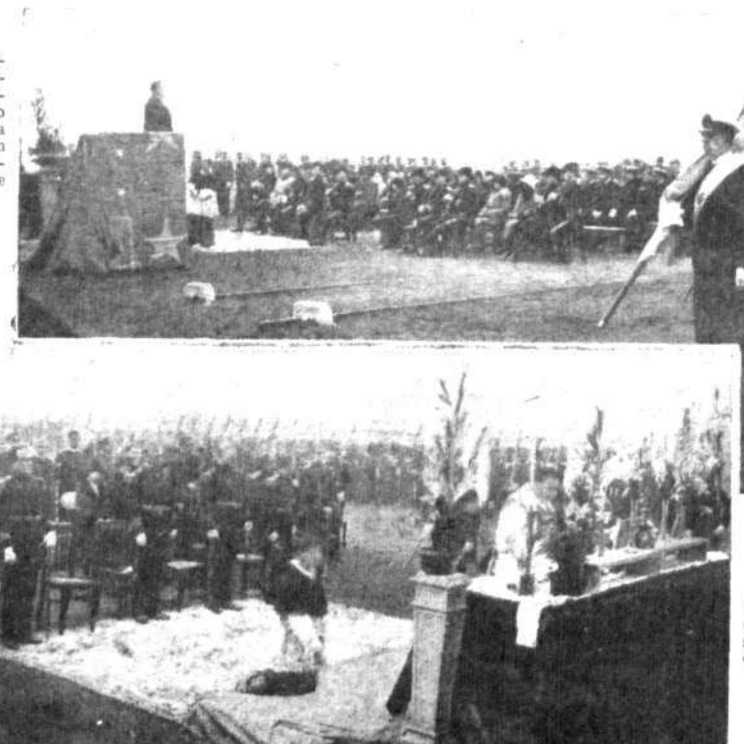
▣ ▣

Diez y seis días después, como lo prometió, llevaba al capitán a la mujer del capitán y, lo que es más, lo llevaba vivo...

Y pasó tiempo. El capitán vivió muchos años y su mujer también, y Dimba Fatimata muchos más aún. Y como ocurre siempre al final de las historias que valen la pena todos fueron muy felices y tuvieron muchos hijos.



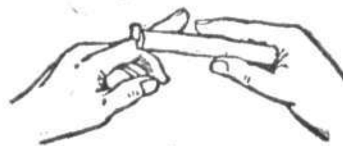
Monseñor Dionisio Napal pronunciando un elocuente discurso patriótico en la fiesta realizada en el Arsenal de Marina el día 9 de Julio.



Misa de campaña oficiada en el Arsenal de Marina, el día de la fiesta antedicha.

SABAÑONES

Curación inmediata con la Bujía de «Ambrine» del Dr. Barthe de Sandfort (la misma bujía para las quemaduras). ¿Cómo se explica que la «Ambrine» para las quemaduras cure también los sabañones? Muy sencillamente. La «Ambrine» es el mejor apósito caliente que permite alcanzar temperaturas de más de 70°. Poniendo la mano en agua a una temperatura de 50° se experimenta una sensación de dolor; por el contrario, se puede poner un dedo durante largo tiempo en la «Ambrine» derretida a la temperatura de 80° sin experimentar la menor sensación dolorosa. De ahí la curación rápida de los sabañones.



Si los sabañones son de los pies y se tiene que salir, no debe conservarse la «Ambrine» durante el día. Una aplicación renovada cada 12 horas asegura una rapidez extraordinaria en la curación. En el tratamiento de sabañones graves no debe producir temor alguno si se nota que la llaga se extiende en vez de disminuír. Esto es debido a que la «Ambrine» tiene la propiedad de eliminar los tejidos de malas clases violáceos o azulados que se forman alrededor de la llaga, produciendo después rápidamente la curación. Es necesario, pues, seguir el tratamiento aun cuando a primera vista parezca que no da resultados inmediatos.

Venta en todas las Droguerías y Farmacias.

Dep. Gles.: Illa & Cia., Maipú, 73—Buenos Aires.

¿ESTÁ Vd. HERNIADO?



Si usted está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos *para curar la hernia*, pero sin resultado; es también muy posible que habrá *sido* OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe usted desechar esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas, que han sanado con su aplicación, sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escríbame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídalo ahora mismo a

S. MORASSUT (ESPECIALISTA)

SARMIENTO 1584 — ROSARIO (Argentina)

Evite el naufragio de su vida



¡SALVESE!

Los síntomas de tuberculosis incipiente, los catarros pulmonares o bronquiales, etc., deben combatirse enérgicamente, estimulando las defensas del organismo para su pronta curación. Oponga usted un dique al mal tomando hoy mismo

Bronquialina Ruxell Regenerador de los pulmones

En jarabe y pastillas. De acción rápida y segura.

Venta en las farmacias.

CUPON

Sr. FEDERICO TAUBER. — E. Unidos, 1499.
Sírvase remitirme una muestra GRATIS de Pastillas Bonquialina Ruxell.

Nombre...
Domicilio...
Localidad...*C.C.*



CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: *Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.*

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 108.

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

¡fuerzas!



CUANDO una enfermedad ha agotado las reservas del organismo, nada hay que tan rápidamente nos devuelva las fuerzas como

Quaker Oats

La sangre se enriquece de nuevo, los músculos recobran su tonicidad, los nervios reviven y el cerebro recobra su vigor. Ello se debe a que Quaker Oats ***contiene todos los diez y seis elementos que el cuerpo requiere para su perfecta nutrición.*** Además es muy fácil de digerir. Los médicos lo consideran como el alimento ideal para los convalecientes.



Pida GRATIS

en cualquier época del año los valiosos folletos de las especialidades técnicas y comerciales que enseñamos POR CORRESPONDENCIA

ESCUELAS POLITECNICAS DEL PLATA POR CORRESPONDENCIA

GERENTE COMERCIAL	INGENIERO MEC. MAQ.
TENEDOR de LIBROS	INGENIERO MEC. ELEC.
JEFE CONTADOR	INGENIERO ELECTRIC.
TENEDURIA Y CONT.	CONSTRUCTOR
PERITO MERCANTIL	TECNICO CONSTRUC.
SECRETARIO COMER.	DIBUJANTE de CONST.
JEFE de CORRESPON.	RADIOTELEFONIA
ARITMETICA-MATEM.	CHAUFFEUR
JEFE de TALL. MECANI.	DIBUJO ARTISTICO
PERITO MAQUINISTA	MECANICA AGRICO.
DIBUJANTE MECANI.	PERITO AVICULTOR
PERITO INSTL. ELECT.	TECNICO AGRIMEN.

La instrucción es la mayor fuente de riqueza

No tarde en mandarnos este cupón.

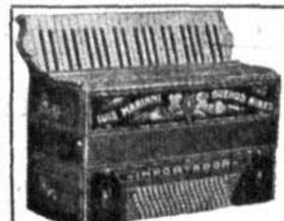
Escuelas Politécnicas del Plata
Carlos Pellegrini, 1136 — Bs. Aires

Nombre..............................
Dirección..............................
Localidad..............................
F. C. ....



¿QUIERE USTED CRECER 8 CENTIMETROS?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad, con el grandioso CRECEDOR RACIONAL del profesor Albert. Procedimiento único, que garantiza el aumento de talla y desarrollo. Pedid explicación que remito gratis y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia. Representante en Sud América: F. Más, Entre Ríos, 130. Buenos Aires



Casa LUIS MARIANI

PARANÁ, 628 - Bs. Aires

VENDE

Acordeones italianos y Bandoneones alemanes.

SE HACEN COMPOSTURAS.

PIDA CATALOGO



BIBLIOGRAFIA



LIBROS:

Vértigo de amor, novelas por E. M. S. Danero. Lecturas Selectas. Volumen XVII. Editorial Tor. Buenos Aires.

Margarita, novela por Anatole France, traducción de E. M. S. Danero, prólogo de Pedro M. Obligado. Ediciones Argentinas Cóndor. Colección Nobel. Buenos Aires.

Silbidos de un vago (potpourri), novela argentina, por Eugenio Cambaceres. Quinta edición. Editorial Minerva. Buenos Aires.

La malcasada, novela por Carmen de Burgos - Colombine. Editorial Sempere. Valencia (España).

Cuentos del amor, por José Andrés Capece, prólogo de Oscar R. Beltrán. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Carnegie Endowment for International Pease. Libro anual, 1923. Wáshington.

Historia del General Arenales 1770-1831, por José Evaristo Uriburu. Tomo I. Londres.

La Sandalia profana, por Augusto Rodríguez Larreta. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Jardines solos, por Arturo Capdevila. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Pasiones fuertes, cuentos por Lorenzo Torres Cladera. Montevideo.

Calabazatorre, novela vasca por M. Aranáz Castellanos. Librería de Alejandro Pueyo. Madrid.

Carmenchu, novela vasca por M. Aranáz Castellanos. Librería de Alejandro Pueyo. Madrid.

Canciones Agrias, poesías por Leónidas Barletta. Editorial El Libro Moderno. Buenos Aires.

Así son las uruguayas, novela, por Zenón de León. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Teatro. Alem. Canto de Amor. Amanecer. Teatro Infantil. Obras completas. Tomo II. A. y E. Casellas. Buenos Aires.

Llamas en la noche, versos de Belisario Roldán. Editorial Tor. Buenos Aires.

Carne de feria, novela, por Gontrán Ellauri Obligado. Editorial Tor. Buenos Aires.

Dolor de Espíritu, versos por José M. Braña. Ferrari Hnos. Buenos Aires.

Arte gauchesco, motivos de poesía, por Jorge M. Furt. Librería «La Facultad». Buenos Aires.

Libro Prohibido, por Solón de Mel. Méjico, D. F.

Obra completa de Benjamín Taborga. El novísimo órgano. Tomo I. Prosa. **La otra Arcadia.** Tomo II. Versos. Calpe. Buenos Aires.

El espíritu de aristocracia y otros ensayos, por Manuel Gálvez. Agencia General de Librerías y Publicaciones.

Los Sukoff, por O. Wohlbrück. Editora Internacional.

Mis ocios a bordo, por A. Wáshington de la Peña. Editores Juan Roldán y Cía.

Flores de la poesía alemana, seleccionadas y traducidas por Alberto Haas y Federico More. Editora Internacional.

Poemas de pasión y combate, por Juan Rodón. Agencia General de Publicaciones.

Obras completas de A. Manzanares. Tomo 1.º: María Guadalupe.

San Ignacio de Loyola, por el doctor Jorge Lomer. Madrid.

El pasado en el presente, comentarios de Historia Argentina por José Manuel Eizaguirre. Librería «Hispano Americana».

Srimad - Bhagavad - Gita o El Canto del Señor. Librería «La Facultad».

Obras de Ricardo Rojas. Discursos. Librería «La Facultad».

Rosas del alba, por María Enriqueta Betuaza. Talleres Gráficos de David Gurfinkel.

Folklore del Litoral, por Benjamín D. Martínez. J. Lajouane y Cía. Editores. Buenos Aires.

Jardín Secreto, por Francisca de B. Cordeiro. Monteiro Lobato y Cía. Editores. Río de Janeiro.

Doctrinas y descubrimientos, por Florentino Ameghino. 3.ª edición. Textos revisados por Alfredo J. Torcelli. La Cultura Argentina. Buenos Aires.

Miramar, en el trigésimo aniversario de su iglesia, libro histórico descriptivo del pueblo balneario y del partido General Alvarado, con 61 ilustraciones y 2 mapas. A. Pedemontes. Buenos Aires.

Cronicón del pilotaje en el Río de la Plata, por Leo Gotl. Buenos Aires.

Nocturnales, por Lino Ramón Campos Ortega. Oaxaca, 1923.

Hojas sueltas, versos, por Enrique G. Ruiz. Agencia General de Publicaciones.

Las chicas de Mar del Plata, por Virginia Paúl de Guevara. La Plata.

Paisajes y meditaciones, por Pablo Rojas Paz. Buenos Aires.

Barbaridades que se nos escapan al hablar, por Ricardo Monner Sans. Agencia General de Publicaciones.

La levita gris, cuentos judíos de ambiente porteño, por Samuel Glusberg. — Editorial Babel.

Historia de la vida de Ramón de Huillapima, por R. Sualter Martínez. 1.ª parte. — Talleres gráficos Araujo Hnos.

De la vida de las plantas, por Juan J. Carazo. — Costa Rica.

Quimera, poesías inéditas, por Adolfo Venturini.

La voz obsesionante, por Eduardo Uribe. — Costa Rica.

Música divina. Tomo II de versos. Rubén Darío, Amado Nervo, Belisario Roldán. Prólogo de Juan Pablo Echagüe. Agencia General de Librería y Publicaciones.

El minutero. Obras completas de Ramón López de Velarde. Méjico.

Almas de mujeres, por Josué Quesada.

Los soñadores del bajo fondo, Novelas, por Héctor Pedro Blomberg. Ediciones Argentinas Cóndor.

La música de las flores, por Víctor Pérez Petit. Editorial Tor.

Tronos vacantes, por Pedro César Dominici. Librería «La Facultad».

Historia diplomática de América, segundo tomo, por Valentín Urtasun. Editorial «La Acción Social». Pamplona.

El chalet de las rosas, novela grande, por Ramón Gómez de la Serna.

El alma del Quijote, por Rosa Bazán de Cámara. Jacobo Peuser y Cía.

El mirto quebrado, por Héctor M. Irusta. Editorial por J. E. y R. Smith.

Nuevas devociones, por Enrique Méndez Calzada. Editorial Babel.

El buho de la tradición, por Carmen Guiñazú de Berrondo. Editorial L. J. Rosso y Cía.

Martín Fierro, La vuelta de Martín Fierro, por José Hernández. Editorial La Cultura Argentina.

La vida privada de Miguel Tessier, por Eduardo Rod. Editorial Bayardo.

Palpitaciones, por Antonio Alejandro Venini. Editorial Bayardo.

El puerto y otros poemas, por Enrique González Rojo. Editorial Cultura.

Hojas dispersas, por Juan José Vélez. Córdoba, 1924.

"Labor Internacional". Discursos. Prólogo de Enrique José Varona, por Cosme de La Torriente. Habana.

"La Cuarta Asamblea de la Liga de las Naciones, por Cosme de La Torriente. Habana.

Rimas de inquietud, por Germán Carrasco. Editorial Manuel Gleizer.

Las de hoy, novela por Enriqueta L. Lucero. (Carmen Luna). Editorial Tor.

Páginas de Roldán, por Belisario Roldán. Editorial Tor.

Desde la platea. Nuevas críticas negativas, por Nicolás Coronado. Editorial Babel.

Sin rumbo, por Eugenio Cambaceres. Editorial Minerva.

Amadís de Gaula, arreglado por Carmen Burgos. Editorla Sempere. Valencia

FOLLETOS:

Justicia Sagrada, drama en 3 actos, original de Luis Ciesco. Imprenta Merino. Buenos Aires.

Novísimo método teórico-práctico de Taquigrafía Mecánica, por Julián Treceño.

Estudios de filología: La lingüística, por Juan Knowles.

Institución Cooperativa del personal de los FF. CC. del Estado.

Florilegio de la Venerable María Antonia, por el P. Grenón, S. J.

El cultivo de la yerba mate, en Corrientes.

Función patriótica y social de la Conscripción obligatoria, por Dionisio Napal, capellán de la Armada.

Guía Peuser, desde Junio de 1924.

Por la pureza del idioma, apuntes útiles, por Alberto A. Roveda.

REVISTAS:

Terra de sol, Revista de arte e pensamento, Edición del Anuario del Brasil. Números 4 y 5.

Revista Diplomática Argentina. Año V. Número XLIII. Buenos Aires.

Revue de L'Amerique Latine. Marzo 1925. París.

Estudios Jurídicos (Revista de la Sociedad). Enero-Marzo 1924. Quito.

Juvencia, órgano de la Cruz Roja de la Juventud.

GUIAS:

Guía Comercial Edelman. Año de 1924. Talleres Gráficos M. Neuman y Cía. Buenos Aires.

CARNETS:

Club Atlético "River Plate". Año de 1924.

MUSICA:

Raquelita, tango con letra para piano y violín, por Haydée Isabel Porta. Buenos Aires.

Italia Nova. Inno. Saludo augural a la R. Nave «Italia» en su jira por la América Española, letra de Carlo Ravasio, música de Rodolfo Zanni. Buenos Aires.

ALBUM:

Campo experimental en Olivos, de las semillas de trigos originales "Strampelli", por Pacífico Toscano.

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

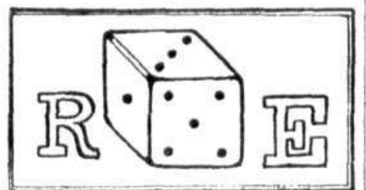
N.º 1

Comprimido, por Félix Valencia (Ciudad).

MEDIDA DE PESO **FO** NEGACION

N.º 2

Intercalación, por Jacobo Zaslabsky (Ciudad).



N.º 3

Comprimido, por P. G. Rey (Mar del Plata).



N.º 4

Frase interpretativa, por P. G. Rey (Mar del Plata).



N.º 5

Comprimido, por P. G. Rey (Mar del Plata).

ACCIDENTE MARITIMO Y MEDIDA

N.º 6

Comprimido, por Rubén Sajanovich (Clara, F. C. E. R.)

P ∀TON NOTA VOCAL

N.º 7

Comprimido, por «Gil Blas» (Montevideo, R. O).

M 1

N.º 8

Comprimido, por «Gil Blas» (Montevideo, R. O).

N VERBO V

N.º 9

Comprimido, por «Gil Blas» (Montevideo R. O.).

NOTA 100 NOTA NOTA 50

N.º 10

Comprimido, por «Gil Blas» (Montevideo, (R. O).

MAN MAN

N.º 11

Comprimido, por Héctor Roldán (Ciudad).

F BEBIDA AA

N.º 12

Comprimido, por Héctor Roldán (Ciudad).

E RO

N.º 13

Logogrifo-jeroglífico, por Héctor Roldán (Ciudad).

D I O S

4 3 2 1

N.º 14

Comprimido, por Héctor Roldán (Ciudad).

C RA

N.º 15

Obra clásica comprimida, por «Bal» (Ciudad)

ARTICULO COMERCIANTE 500 CIUDAD ITALIANA

N.º 16

Comprimido, por «Bal» (Ciudad).

— BUENA ESPERANZA

N.º 17

Comprimido, por «Bal» (Ciudad).

NOTA RU

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del *interior* y *exterior*.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — **Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.**

CONCURSO DE PASATIEMPOS

JULIO DE 1924

CUPON N. 1348

Concursos próximos. — A pedido de numerosos lectores, en concursos próximos publicaremos pasatiempos de soluciones más fáciles.

Concurso de Julio. — Se reciben soluciones hasta el 15 de Agosto inclusive.

—

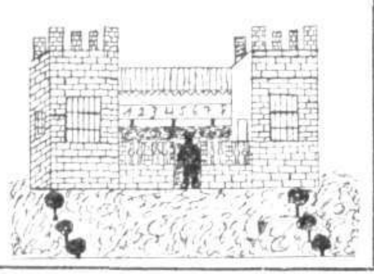
Nota. — Se recomienda muy especialmente a los señores colaboradores, cuando envíen un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pie del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

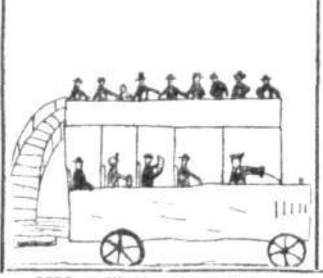


1753. — El conscripto Terrero en el tiro federal de mi pueblo.
ELENA F. MAGNIN.

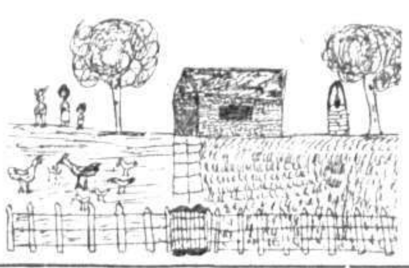
1754 — Los niños se divierten.
ELISA BALLA. — Roma.



1755. — Una manifestación.
ERNESTO GEIPEL.



1756. — El ómnibus rosarino.
DAVID R. CUSPIN.



1757. En el campo.
ESTELA B. GARASSINA.



1758. — Una mañana de campo.
HÉRCULES PATITUCCI.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



LAS DOS SEMILLAS



Dos semillas yacían desde largo tiempo en el fondo del cajoncito de un agricultor: una era de trigo y la otra de arveja. Desde hacía dos años que estaban allí olvidadas, y parecían muertas, muertas como la tierrecita que las cubría cada vez más densamente. Las semillas eran muy infelices por su inutilidad aparente. ¿Cuándo se acordaría el buen agricultor de sacarlas de allí y depositarlas en la tierra? ¿Cuándo podrían agitarse en su seno bienhechor y demostrar que servían para algo?

Un día se hizo limpieza general en la casa del agricultor, y aquellas semillas junto con el polvo que las cubría, fueron arrojadas en un cantero del jardincito que rodeaba la casa de aquél.

La tierra estaba seca y las simientes permanecieron durante varios días privadas de vida, como lo habían estado en el cajoncito. Las semillas se desesperaban en el ansia de ser útiles.

—¿Habrá un mal mayor que el que a nosotras aqueja? —dijo cierta noche la semilla de trigo a la de arveja.

—Sí —respondió la segunda,— tanta gente que, en el mundo, a pocos pasos de aquí, no hace nada de provecho, porque gusta de la ociosidad, y nosotras que anhelamos ardientemente servir para algo, no se nos tiene en cuenta.

—¡Siquiera al pasar algún ser, reparara en nosotras!

—Es que somos de apariencia humildísima. ¿Cómo quieres, pues, que se fijen?

—Es verdad.

Y así un día y otro día las pobrecitas semillas proseguían en sus lamentaciones, pero, conservando siempre la esperanza de mejorar de suerte.

Una tarde cayó un aguacero y lavó, por así decirlo, toda la tierra; después se desencadenó un viento que duró varios días. Las dos semillas, por efecto del agua, se hundieron un poquito en la tierra húmeda y fría. A los dos días de cesar el viento, fué dado contemplar la salida de la tierra de un brotecito verde, muy verde. Después de unos días más se vieron unas hojitas finitas, de un verde transparente, que parecían contentas de contemplar la luz y de respirar el aire.

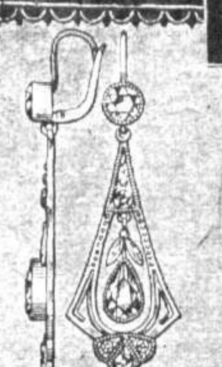
Seguidamente se vió también a la arveja libertarse del terroncito de tierra que la cubría y partir la cáscara. Un día ésta se abrió y mostró unas cositas carnosas que propiamente no podían llamarse hojas. Pero, transcurrido un poco de tiempo, hicieron irrupción las verdaderas hojitas, y entonces la planta se lanzó realmente a la vida.

Así aquellas dos semillas que parecían inútiles por su apariencia de muerte, dieron dos plantas: una de trigo y otra de arveja. El agricultor las contemplaba alegremente. Ellas crecían en medio de sus violetas y de sus pensamientos, quienes ignoraban, como él, las angustias pasadas por las dos simientes que ambicionaban ser útiles.

Y, que lo fueron al fin.

ADELIA DI CARLO

PRECIOS QUE SE IMPONEN



N.° 528. — PLATA 900, gancho de oro, zafiro y químicas, a. $ 6.90



N.° 124. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quím., $ 9.00



N.° 548. — ORO 18 Fix cincelado artístico a mano con un brillante químico fino, ... $ 14.00



N.° 510. — PLATA 900 para señorita, con el nombre en esmalte, a $ 3.90
De oro 18 kilates, macizo, a ...... $ 16.—



N.° 550. — GEMELOS plata 900, con iniciales en esmalte, el par, a $ 4.50
DE ORO 18 kilates, a .... $ 23.—

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a 2 centavos cada uno. Al hacer su pedido escriba claro, nombre, apellido y dirección.

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS



UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.—
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, macizo. Precio excepcional ...... $ 45.—



N.° 551.
PULSERA para señora o señorita, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte $ 5.—
La misma, de oro 18 kilates, garantido .... » 15.—

Con CADENA doble y medallón enchapado en oro.

Con CORTAPLUMAS enchapada, dos hojas.

$45 $45



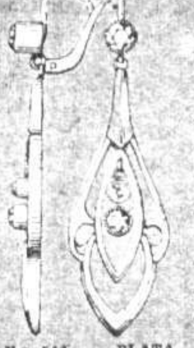
¡Gran Ocasión!
N.° 556. — Este hermoso reloj chato, plaqué de oro 18 k. inalterable, garantido 10 años, máquina áncora, 15 rubíes, garantía 5 años, más, como REGALO, una cadena doble con medalla, un cortaplumas ench. en oro y con monograma grabado, todo por pesos 45.00



¡OFERTA EXCEPCIONAL!
RELOJ de plata 900, máqu. Suiza, áncora, 15 rubíes, con pulsera de gamuza fina, para cab. $ 23.00
EL MISMO enchapado en oro 18 kil., garantido 10 años. Precio nunca visto hasta ahora, ... $ 25.00
Con cada reloj regalamos un vidrio de repuesto.

LA SUIZA AMERICANA

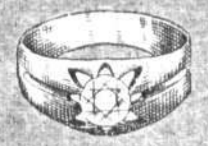
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 = BUENOS AIRES



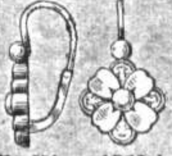
N.° 544. — PLATA platinada y zafiro o color, pesos 4.00



N.° 141. — PLATA 900 liso, con iniciales que se deseen en esmalte, a pesos 5.00



N.° 552. — ANILLO ench. en oro 18 K., con un brillante químico, a pesos 5.00



N.° 554. — AROS de oro para señora, señorita, con perlitas, a ... $ 5.90
Los mismos para nena pesos .... 4.—



N.° 530. — GEMELOS de oro 18 fix, cincelados, el par pesos 10.00

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER.

Enviamos los pedidos por vuelta de correo.

I S A B E L

BELLA COMO LA NOCHE
Y COMO ELLA INSEGURA...

ALFREDO DE VIGNY



TERMINABA una fiesta de esponsales en el castillo de Fonteval a eso de media noche. En el parque, entre altas alamedas de follaje iluminado todavía con guirnaldas venecianas, los músicos, sobre un estrado campestre, habían dejado de tocar. Los hidalgüelos de las cercanías se dirigían a la puerta principal en busca de sus coches, y los lugareños invitados regresaban por los atajos a sus casas, cantando como de costumbre, tanto más cuanto que habían trincado hasta la embriaguez, debajo de las encinas, ante el tonel adornado con cintas de los colores de la recién casada.

El nuevo dueño, Gabriel de Plessis les Houx, había contraído matrimonio en la mañana de aquel hermoso día ya deshojado, en la capilla de la rica mansión, con la señorita Isabel de Fonteval, una Diana Cazadora, blanca, de pelo negro y ojos azules, una esbelta muchacha con aire de amazona. ¡Veinte y veintitrés años!... Guapos, elegantes y ricos, el porvenir anunciábase para ellos del color de la aurora y del cielo.

Isabel había abandonado el baile a las diez y y se hallaba indudablemente en su dormitorio. Las gentes del castillo, con las ventanas apagadas, parecían entregadas al sueño.

Y sin embargo, frente a las salas de juego, en el invernadero que precedía a los jardines, dos hombres, alumbrados por un candelabro colocado sobre un velador rústico, hablaban en voz baja, sentados en estrecha tertulia, en unas sillas verdes de mimbre. Uno de ellos era Gabriel de Plessis y el otro el barón Gerardo de Linville, su tío, hombre de mundo y antiguo diplomático de buena fama. Cediendo a insistentes ruegos de su sobrino, el señor Linville, en vísperas de un viaje a Suecia — donde le llevaba una misión reservada, — había consentido en pasar la noche en el castillo.

— Querido barón — exclamó de pronto Gabriel,— debo dar a usted las gracias por haberse quedado. Sólo usted puede darme un consejo útil en esta situación gravísima por la que atraviso. Yo le he contado a usted el entusiasmo, el amor intenso, loco, que siento por mi mujer; pasión que a veces me hace palidecer y contestarla con timidez balbuciente cuando ella me dirige la palabra, Pues bien: presiento que Isabel sólo experimenta por mí la más frívola de las simpatías; en una palabra, que no me ama. Es una muchacha acostumbrada a manejar caballos y escopetas, una mujer violenta, indomable, hastiada, muy viril bajo su apariencia encantadora y que conociendo mi dulzura, adivinando el sufrimiento que hay en mi adoración por ella, me desdeña en el fondo. Isabel me ha *aceptado* y nada más, tanto por mi fortuna, como por tenerme a su servicio como a un verdadero esclavo. Por consiguiente, probablemente, o quizás con seguridad, me traicionará tarde o temprano. ¡Me encuentra demasiado apacible, demasiado *artista*, demasiado en *las nubes*, sin CARÁCTER, en fin! Una usted a esto que, a pesar de todo, la creo de una penetración espiritual casi *misteriosa*. ¡Es una verdadera adivinadora!... Así, desdeñosa, creída, con una idea tan pobre de mí, desobediente e imperiosa, me ha notificado esta noche ¡que ha organizado una cacería a caballo que ha de comenzar mañana, casi al amanecer! ¡Parece querer demostrar a la gente con ese rasgo absurdo que no da importancia a nuestra noche nupcial, que ha de transcurrir para mí triste y solitaria! Si semejante estado de cosas dura ocho días, vendrá lo irremediable y estaré perdido, intente lo que intente en adelante; y no podrá acabar todo sino en un desenlace trágico, pues mi naturaleza, una vez que se la obliga a *bajar a la tierra*, es como la del explosivo más violento. Por lo tanto, deseo preguntar a usted, que es hombre sagaz y experto, no solo porque ha vivido mucho, sino porque ha sabido vivir, si ve usted algún medio de modificar en mi mujer esa opinión desoladora que tiene de mí. ¿Imagina usted algún recurso para que me quiera, para suscitar en su juicio la certeza de mi CARÁCTER? En eso está el *quid*. Seguiré su consejo, sea el que fuere, al pie de la letra, como si tomase la medicina prescrita por un eminente doctor; a usted me entrego como se entrega uno a sus testigos en un lance de honor, ya que se trata de algo que interesa a la vez a mi honor y a mi felicidad.

El barón envolvió con una mirada alegre y clara a su sobrino, mientras reflexionaba un momento, y después se inclinó hacia él y por espacio de cinco minutos musitó a su oído unas palabras que le hicieron temblar, sumiéndole en un silencio atónito y sombrío.

— Salgo mañana para Estocolmo — añadió después en alta voz el señor de Linville, levantándose. Escríbeme el resultado. Sobre todo, procura portarte con la sencillez que te aconsejo.

— ¡Gracias de todo corazón! Buen viaje y... hasta la vista — respondió Gabriel, levantándose también y estrechando su mano.

Los dos rezagados subieron a sus respectivas habitaciones. Aquella noche el encargado de negocios debió dormir mejor que su sobrino.



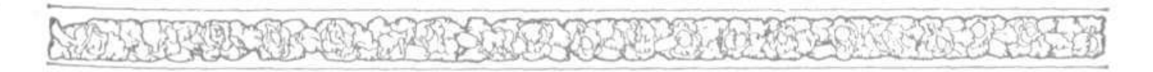
— ¡Buenos días, holgazán!... ¿Ya ríe el sol y aun duermes, Gabriel?... — gritó Isabel bajo las ventanas de su marido, gallardamente montada sobre un alazán obscuro que piafaba, mientras ladraban a su alrededor y retozaban con alborozo los galgos y los perros de caza. Con el entrecejo graciosamente fruncido, al dirigirse a la ventana de su esposo, titilante el azul claro de sus ojos, azotaba el aire nerviosamente con su delgada fusta.

El galope de un caballo que avanzaba a su espalda le hizo volver la cabeza: el jinete era Gabriel.

— Mi querida Isabel, ya ves que llego diez minutos antes, como debe ser — dijo saludándola.

— ¡Sí, es verdad! ¿Y soñabas por el bosque? ¡Tu





rostro irradia optimismo! ¿Quizás repentizabas?...

— Sí... este ramo para ti, con estos tres capullos de rosa y estas hojas de verbena.

— ¡Qué galante! — contestó frívolamente Isabel, plantando las flores entre dos botones de su chaqueta.

— Ese es mi deber... Y además la verbena preserva de accidentes — dijo fríamente el señor de Plessis.

Un poco sorprendida por el tono serio de su marido, la elegante amazona le miró fijamente.

— ¡En marcha! — replicó con impaciencia, después de unos segundos de silencio. — Almorzaremos allá abajo, en cualquier claro del bosque, sobre la hierba.

Durante las primeras horas de la cacería Gabriel pronunció muy pocas palabras, aunque todas ellas denotaban buen humor e interés por la caza. Mató dos liebres, un faisán y ocho codornices, que metió en la red de su mochila el único montero que les acompañaba.

Hacia medio día se apearon en una soberbia plazoleta de copudos árboles. Después de tomar unas lonchas de empanada, dos vasos de champagne, un puñado de fresas del bosque y café, Gabriel, que había almorzado distraído esbozando el proyecto de una batida a los lobos para aquel invierno, encendió un cigarrillo.

— ¡A caballo! — dijo lanzando la última bocanada, — si es que has descansado ya, Isabel...

— ¡Vamos! — contestó ella.

Y partieron de nuevo. De pronto, a treinta pasos de unas matas, una liebre cruzó de parte a parte el camino como una exhalación. Los perros se precipitaron; Gabriel tiró en seguida y la falló.

— Ha sido ese imbécil de «Moro» — dijo con una fría sonrisa, cargando de nuevo y con rapidez su arma. — Se ha colocado entre la liebre y yo cuando apuntaba.

Y haciendo fuego otra vez, dejó seco a cien pasos de él, de un certero balazo, al magnífico perro de caza a quien acababa de acusar.

Ante aquel inesperado espectáculo, Isabel se estremeció.

— ¡Cómo! ¿Por qué has matado a ese perro haciéndole culpable de tu torpeza? — exclamó un poco sobrecogida.

— Y bien que lo siento, porque le quería mucho — respondió tranquilamente Gabriel. — Pero yo soy así: no puedo soportar una contrariedad sin un impulso a menudo violento. Si fuera soldado, tengo la seguridad de que me fusilarían a las veinticuatro horas. Es un defecto que me hizo ser batallador en mi infancia y del cual he querido corregirme, aunque hasta ahora inútilmente. Lo intentaré de nuevo sólo por complacerte.

Isabel apretó en su puño la fusta y guardó silencio algo pensativa.

Emprendieron otra vez la marcha. Y a continuación el señor de Plessis habló de todo menos del incidente... ya olvidado.

Una hora después, al mismo tiempo que se levantaba un bando de perdices frente a ellos, con su ruido especial, Gabriel se echó la escopeta a la cara y tiró: ni una sola de ellas perdió una pluma.

— ¡Verdaderamente esto ya es intolerable! — refunfuñó en voz baja, pero tranquila. — Ha tenido la culpa esta maldita yegua: ha dado un respingo en el preciso momento en que apuntaba.

Y dicho esto, cogió una pistola del arzón delantero, apoyó fríamente el cañón en la oreja de su cabalgadura y le abrasó los sesos. Dando un asalto de costado, se tiró al suelo y evitó airosamente el ser derribado por el animal, que, cayendo de flanco, quedó inmóvil después de una breve agonía.

Esta vez Isabel, atónita, abrió cuán grandes eran sus ojos azules.

— ¡Pero esto es inconcebible! ¡Es ya la locura! ¿Qué te pasa, Gabriel, para matar un animal tan hermoso, ¡un «pura sangre!» por haber errado un tiro?

— Lo lamento, Isabel; pero creo haberte revelado hace un rato, confidencialmente, una debilidad innata que padezco. Te lo repito: ¡es algo superior a mi voluntad, pero no puedo soportar la menor contrariedad! ¡Montero, déme su caballo y síganos a pie, porque ya nos volvemos!

Ya en su nuevo caballo y al cabo de un momento, cuando se quedaron solos los dos en el camino al final del que se perfila el castillo, murmuró Isabel:

— Francamente, no consigo tranquilizarme aunque piense en las propiedades mágicas de tu ramo de verbena. ¿Así cumples la promesa de domar tu carácter irascible para serme agradable?...

— Esta vez, en efecto, la fuerza de la costumbre ha desbaratado mis buenas intenciones — contestó el joven. — Pero yo sabré, querida Isabel, tener más cuidado de hoy en adelante; yo sabré dominarme. Sí: por complacerte, por merecer tu estimación, procuraré volverme, ya que no sufrido y dulce como Job, siquiera algo menos propenso a exaltarme.

Esto fué dicho con una finura glacial. La señora de Plessis les Houx guardó silencio hasta Fonteval, adonde llegaron con las primeras sombras de la noche.

La cena fué, no obstante, encantadora.

Aquella noche la castellana no echó — sin duda por descuido — el pestillo de su habitación. Y cuando juntos, embriagados con su ternura, se murmuraban deliciosamente todo lo más inefable que tenían en el fondo del alma, Isabel se quedó mirando a su marido con aire singular; luego, muy bajito, a la suave claridad de la azul lamparilla, que palidecía ante el hermoso amanecer veraniego, le dijo a su esposo y amante:

— Gabriel, un sólo día te ha bastado para conquistarme... ¡y de qué modo! No por esa magnífica bravura que ha tomado por blanco a dos animales inocentes y de la cual me he sonreído interiormente, sino porque el hombre que posee la firmeza necesaria para llevar a cabo *durante un día y una noche así, sin delatarse un sólo instante y en presencia de la mujer por quien sufre*, el buen consejo de un amigo leal y de perspicacia indudable, *demuestra por ese sólo hecho ser superior al consejo mismo y da prueba, por por lo tanto, de tener suficiente* CARÁCTER *para ser digno de amor*. Puedes añadir esto en la carta de acción de gracias que seguramente has prometido escribir a Estocolmo, a nuestro tío y amigo el barón de Linville.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM





ADOLFO ALSINA. — Alumnos de la Escuela Fiscal N.° 366 "Juan M. Bullo" que bajo la dirección de su directora celebraron el 108.° aniversario de la jura de la Independencia.

CINCO MINUTOS

Cinco minutos pueden engendrar sinnúmero de posibilidades; en cinco minutos hay tiempo para el mayor crimen o el mayor heroísmo... Si quieres, lector, saber lo que son cinco minutos, oye esta historia: Un reo comparece ante el tribunal del pueblo. El defensor prueba hasta la evidencia, echando mano de testimonios y documentos, que el reo (acusado de robo con fractura y asesinato) no había podido cometer aquellos delitos, por la sencilla razón de que cinco minutos antes y cinco minutos después de perpetrados, se le había visto fuera de la esfera del crimen. Esto era casi probar la coartada.

"En cinco minutos, señores, concluía el defensor, es imposible saltar la tapia de un jardín, romper un vidrio, abrir la vidriera, entrar, matar al dueño de la casa, llevarse los valores forzando un mueble y escapar escalando de nuevo la tapia"...

El jurado se impresionó; el reo hubiera sido absuelto. Pero el agente del ministerio público solicitó del juez que antes de que los jurados deliberasen, los asistentes permanecieran en silencio "durante cinco minutos", a fin de que todo el mundo se diese cuenta de lo que estos cinco minutos significaban.

¡Aquellos cinco minutos no acababan nunca!

Los asistentes al compás del reloj imaginaban, sin duda, las diversas fases del delito y encontraron que había habido sobradísimo tiempo para cometerlo.

Cuando hubieron pasado los interminables trescientos segundos, el fiscal dijo sencillamente: "Ahora, señores jurados, ya sabéis lo que son cinco minutos". — AMADO NERVO.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL	En EL INTERIOR	EN EL EXTERIOR
Trimestre .... $ 2.50	Trimestre........... $ 3.00	Trimestre .... $ oro 2.00
Semestre......... » 5.00	Semestre.......... » 6.00	Semestre ..... » » 4.00
Año................ » 9.00	Año.............. » 11.00	Año............ » » 8.00
Número suelto... 20 ctvs.	Número suelto.... 25 ctvs.	
Número atrasado del corriente año.. 40 »	Número atrasado del corriente año..... 50 »	

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



COLONIA SANTOMAYOR. — Personal directivo, docente y alumnos de la Escuela Fiscal N.° 344 que conmemoraron con una hermosa fiesta escolar el aniverxario patrio.

EL PUENTE DE SYDNEY

Uno de los mayores puentes del mundo será el de Sydney (Australia), destinado a franquear el puerto y reunir la ciudad a su barrio de Sydney-Norte.

Este puente será un puente metálico, en arco, que medirá 1.149 metros de longitud total. El arco principal, que franquea de un solo tramo el brazo de mar, tendrá una luz de 502,90 metros.

Será dicho puente uno de los mayores del mundo, toda vez que el de Neuvolfork no tiene más que 300 metros de luz.

Los puentes de Forth (518 metros) y de Québec (547 metros) son los únicos que le son superiores.

Se trata de puentes metálicos.

AFORISMOS SELECCIONADOS

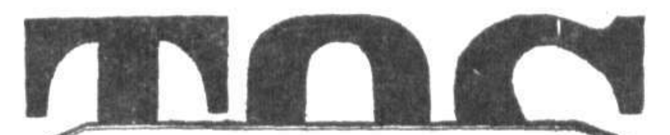
—Las naciones más salvajes, a menudo, tienen los idiomas más suaves.

—Las personas enfermizas o con defectos, a menudo, poseen capacidades para cuya adquisición, las personas normales tendrían, posiblemente, la capacidad pero no la tenacidad.

—El exceso de lecturas produce una forma erudita de la barbarie.







TOS

CURACIÓN PRONTA Y SEGURA

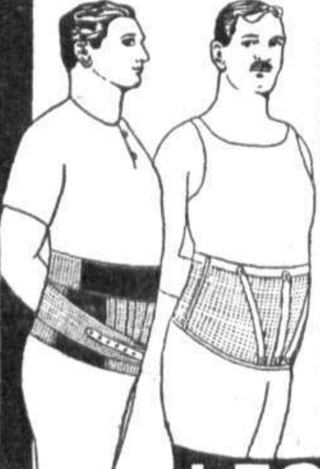
CON LAS

PASTILLAS del Dr. ANDREU

De venta en todas las Farmacias

Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.

FAJAS "Dr. DIVAI"



Estas nuevas Fajas en sus distintos modelos del *Dr. Divai*, de la Facultad de Medicina de París, para *Señoras* y *Caballeros*, dan una elegante conformación *al talle*, reduciendo las líneas prominentes del cuerpo, siendo al mismo tiempo las más eficaces para combatir la OBESIDAD, VIENTRE CAIDO, DILATACION DEL ESTOMAGO, RIÑON MOVIL, HERNIA UMBILICAL, EVENTRACION, y modelos especiales para el *embarazo* y *operados*, etc., etc.

Especialidad en fajas de caucho (goma), desde $ 20.

Pídase personalmente o por carta el *catálogo ilustrado* con *sesenta fotograbados*, que remitimos GRATIS, por retorno de Correo.

Dirigirse a Leonard Prodel, Avenida de Mayo 1172, Buenos Aires.



LEONARD PRODEL

AVENIDA DE MAYO 1172 - Bs. As. ♦ CASA MATRIZ 11 rue SAINT LAZARE Paris.

LA FALDA SIERRAS DE CORDOBA

El rincón más sano y delicioso de la Argentina para toda época del año.



Para informes, al "EDEN HOTEL", La Falda, o en Buenos Aires: BARTOLOME MITRE, 552, U. T. 2159, Avenida



Banquete de confraternidad ofrecido por los cronistas rosarinos a los colegas porteños en jira a esta ciudad.

Cabecera de la mesa en el banquete dado por la institución "Tráfico F. C. C. A." con motivo de celebrar el décimo aniversario de la fundación.



EL PEDIGREE Y LA BUENA SANGRE DAN SIEMPRE BUENOS RESULTADOS.—LOS PEDIGREES EN LA MESTIZACION DE HACIENDAS

Los que residen fuera de la capital y leen las informaciones de los diarios, deben, sin duda, haberse sorprendido al enterarse que durante la segunda y la tercera semana del mes pasado, en el mercado de Liniers los frigoríficos locales tuvieron en diversas oportunidades que pagar mas que los mercados de Londres por *cierta clase de novillos.*

Esto se debe, indudablemente, a la escasez de la clase de animales que producen la carne solicitada en los mercados extranjeros, demanda que los frigoríficos locales, no pueden descuidar, y por eso la competencia entre compradores ha resultado en favor de los productores. En pocas palabras: la ley de la oferta y la demanda ha demostrado una vez más su poder, y a despecho de probables pérdidas, los frigoríficos debieron acatar órdenes.

Pero, repito, no es el hecho de que yo quiera *hoy llamar la atención;* lo que yo quisiera inculcar a criadores e invernadores es el hecho de que los precios altos fueron obtenidos por novillos de buena calidad, a pesar de que eran bastante pesados. Admitido que ha sido el invernador el que ha recogido más provecho que el actual criador de la venta de novillos y vacas gordas durante los pasados tres años, ahora hay que admitir que el invernador debe ser todo lo cuidadoso posible en la selección de los animales que compra con el propósito de engordar. E insisto nuevamente en *que este éxito de la hacienda gorda* para matarifes o frigorífico depende enteramente de la clase y calidad de los animales adquiridos o criados con ese propósito, según sea el caso.

Place, ciertamente, hacer resaltar que la importancia de criar o comprar solamente la mejor calidad de animales es, al fin y al cabo, la última aspiración del estanciero e invernador argentino, pero éstos han necesitado años de rudas lecciones para llegar a comprender tal cosa. El hacendado está ahora descubriendo que es una falsa economía la de criar o comprar mala calidad de hacienda, puesto que come tanto, y en muchos casos más, que aquella de buena calidad; y además de lo que consume un animal de mala clase (en lo que se refiere al provecho de los dueños), en el renglón de la carne de chancho, se consigue una carne pobre o enferma, de estructura tosca y angular, que exige el doble de tiempo para llegar a la madurez o perfección, y cuando esto sucede, sus carnes son considerablemente inferiores en cantidad a las de aquellas de un animal de buena calidad y bien criado.

En mi último artículo me refería a los precios bajos que se cotizaron en las primeras ventas de este año de vaquillonas Shorthorns, y desde entonces, los demás lotes se vendieron sin llegar a mejor resultado; en cambio, algunos toros de buena calidad y excelentemente presentados, provenientes de un rebaño importante, no gozaron de mucha demanda.

«Criar lo mejor y nada más que lo mejor», debiera ser el estribillo de toda *persona relacionada o comprometida* en la prosperidad de la industria ganadera; y cuando es posible obtener animales de pedigrée a precios razonables, entonces, ambos, el grande y el pequeño criador, deberían aprovechar la oportunidad de perfeccionar la calidad de sus haciendas. No obstante, naturalmente el criador de Shorthorns de pedigrée hace oir hoy en día sus lamentaciones por los hechos de todos conocidos, pero aun así debe tener las energías necesarias para conseguir que sus animales sean colocados en el mercado con la *menor pérdida posible.*

Muchos de los animales de pedigrée que han salido a la venta este año han costado a sus propietarios, para alimentarlos y prepararlos, casi tanto como lo obtenido en la subasta; pero, ¿es preciso dar mucha carne y grasa a los animales destinados a la cría? Yo digo que *no.* Y cuando se haya reconocido que los animales de pedigrée y buena calidad en su estado natural son los verdaderamente solicitados por la generalidad de los criadores de hacienda para exportar, entonces el criador de animales de *pedigrée obtendrá más ganancias.*

Como observaba yo en mi último artículo, es indispensable la existencia de personas que se dediquen a la producción de animales de pedigrée, y el aumento de esta clase de criadores significará — es de esperarlo en el interés de la industria y del país — con el correr del tiempo la desaparición de la hacienda ordinaria que hoy aún está demasiado en evidencia en muchas partes de nuestro país. Uno de los principales puntos en favor de los animales bien criados, es que ellos maduran o se perfeccionan pronto, y *animales que se perfeccionan* a una edad temprana y realizan a esa edad lo que los ordinarios uno o dos años después, deben demostrar una considerable ventaja.

Es un dicho común que el animal de buena clase, colocado bajo una cuidadosa dirección, no está nunca flaco. Siempre tiene una buena capa de carne natural, los huesos y músculos son de contextura delgada y transforma cada onza de comida maravillosamente. Los buenos pastos y los cereales no son inútiles en el desarrollo de una buena calidad de *animal compacto, pero éstos son* despreciados en la cría de un animal flaco, huesudo y de calidad inferior. Por otra parte, es un hecho conocido que los novillos de buena calidad son menos consumidores comparados con los de calidad inferior. De una construcción más delgada y compacta y llevando abundante condición natural, el apetito es menor y el gasto de alimento más pequeño que en el caso de animales de grande y tosca estructura con muchos músculos y *huesos y poca carne natural.* Los animales de calidad inferior parecen tener hambre siempre, y, lo que es peor, no asimilan proporcionalmente el alimento.

Una prueba sorprendente de lo que significan pedigrée y sangre fué realizada recientemente en Jackson City, Missouri (Estados Unidos). La demostración se hizo con el propósito de evidenciar el efecto acumulativo del uso de toros puros en vacas inferiores en la producción de hacienda para el consumo. Y el resultado de muchos años de paciente investigación estaba allí a la vista del público. En un corral se exhibían cinco toros Shorthorn de pedigrée, seleccionados de descendientes de padres representativos, criados en Inglaterra y América, y ellos debían hacer las veces de «Deus ex machina» en el experimento. En un corral adjunto había varias vacas de la clase más ordinaria del punto de vista de la carne, vacas que aquí, en nuestro país, llamaríamos criollas, pero que, sin embargo, eran sanas y buenas lecheras. Luego, en una serie de otros corrales había representantes típicos de la prole de aquellos padres, y el resultado subsiguiente de padres puros con ellos, dentro de la segunda generación.

Según lo manifestado, no había intención de escoger entre lo mejor o lo peor de los ejemplares en ambos casos, pero la segunda generación de novillos y vaquillonas era mucho mejor que la primera. Había dos corrales juntos: uno conteniendo novillos de la primera cruza, de un año de edad, *esto es,* el resultado de la cruza de las vacas viejas con toros de pedigrée, y el otro corral conteniendo novillos de un año de edad de la *segunda cruza, esto es,* la producción de toros de pedigrée y algunas de las hijas de las vacas viejas. Ambos lotes habían recibido los mismos alimentos y los mismos cuidados, pero mientras la primera cruza de novillos proporcionó 850 libras de peso cada uno y eran avaluados por los expertos en catorce pesos cada cien libras, la segunda cruza de novillos proporcionó 1060 libras cada uno y fué avaluada en 17 pesos por cada cien libras. De esta suerte, en cualquiera de los novillos el resultado del uso de padres de pedigrée era casi de $ 6.50.

He aquí una innegable prueba de la eficacia del uso de los buenos toros en las tareas de la mestización.

GUILLERMO ST. PETERS.

De Santa Fe

Diversos aspectos de los festejos realizados en esta ciudad conmemorando el 108.º aniversario de la Jura de la Independencia.

EL TURBANTE, EL LÁTIGO Y LA ALFOMBRA MÁGICOS



Una vez eran dos hermanos, huérfanos de padre y madre.

Con su parte de herencia, el mayor abrió una tienda; pero el pequeño derrochó en placeres continuos lo correspondido del capital de sus padres.

Cuando se quedó sin dineros, acudió a pedírselos al hermano mayor, que no pudo negárselos.

Pero como sus peticiones le molestaran con demasiada frecuencia, decidió poner a salvo lo que aun le restaba de su fortuna, y liquidando sus negocios, emigró a Egipto.

El hermano pequeño comprendió las intenciones del mayor, y antes que el barco que había de conducirle se hiciera a la vela, cogió un bote, dispuesto a impedirlo, y se colocó en el puerto para observar cuándo el hermano embarcara.

Pero el mayor descubrió la maniobra y entró en el barco por la parte opuesta a la que veía su hermano. Sin embargo, éste embarcóse también, y, no sin gran sorpresa, ambos halláronse sobre cubierta a los pocos momentos.

No hubo medio de escaparse, y los dos llegaron a Egipto.

En cuanto desembarcaron, el mayor dijo al pequeño:

—Espérame aquí hasta que traiga mulas que nos lleven.

El más joven permaneció en el muelle, pero en vano: su hermano no llegaba.

Entonces se decidió a ir en su busca.

Caminó lentamente por calles y plazas, luego a campo traviesa, durante seis meses, al cabo de los cuales descubrió que apenas había andado una cortísima distancia.

Anduvo otro medio año, y el último mes se entretenía en coger violetas de exquisito perfume, llegando a detenerse en la falda de un monte.

Vió allí tres muchachos que disputaban y quiso conocer la causa de aquella desavenencia.

Entonces uno de los mancebos le dijo:

—Los tres somos hijos de un mismo padre, el cual, al morir, nos dejó por única herencia un turbante, un látigo y una pequeña alfombra. El turbante tiene la propiedad de hacer invisible al que se lo pone, y en cuanto a los otros dos objetos, has de saber que colocándose sobre la alfombra y chascando el látigo, te ves transportado por los aires al sitio que desees.

—¿Y dónde están esos tres objetos? —preguntó el viajero.

—Ese es el misterio —le contestaron los hermanos. —Los tenemos escondidos porque no sabemos cuál de las tres cosas nos corresponde a cada uno y no nos conformamos con una sola.

El viajero disipador les dijo:

—Traedlas a mi presencia y yo actuaré de juez en el reparto.

Así lo hicieron los hermanos, conviniendo en que el derrochador pondría los nombres de los tres objetos en tres pedazos de pergamino y cada cual escogería uno.

Pero en cuanto tuvo a su alcance las tres cosas, púsose el turbante, se sentó en la alfombra y esgrimió el látigo, saliendo por los aires sin ser visto de los tres disputantes.

Desde luego, el disipador deseaba ir al lugar en que se encontraba su hermano.

En pocos minutos se halló a las puertas de una gran ciudad.

Tan pronto penetró en ella, se informó de que el sultán estaba desconsoladísimo, porque durante la noche desaparecía siempre la princesa, su hija, y que prometía al hombre que descubriera su paradero, casarlo con ella y darle la mitad de sus reinos.

—Yo soy capaz de descifrar el misterio —dijo el disipador al sultán. —Si no lo hago, aquí está mi cabeza.

Permitiéronle entrar en palacio, y para vigilar, se acostó ante la puerta del cuarto de la princesa con los ojos a medio abrir.

Esta aguardó a que todos durmieran y, cautelosamente, salió por la puerta de su cuarto. En seguida vió al joven, y para comprobar si estaba dormido, le pinchó varias veces con un alfiler en las palmas de los pies. Viendo que no se movía, cogió una lámpara encendida y salió por una puerta trasera.

El disipador colocóse el turbante y salió volando tras la princesa.

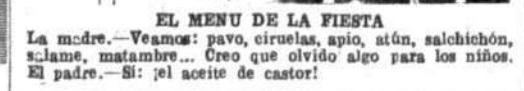
Al llegar adonde ésta se detuvo, apareció un árabe gigantesco, que llevaba en la cabeza una especie de bandeja de oro, dentro de la cual colocó a la princesa.

El disipador saltó también a la bandeja, y el morazo, lleno de asombro, preguntó a la princesa qué golpe era el que había dado.

—Yo no he movido ni un dedo —replicó ésta. —



—¿Por qué no levanta usted a esa joven?
—¡Mi padre me ha dicho que no toque nunca una mujer caída!...



EL MENU DE LA FIESTA

La madre.—Veamos: pavo, ciruelas, apio, atún, salchichón, salame, matambre... Creo que olvido algo para los niños.
El padre.—Sí: ¡el aceite de castor!

Me he quedado en la bandeja exactamente como tú me has puesto.

En cuanto el árabe comenzó a andar, el disipador mancebo redoblaba sus fuerzas para hacerse más pesado, hasta que el gigante le dijo a la princesa:

—¿Qué os ocurre hoy, señora, que no puedo aguantar tanto peso?

—Nada, ministro mío: no comprendo por qué he de pesar hoy más que nunca.

A duras penas, el árabe condujo su carga hasta un bello jardín, cuyos árboles eran de plata y brillantes.

El disipador desgajó una rama y se la guardó en el bolsillo.

En seguida oyóse una voz que, saliendo del árbol, decía:

—¡Un mortal nos maltrata! ¡Un mortal nos maltrata!

El árabe y la princesa no comprendían el caso.

Siguieron su camino y llegaron a otro jardín, donde eran los árboles de oro, esmeraldas, perlas y rubíes.

El joven invisible desgajó otra rama y se la guardó asímismo, escuchándose el mismo lamento que exhalara el árbol anterior.

El árabe estaba mudo de asombro. Con su carga en la cabeza cruzó un puente y arribaron a un bello palacio, en el cual multitud de esclavos aguardaban a la princesa.

Saltó ésta de la bandeja, asiéndose al cuerpo del árabe, y varias esclavas le presentaron dos ricas chinelas de oro y piedras preciosas.

El disipador guardóse una, y, aunque buscaron, nadie pudo encontrarla.

Rabiosa, penetró en el interior del palacio la princesa, entrando el disipador con sus tres talismanes tras ella, hasta que llegaron a la presencia del genio, el cual la preguntó porqué había tardado tanto.

La princesa le explicó cómo un joven, dormido a la puerta de su alcoba, la había retrasado.

El genio la consoló, y ambos pidieron algo de beber.

Una esclava trajo una preciosa copa de oro y pedrería.

El disipador le dió un golpe en el brazo y la copa rodó por el suelo hecha trizas. El entonces guardó un pedazo en el bolsillo.

—¿Qué me ocurrirá que nada me sale hoy a derechas? —preguntó la princesa.

El genio la consoló y mandó que le sirviera de comer otra esclava.

Colocaron varias fuentes con manjares sobre la mesa; pero, con gran asombro, notaban el genio y la princesa que la comida desaparecía. Era que el joven tenía hambre y quitaba lo que la princesa se iba a llevar a la boca.

Jamás estuvo tan inquieto el genio, que se convencía de que una tercera e invisible persona los acompañaba. Entonces ordenó a la princesa que volviera al palacio de su padre inmediatamente. Pero, al darle un beso, sintió una fuerte puñada en la mejilla.

Vino el árabe, y la princesa se colocó en su bandeja. Y en seguida el joven, con su sable, dividió al genio en dos, cortándole de un tajo la cabeza.

En cuanto ésta rodó por el suelo, conmoviéronse cielo y tierra, y se oyeron grandes gritos que decían:

—¡Qué va a ser de nosotros! ¡Han matado a nuestro rey!

El pródigo y disipador mancebo tembló de miedo, por no saber dónde se encontraba. Saltó sobre la alfombra, dió un chasquido con su látigo y, cuando la princesa llegó a su habitación ya estaba el joven echado a la puerta y en la misma actitud que antes de que ella partiera.

La princesa, irritada, le pinchó otra vez en los pies, diciendo:

—¡Tú has tenido la culpa de todas mis contrariedades!

Pero el joven no se movió.

Al día siguiente lo llamó el sultán y le dijo:

—Ya sabes que tu cabeza va a rodar.

—No, porque conozco lo que deseaba.

—Pues dilo.

—No lo haré mientras no reunas a todos los habitantes de la ciudad. Entonces hablaré.

—Se hará como quieres, hijo mío.

Y el sultán mandó convocar a sus súbditos.

Cuando éstos se hallaron reunidos, el sultán apareció, teniendo a su hija al lado.

Entonces el disipador contó toda la aventura, del principio hasta el fin.

—¡No lo creas, padre; es un engaño! —replicó la princesa.

Entonces el joven sacó de su bolsillo las dos ramas de plata, oro y pedrería, la chinela, etc., y declaró que había matado al genio maléfico.

Entonces montó sobre su alfombra y fué en busca de su hermano.

Al recibir la mano de la princesa, dió la mitad del reino que le correspondía a aquél.

La princesa declaró que era feliz, porque con la muerte del genio había roto el hechizo que tanto aborrecía y que le obligaba a ser esclava del monstruo.

Después de lo cual quiso mucho a su esposo, y vivieron todos muy contentos.

L. ASTRANA MARÍN (TRADUCTOR)


El Mono.—Pues tómese ciento cincuenta de estas píldoras con diez litros de limonada antes de acostarse y mañana me dirá cómo le va...


Un paso difícil.

De Córdoba



FIESTAS PATRIAS. — Diversos aspectos de la hermosa fiesta escolar realizada en esta ciudad celebrando el 108.° aniversario de la Jura de la Independencia.

Tres productos

COLGATE

de fama mundial.

Pasta Dentífrica COLGATE

Limpia, lava y pule los dientes en forma justa.

Conserva la dentadura hermosa, sana y fuerte y vigoriza las encías.

No contiene ingredientes arenosos que puedan perjudicar el esmalte de los dientes. Por sus muchas y buenas cualidades COLGATE es recomendado por más dentistas que cualquier otro dentífrico.

Crema de Afeitar COLGATE

Produce espuma abundante y eficaz. Ablanda la barba desde su raíz, facilitando así la acción de la navaja. No ocasiona sequedad ni ardor de ninguna especie.

Talco de COLGATE

Conserva siempre suave y delicado el cutis. Insuperable para usar después del baño y de afeitarse y especialmente preparado para la «toilette» de los niños



Pida los productos COLGATE en todas las casas del ramo.

GRATIS: A toda persona que envie el cupón de este aviso y $ 0.05 en estampillas, le remitiremos GRATIS una muestra del Dentífrico, de la Crema de Afeitar o del Talco, a elección.

Unicos Representantes:
WEYAND & Cía.
ALSINA 1088 - Buenos Aires.

Sres. WEYAND y Cía. — Alsina 1088. — Buenos Aires.

Sírvanse remitirme GRATIS una muestra de

....

Nombre..

....

Dirección..

....

Localidad..

CARAS Y CARETAS 2-8-924

MERCEDES. — Público que concurrió al homenaje tributado a la memoria del general Pedernera el día del aniversario patrio.

MERCEDES. — El Intendente Municipal, señor Olloqui, con los ganadores de la carrera ciclista de 100 kilómetros, que se adjudicaron los premios donados por la Intendencia.

Ganadores de carreras pedestres de 10.000 metros, realizadas bajo los auspicios del Club Ciclista local.



VN POETA GENIAL



Como había leído que Baudelaire, el satánico poeta de «Las flores del mal», gustaba decir y hacer mil y una extravagancias, Ricardo Barzoratti, que escribía versos detestables que él llamaba simbolistas, se dedicó a decir y hacer asimismo extravagancias. Creía candorosamente que todo genio no podía fructificar si no era en el campo del disparate. No comprendía Ricardo Barzoratti que Baudelaire no fué grande por sus excentricidades, sino que lo fué a pesar de ellas...

En fin, Barzoratti no hacía otra cosa que decir dislates en la tertulia de café. Se comentaba cierta noche el monstruoso crimen cometido con un niño, quien había sido apuñalado por un ser degenerado, con propósitos inconfesables. Los muchachos de la tertulia cafeteril tuvieron frases de repudio para el nefando criminal; sólo Ricardo Barzoratti, el baudeleriano, creyó oportuno llamar, como de costumbre, la atención sobre sí.

— Yo creo que ese monstruo de perversión, como ustedes burguesamente le llaman, es un hombre de espíritu extraordinario, un original, un genio. Mañana iré a estrecharle la mano y a tratar que me narre cómo realizó su acto singular. Tiene que ser un hombre interesante por muchos conceptos.

Y Ricardo Barzoratti, satisfecho de haber visto el estupor reflejado en el semblante de sus amigos, dió una larga chupada a su cigarrillo y se quedó espectacularmente mirando el humo.

II

— ¿Cuándo publica usted su primer libro, admirable poeta? — le pregunté un día en el café donde solíamos reunirnos.

Me miró a través de sus lentes con una mirada de genio incomprendido.

— Yo no tengo la comezón del libro, amigo. Mis versos aparecerán en el momento oportuno, en el instante preciso en que ellos tengan necesariamente que aparecer.

Confieso que estas cosas me irritaban un poco, porque jamás he podido tolerar las actitudes pedantescas; pero deseoso de penetrar en el ánimo de aquella criatura envenenada por lecturas mal digeridas, hacía como que aprobaba los dislates que se dignaba ofrecerme.

Así, pues, fingiendo un interés extraordinario, interrogaba a Barzoratti:

— ¿Me hará usted el honor de leerme su última producción?

— Soy enemigo de leer mis cosas en el café... Pero voy a hacer una excepción con usted, leyéndole mis versos.

Yo hacía esfuerzos para no reir. Aquella actitud, aquellas palabras hinchadas de petulancia, todo aquel hombre, en fin, era comiquísimo. Empero, seguí desempeñando correctamente mi papel de hombre que pasa por todo.

Barzoratti sacó una cuartilla y comenzó a leer con voz solemne lo que voy a copiar. No es que recuerde al pie de la letra sus versos; es que luego los leí en «La Voz de la Patria», periódico que ve la luz semanalmente en el pacífico barrio de Palermo.

He aquí los versos:

«PARÁBOLA

La estatua estaba muerta bajo la luna enferma.
Yo me puse a reir igual que un loco. Era
bajo la noche mística, con una calma yerma,
y la vida reía igual que una ramera.

*De pronto, abrió en la noche su rosa de misterio
mi corazón que tiene satánicos rumores.
La noche me llegaba igual que un cementerio.
Mis manos eran hechas de abrojos y de flores.*

*Me quedé sin saber qué quería. Y entonces
llegóme con el viento un repicar de bronces.
Torné a reir, y luego lloré sobre la tierra
muerta, sin vida, hecha un horrible guiñapo.*

*El corazón echaba espuma como un sapo.
El alma estaba hidrófoba lo mismo que una perra.»*

Si alguna vez tuve intenciones criminales, fué, sin duda, aquella noche atroz en que el genial Ricardo Barzoratti me leyó este galimatías que él titulaba pomposamente «Parábola», que es la manera de titular a las cosas que no entendemos ni los propios autores.

III

Pasaron siete años, durante los cuales no tuve el honor de enfrentarme con el portalira baudeleriano. «La Voz de la Patria» tampoco se honraba ya insertando sus versos incomprensibles. ¿Qué era de la vida maravillosa de Ricardo Barzoratti? ¿Había colgado la lira? ¡Imposible! Aquel hombre se sentía el más poeta de todos los poetas habidos y por haber. ¿Renunciar Ricardo Barzoratti a la gloria literaria? ¡Jamás!

Cierta tarde, al subir al tranvía, un hombre obeso, ventrudo, tropezó conmigo. Alzó la cabeza para disculparse, y me quedé con la boca abierta: el señor ventrudo era el portalira Barzoratti. Me reconoció también en seguida y me apretó la mano con el vigor de un almacenero. Claro está que bajé del tranvía, anheloso de cerciorarme de la vida del poeta enmudecido... Con la sorpresa recibida no había advertido que una señora de flacura esquelética, feísima, de gesto avinagrado, con cuatro chicos llevados a remolque, bajó detrás de nosotros y se colocó a discreta distancia, visiblemente contrariada.

—¡Quién se acuerda ya de aquéllo, amigo mío! —exclamó Barzoratti al interrogarle yo acerca de sus aspiraciones de poeta simbolista. —Ahora soy comerciante. Me he casado, tengo cuatro hijos y he echado barriga, como usted ve...

Acto seguido me presentó a su señora y me invitó a almorzar el próximo domingo. Fuí. Vivía en el barrio de la Boca. El comercio de Ricardo Barzoratti consistía en comprar y vender bordelesas y botellas vacías.

De sobremesa, me espetó un discurso terrible contra el dios Apolo y sus hijos, haciéndome al propio tiempo el elogio de Mercurio.

Y fué entonces que comprendí que Ricardo Barzoratti jamás había sido poeta. ¡Cuántos andan por ahí que cojean de tu mismo pie, oh, Ricardo Barzoratti!...



LOPEZ DE MOLINA

DIBUJOS DE PALACIO

¡NO ESPERE MÁS!

Puesto que usted posee aptitudes para ser buen músico, adquiera hoy mismo el instrumento de su predilección aprovechando nuestras oportunas OFERTAS



N.° 3004. **$ 30**

N.° 3005 **$ 39**

UNA BUENA NOTICIA para LOS AFICIONADOS del ACORDEON a PIANO

Apareció el nuevo método teórico-práctico "AMERICA" para aprender a tocar el Acordeón a Piano, por cifra o por música, sin necesidad de maestro.
Lo remitimos con porte pago, por sólo ...... $ **3.20**

DOS GUITARRAS ARTISTICAMENTE PERFECTAS

N.° 3004. — **Hermosa guitarra "AMERICA".** BOCA DE ESTRELLA, construída en madera extrafina de nogal, tapa armónica en abeto de los Alpes. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis, a .... $ **30.—**

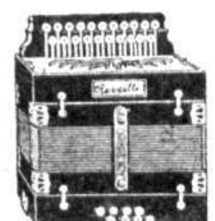
N.° 3005. — **Regia guitarra VALENCIANA** legítima. Caja en fina madera de nogal de los Pirineos, boca artística y filetes alrededor de la tapa armónica. Con método y embalaje gratis $ **39.—**

Estas guitarras pueden llevar clavijero mecánico, aumentando su precio en $ 3.—

Otros modelos de guitarras nacionales, Valencianas y Madrileñas, desde $ 12.— hasta $ 500.—.

Solicite catálogo N.° 23, enviando $ 0.20 en estampillas.

Aun mantenemos nuestra OFERTA



de este bonito acordeón de 8 bajos y 19 voces, tamaño 26 por 14 centímetros, fuelle 14 pliegues, que remitimos con embalaje gratis y método para aprender sin maestro, por sólo .... **$ 12.-**

Acordeones a Piano, Semitonados y Cromáticos de la afamada marca **"PIEMONTE"**, ofrecemos a precios de fábrica. **Solicite gran catálogo ilustrado N.° 26, enviando $ 0.20 en estampillas.**

VIOLINES ARTISTICOS

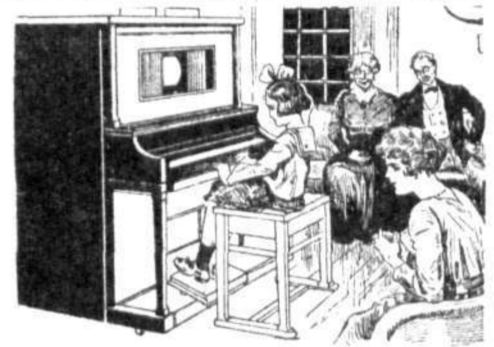
Modelos de auténticos STRADIVARIUS

Solicite Catálogo ilustrado N.° 25, enviando $ 0.20 en estampillas.



N.° 4102 bis.—**Precioso violin de orquesta.** Instrumento fino, barniz sombreado, voces melodiosas. Lo remitimos completo con estuche arco, pez y embalaje gratis por sold... $ **45.50**

Otros modelos de VIOLINES desde $ 25.— hasta pesos 2.500.—



MAESTROPIANO -

El piano ideal para estudio y concierto. Lo toca el más profano igual que el gran maestro.

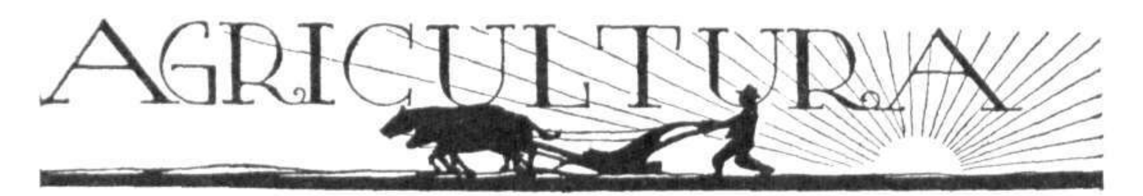
Acordamos facilidades de pago para su adquisición. Visítenos o escriba hoy mismo pidiendo datos y Catálogo N.° 31, que remitimos gratis. — ROLLOS de 88 notas.

GRAN SURTIDO en los Repertorios Nacionales y Extranjeros. Solicite Catálogo N.° 31.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS



LA GRAN SIEMBRA MAICERA

Desde agosto hasta diciembre se siembra maíz en la Argentina; siendo las heladas el mayor enemigo de este cultivo, cuando se inicia, lo único que busca el agricultor, al efectuar la siembra de este cereal, es evitar sus peligros, sus perjuicios; pero también necesita el mismo agricultor del concurso de un aliado natural, una lluvia providencial que humedezca la tierra y la disponga adecuadamente para la operación mencionada; de ahí que, según zonas, ya sea por huír de las heladas tardías o por aprovechar de las lluvias oportunas, se empieza a sembrar en algunas partes del país en agosto y se termina en otras en diciembre.

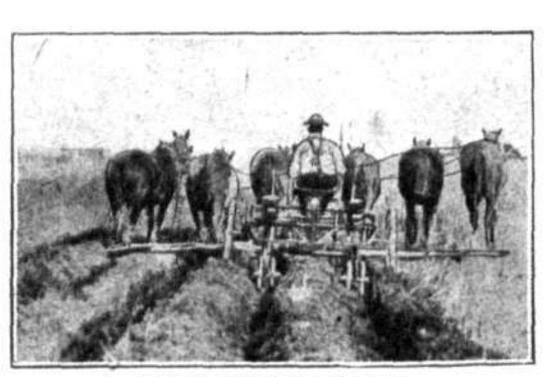


Sembradora en línea, de 3 surcos.

Cualquiera que sea la época o el momento elegido, el método de siembra es el punto de capital importancia, íntimamente relacionado con los resultados obtenibles; puede agregarse que el método de siembra del maíz, empleado, representa el grado de civilización agrícola de una zona o región, o, lo mismo es decir, el grado de cultura y de progreso de los agricultores que lo emplean; a este respecto en nuestro país se adoptan todos los métodos más diversos, desde el más sencillo, primitivo y rutinario hasta el más perfeccionado y moderno.

Este noble y valioso cereal todavía en algunas regiones del norte del país y al oeste también, se siembra a voleo, a mano; felizmente esta forma de siembra queda relegada a zonas de agricultura primitiva.

Otro sistema que todavía se usa aún en las provincias de Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos, pero en limitada escala, es con arado y sembradora; un pequeño aparato sembrador agregado a la parte posterior del arado cuya rueda derecha le comunica su movimiento; de este modo se siembra en línea y a profundidad determinada, pasándose después la rastra cruzando los surcos.



Sembradora "Lister", de 2 surcos.

Pero el método más difusamente extendido y aplicado en toda la mayor parte de la zona maicera, es con máquina sembradora de tres surcos, que deposita la semilla a la profundidad necesaria según las tierras y en líneas distantes de 70 a 80 centímetros entre sí; con esta máquina se hace un trabajo rápido, prolijo, completo y económico y su empleo y difusión constituye, a no dudarlo, un índice de agricultura avanzada y por esto lo vemos adoptado y generalizado en todo el sud de Santa Fe y Córdoba, parte de la provincia de Entre Ríos y en casi toda la provincia de Buenos Aires.

Ahora, bien, para zonas de secano, o donde se temen sequías excesivamente frecuentes y cuando se trate de tierras sueltas y arenosas, el sistema «Lister» para la siembra del maíz es el más adecuado y representa, para estas especiales condiciones, un grado de perfeccionamiento aún más avanzado; por este método de siembra la semilla queda depositada y enterrada en el fondo del surco abierto con arado aporcador y por lo tanto más cerca de la capa húmeda del suelo; como el surco, después de la siembra, queda abierto, cuando las plantas han nacido y tienen de 20 a 25 centímetros de altura, se tapa en parte el surco con los cultivadores del mismo sistema «Lister», los que rompen una parte de los caballetes, echando la mitad de la tierra en los surcos al costado de las plantas; y cuando éstas tienen de 50 a 60 centímetros de altura, se efectúa la segunda cultivación complementaria, con la cual se llena completamente el surco con tierra; la superficie del suelo viene a ser así aplanada y las plantas quedan con sus raíces a mayor profundidad que con los métodos usuales y cubiertos con tierra sus tallos mejor que si estuvieran aporcados.

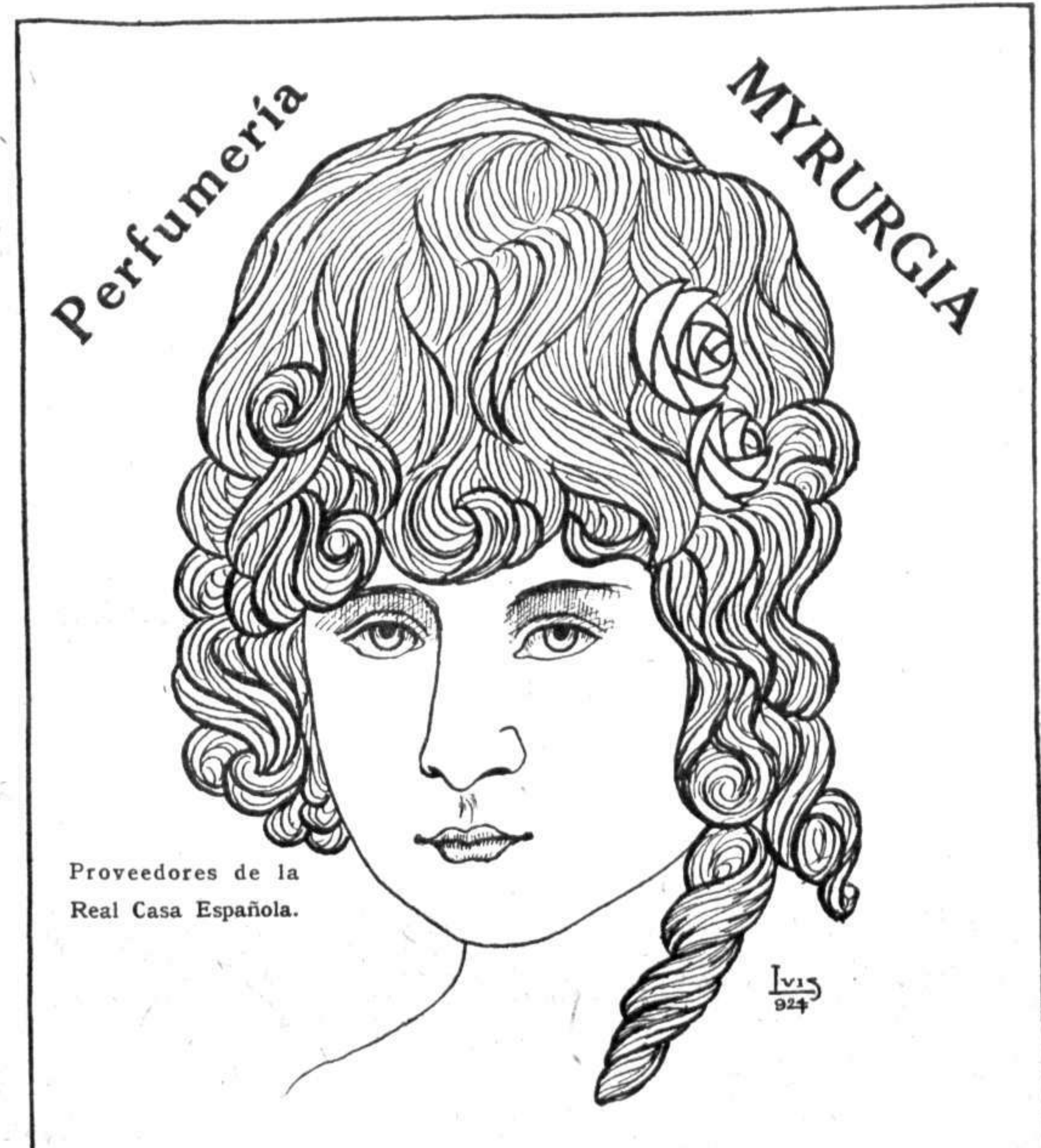
Este método de siembra asegura la fácil germinación de la semilla, protege las plantas de las sequías y de los vientos y, como se comprende, es aplicable para tierras de secano o para zonas semiáridas, pues en tierras compactas y de clima húmedo o lluvioso las semillas se pudrirían en el fondo del surco y las raíces de las plantas a tanta profundidad no encontrarían las más felices condiciones.

Puede aplicarse con resultado beneficioso en el oeste y sud de la provincia de Buenos Aires, La Pampa, San Luis, Santiago del Estero, y en general en zonas de pocas lluvias y de tierras arenosas.

Y, en fin, tenemos otro método que trata de difundirse: el de la siembra en cuadro, por medio de una sembradora de dos surcos que deja caer y entierra a regular distancia y uniformemente de un metro, tres o cuatro granos o semillas, quedando así los grupos de plantas a un metro en todo sentido y en cuadro.

Con este método las plantas colocadas en grupos a la mayor distancia entre sí adquieren la mayor robustez y puede el terreno mantenerse limpio de malezas por las repetidas carpidas de fácil y rápida ejecución; es apropiado para zonas de secano y variedades de gran desarrollo.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



El perfume

ORGIA

encierra un encanto penetrante que subyuga y no se olvida, traduciéndolo en una suave armonía de distinción.

LOCION - EXTRACTO - POLVOS - JABON

NOTA:—Cada caja de polvos GOYESCA de Myrurgia, contiene un precioso obsequio.

González, García y Cía.
Alsina, 1056-58
Buenos Aires.

De San Nicolás

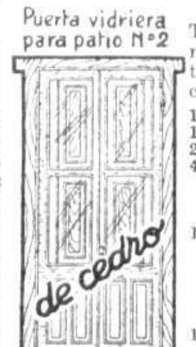


El Cuerpo de Pontoneros desfilando por las calles de esta capital el día del aniversario patrio.

Baten un record!

nuestras sólidas **PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO** porque de toda la República las solicitan.

Puerta vidriera para patio N.° 2



Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1 - 2 - 3 - 4 - 11 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27 - 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52.

PUERTA N.° 2

De 2.40 × 1.10 c/u	$ 80.—
» 2.20 × 1.10 »	» 78.—
» 2.00 × 1.00 »	» 75.—

VENTANA N.° 14

De 2.00 × 1.00 c/u	$ 66.—
» 1.80 × 0.90 »	» 61.—
» 1.60 × 0.80 »	» 57.—

Ventana N.° 14

de cedro

Acordamos **5 %** de descuento.

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

SOLICITE CATALOGO



Escritorio: Charcas 2941 —·— Buenos Aires

Ciáticas, Cálculos, Eczemas, Arterio Esclerosis.



Tales son las consecuencias del Acido Urico, toxina del organismo que impregna los tejidos musculares y la sangre. Para disolverlo tome usted las afamadas pastillas

UROTROPINA
"SCHERING"



UROTROPINA lava y desinfecta los riñones, la vejiga, el hígado y las vías urinarias, acelera la nutrición y evita la obesidad. Es un disolvente de absoluta confianza recetado por los médicos.

En venta en todas las buenas farmacias.

Insista en que le den las legítimas Pastillas UROTROPINA en frascos originales "Schering", que contienen 50 comprimidos de 1/2 gramo.

Necrología



Señora Victoria Rossetti de Angulo. — Olavarría.

Señorita María Judith Legna. — Gualeguaychú.



Señora María Josefa Iturriche de Trullenque. — Capital.



Señora Graciana I. de Etcheverry. — 25 de Mayo.



Señora Herminia A. de Bordoy. — Capital.



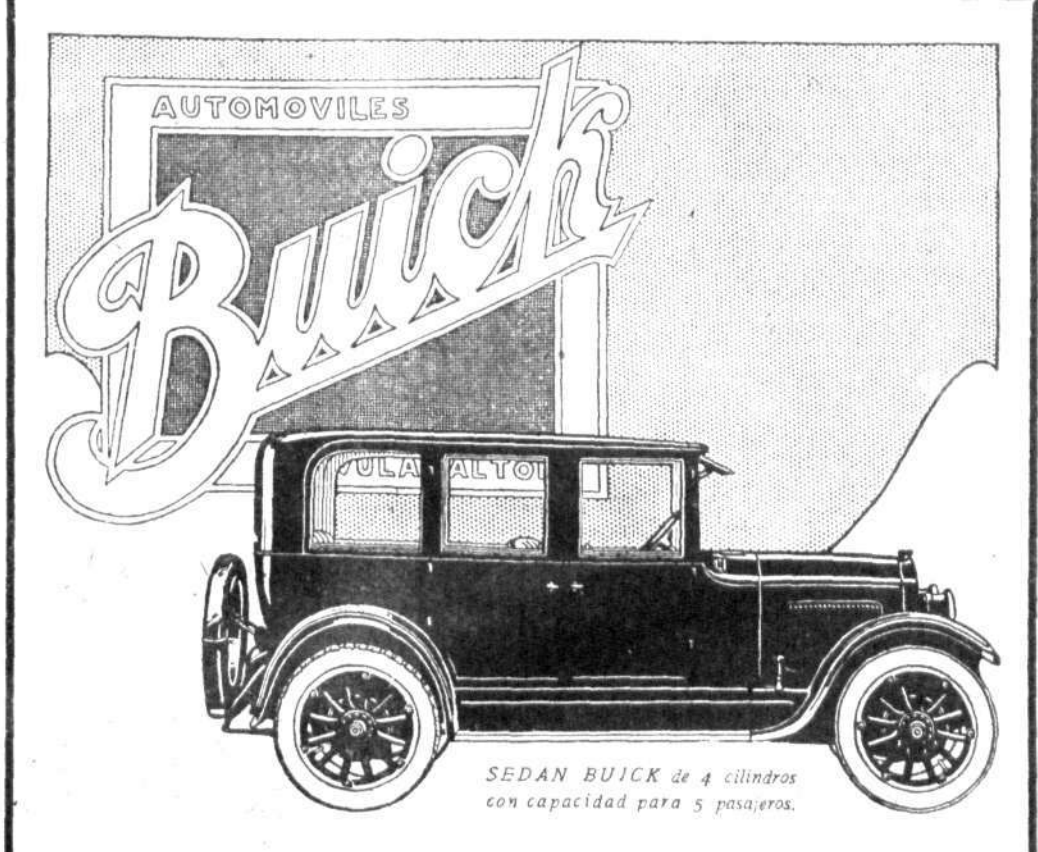
Teniente coronel Leandro N. Miranda. — Capital.



Señor Eduardo A. Weiss. — Capital.



Señor Juan Giovanardi. — T. Lauquen.



SEDAN BUICK de 4 cilindros con capacidad para 5 pasajeros.

El nombre BUICK, constituye el factor decisivo.

Pregunte a sus amigos que poseen un BUICK qué es lo que más admiran de su coche.

La mayoría de las numerosas respuestas le demostrarán que no es posible anteponer unas a otras, cualquiera de las muchas cualidades del BUICK.

Su verdadero valor se justifica en el conjunto de sus excelentes cualidades, por consiguiente lo que se aprecia es la MARCA BUICK.

Si Vd. aún no posee un BUICK, le enseñaremos gustosos la variedad de modelos existentes, y sólo entonces, se enterará del porqué del prestigio adquirido por la marca BUICK.

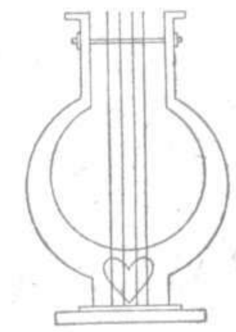
Cuando mejores automóviles puedan construirse, BUICK los hará.

HENRY W. PEABODY & Cía.

SALÓN DE VENTAS: BARTOLOMÉ MITRE, 1746.
TALLERES: BOLÍVAR, 1650. — BUENOS AIRES

REVELACIONES INTIMAS DE





XV

Los amores de Darío. — Buceando en su alma. — Una sospecha que se hace realidad. — En definitiva, Darío nunca amó.

El que profundice en las obras de Darío, ya sea en verso, ya en prosa, y trate de encontrar en ellas una revelación clara de la influencia que el amor ejerció en su espíritu, puede estar seguro de ver defraudadas sus esperanzas. No encontrará un solo arranque pasional, un momento vivido, una impresión subjetiva y honda. El amor para él es una nota de arte, un color, un matiz, un golpe de cincel, una manifestación de lo bello que precisa utilizar, pero que no es necesario sentir. Esta apreciación, desprendida de un contacto íntimo, debe tenerse en cuenta siempre que se trate de juzgar a Darío, sobre todo en su faz afectiva.

Allá en sus primeros trabajos, en forma muy vaga, se siente un poco de sabor de idilio y vibración erótica. Pero aun en estas producciones se advierte más el romanticismo de la juventud, que un sincero y franco estado de alma. Diríanse simulaciones provocadas por la edad y animadas por ciertas lecturas.

En el deseo de sorprenderlo, le dije una tarde en que su buen humor se prestaba a las confidencias:

— ¿Has amado alguna vez? Dímelo francamente.

Yo conocía la mayor parte de sus relaciones amorosas, las más importantes, por lo menos, y me interesaba saber si mis observaciones sobre su personalidad de amante, eran o no reales y verdaderas.

La averiguación no era fácil aunque el día fuera propicio. Aquel gran sencillo era un gran complicado. Rubén tenía la suspicacia del indio de su tierra, y a la verdad no sé si tenía la honra de que corriera sangre indígena por sus venas. Esa malicia primitiva, por cierto, le valió de mucho en la vida. Fué en él una diplomacia particular, ladina y misteriosa que le dió resultados. En su silencio fético, sabía muy bien las cuatro palabras que era preciso pronunciar para producir efecto, los gestos que convenían, y más de uno, listo y avisado, cayó en las redes del astuto chontal.

Bucearlo, por lo mismo, era cosa no fácil de realizar. Arqueando las cejas y mirando con una ingenuidad de ignorante, se escapaba como una ánguila. Yo, que felizmente sabía todo esto, llevaba esa ventaja ganada en mi investigación.

Al hacerle la pregunta había hecho el recuento de lo que conocía. Me acordaba, entre otras cosas, de su primer matrimonio. Creo firmemente que fué por Rafaela Contreras, por la única en su vida, que sintió el poeta algo que se asemejara al amor, y esto con muchas reticencias. Entre estas, lo que antes he dicho del influjo que en su espíritu ejerció el recuerdo del viejo Alvaro Contreras, su padre político y a quien siempre profesó veneración. Por otra parte era Stella, tal su seudónimo en las letras, una criatura encantadora, sin ser bonita. Delicada como un pétalo, vibrante como un cristal fino, con una inteligencia dulce y sutil, tiernamente pasional, se había enamorado más del artista que del hombre. Eso, entre los espíritus intelectuales tiene un alto valer. Todas esas prendas las estimaba Darío; le halagaba el homenaje de que era objeto, le complacía el tributo de aquella alma sentimental e ingenua que daba a su amor las proporciones de un culto. Sin embargo, aun en los días primeros de su separación, recién casado, no parecía preocuparse intensamente del ser querido. Recibía en Guatemala, cartas interminables de Rafaela, que frecuentemente ponía aparte sin darles lectura. Alguna preocupación de índole literaria lo absorbía y todo lo demás quedaba al margen. En Costa Rica dicen que fué un marido frío e indiferente, no han faltado quienes le acusan de cruel, pero desde luego los que tal afirmación hacen desconocieron la estructura moral del poeta.

Sabía también de su segundo matrimonio. Los amores que dieron origen a ese enlace fueron floraciones de su edad primera maduradas fuera de tiempo, y que él quiso poetizar a su regreso a Nicaragua, después de su primer ausencia del suelo natal. He aquí el hecho:

De niño, casi adolescente, tuvo una amiguita, una pequeñuela de nombre Rosario Murillo, con quien jugaba frecuentemente en su amable contacto de vecindad. En memoria de aquellos juegos que debieron tener sus delicados matices de idilio, escribió su cuento «Palomas blancas y garzas morenas», que entre los primores de su libro «Azul», acaso no será lo más bello, pero sí lo más personal y más sentido. ¡Un jirón de alma!

Vuelto al patrio solar, se encontró con la compañerita de otros días, ya hecha mujer, vestida de los encantos y la frescura de la edad, que la hacían parecer bonita. Además, era vivaracha y adornada de cierto vislumbre intelectual. Los recuerdos viejos, trabajados por la fantasía, dieron lugar a una simulación de amor. El testimonio de que no era otra cosa lo que movía su alma, es el no haber tenido empacho en desprenderse de ella en la ciudad de Panamá, tres meses después del matrimonio, siguiendo tranquilamente viaje hacia Colombia, llamado por el presidente Núñez, el que hacía la obra plausible de abrirle las puertas de oro de Buenos Aires, la ciudad que tanto debía influír en sus futuros

destinos. Pero no confirma el aserto solamente la separación. Hubo también ausencia epistolar. Así tuve oportunidad de oirlo de los propios labios de la esposa en un viaje que por mar hicimos en las costas centroamericanas, llevando análogo rumbo. Iba ella en excursión de negocios, tal me dijo, y al referirme las ingratitudes del consorte, como buena enamorada, absolvía al infiel que por esos días cruzaba la más hermosa etapa de su vida: joven, sano, glorioso y amado.

Bajo el acicate de mi pregunta a quemarropa, Darío me miraba siempre con sus ojos llenos de asombro, en actitud que no sabría decirse si era de reserva o de curiosidad. Hasta temí, por su rara expresión, que mi pregunta hubiera sido inoportuna.

No era así.

— Ya lo creo que he amado, y mucho — respondió de pronto. Hizo una pausa y agregó como en una dulce reminiscencia. — ¿Te acuerdas de Rafaela? Tú la conociste. ¡Qué espíritu tan delicado! Una preciosa inteligencia. Si hubiera vivido hubiera hecho obra. Tenía fibra.

A medida que hablaba, su acento iba tomando impregnación de pena. No sabría decir si por el recuerdo mismo o por las nostalgias de los tiempos idos. Tú la conociste — repitió, deteniéndose en una breve pausa silenciosa.

Me habló después de una chica mundana con quien tuvo dares y tomares en Buenos Aires. Si mi recuerdo no miente, era francesa, y al decir de él, a más de bella, inteligente y gran artista. Y trajo a sus labios algunos nombres más, casi todos de muchachas del vivir alegre. La verdad es que esa casta formó, casi siempre, el círculo de sus aventuras amorosas.

Seguía empeñándose en probarme que había amado y sobre ese tema charlamos un buen rato. Su tenaz insistencia afianzaba mis dudas. Es más, comprendí que no trataba de engañarme sino que era víctima de una verdadera autosugestión. El mismo se engañaba.

¿Era Darío incapaz de amar?

Casi lo creo, pero me parece también que nunca pudo llegar a la mujer o a las mujeres que de una manera honda hubieran penetrado en su alma. Tímido para todo, lo era particularmente cuando de problemas femeninos se trataba. De esta timidez, casi morbosa, me parece que él mismo da cuenta en sus memorias, pero siempre sin un preciso recuerdo del hecho. Se trataba de una tertulia en casa de una distinguida familia salvadoreña, la familia Arbizú, que Darío frecuentaba con cierto interés amoroso. Se llamaba el objeto de su admiración, Refugio. La niña sabía el sentimiento que despertaba, pero a la vez le sorprendía el silencioso platonismo de su adorador. Uno de los concurrentes quiso abrirle el camino al poeta y lo obligó a decir algo. El enamorado silencioso se contentó con escribir estos versos que, por malos demuestran la turbación de quien solo sabía hacerlos buenos:

Las que se llaman Fidelias,
Deben tener mucha fe.
Tú que te llamas Refugio,
Refugio, refúgiame.

Pues bien, es el caso digo,
Que ya es preciso variar,
Ya es preciso demostrar
Del enemigo, enemigo.
Darle con rostro de amigo
Muchas flores, mucha miel,
Y dentro de esto la hiel
Ponzoñosa, y ya embriagado,
Traer un cuchillo afilado
Para arrancarle la piel.

Esa debilidad invencible en materia de mujeres le impidió entrar en relaciones que, sin duda, hubieran acabado por despertar en él sentimientos más intensos y que hubieran dado a su lira mágica, armonías que quedaron para siempre dormidas en sus cuerdas.

Una mujer bella que hubiera halagado su temperamento de esteta delicadísimo, con brillo y actuación social culminantes para llenar su vanidad mundana, que la tenía y no en dosis pequeña, con una inteligencia, no superior, pero suficiente para comprenderle, y, finalmente, con un poco de carácter para dirigirle y tino para no dárselo a conocer, hubiera sido su Leonora o su Beatriz.

Desgraciadamente, mujeres capaces de encuadrar en ese marco, sólo pasaron ante sus ojos como vaporosa ficción de un cuento de hadas. Su timidez le impidió que el cuento cristalizara en historia. Y acaso se consoló, más de una vez, de aquel distanciamiento, murmurando en su interior, como la zorra de la fábula, viendo las uvas: «están verdes».

En aquel desflorar de intimidades no vino a colación ni una sola vez el nombre de Francisca Sánchez a quien ha dedicado unos versos muy poco reveladores y hasta con cierto sabor de forzoso. No me extraña. Persona que conoce esa aventura amorosa del poeta y que tiene todo el crédito de mi fe, me asegura que fué un episodio sin incidente, cosas rodadas y venidas por ley fatal, en que jugó papel la condición abúlica del bardo y un poco de hambre de hogar y nada más.

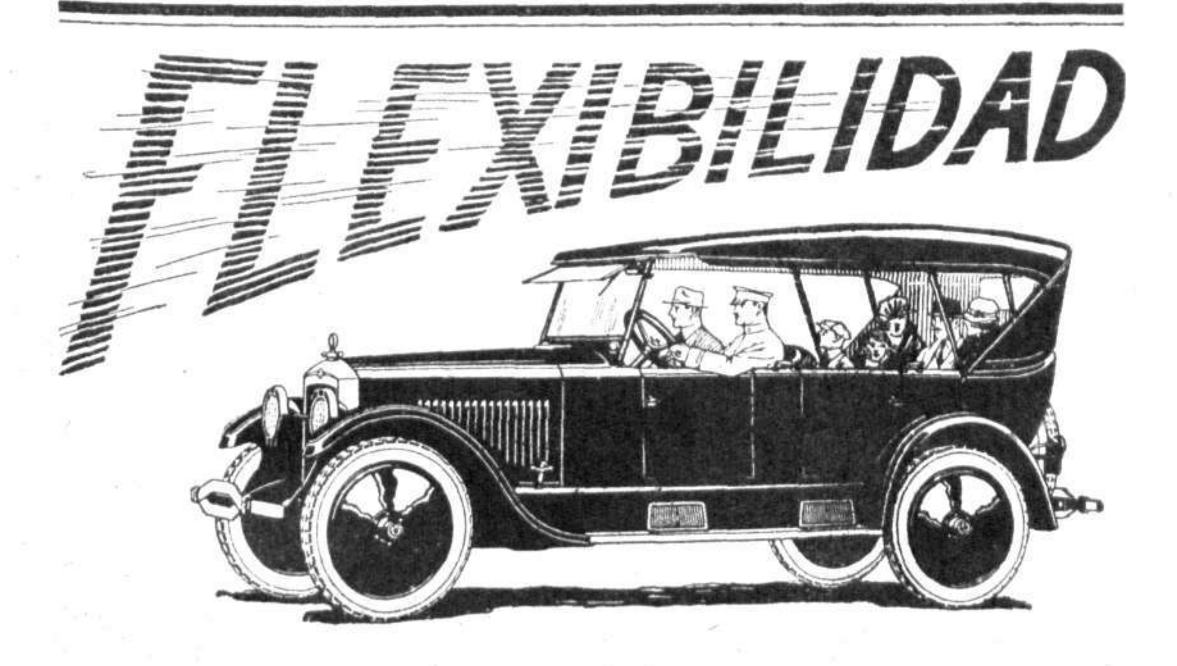
Mi criterio quedó definitivamente formado después del buceo. Darío no amó nunca. De allí que en su obra aparece más la voluptuosidad que el amor, una voluptuosidad embellecida con sabor pagano, con imaginación helénica, o bien poetizada con distinción de los mejores días de los tiempos galantes. Una voluptuosidad *Muy Siglo XVIII.*

M. SOTO HALL

(CONTINUARÁ)

CASTEX (Pampa). — Público que asistió al acto de la inauguración de la artística placa que da nombre a la Diagonal "9 de Julio".

CASTEX. — Concurrentes a la inauguración de la Biblioteca Popular "San Martín".



Studebaker
SEIS GRANDE

El Studebaker Seis Grande lo llevará a Vd. a la velocidad que desee. En treinta y cinco segundos puede acelerar de un andar de 3 kilómetros a una velocidad de 86 kilómetros por hora.

La abundancia de potencia fácilmente dominada, es una de las características del Seis Grande. A menudo sabemos de automóviles Seis Grande que han alcanzado hasta 112 kilómetros por hora, pero esto es más de lo que generalmente se desea.

El Seis Grande es un coche de siete asientos, de excelente calidad y amplias proporciones. Reune cuantos detalles pueden contribuír a aumentar la comodidad, estando provisto de paragolpes niquelado, en el frente y en la zaga; rueda de disco de repuesto, con goma acordonada, cámara de aire y funda de neumático; radiador niquelado, con motómetro; limpiador automático de parabrisas; lámpara en el compartimiento posterior; farol posterior que hace las veces de señal de parada; planchas protectoras de aluminio en los estribos y muchos otros detalles de verdadero lujo.

El Seis Grande es el preferido de todos aquellos que desean un automóvil verdaderamente bueno, en todos los países de la América latina. Mucho celebraremos que Vd. pase a examinar el Seis Grande en nuestros salones de venta.

The Studebaker Corporation of America

AVENIDA DE MAYO, 1235. BUENOS AIRES

Bodas de Plata



Señor Pedro Requema y señora Dolores G. de Requema. — Avellaneda.



Señor García y señora. — T. Lauquen.



Señor Vicente Celaá y señora con su familia. — Tortugas.



Esposos Echegaray-Pecotche. — Lomas de Zamora.



Señor Ignacio Gutiérrez y señora Adela di Diego de Gutiérrez. — Lomas de Zamora.

Las "golosinas" que los niños prefieren.

Tanto en el desayuno como en el te de la tarde, los niños reciben con vivas muestras de alegría esas deliciosas "golosinas" que son las galletitas de Bagley, en cualesquiera de sus selectas variedades.

La esmerada e higiénica elaboración de estas ricas galletitas con productos seleccionados, de pureza y calidad comprobadas, las hace sigularmente nutritivas, sanas y digestivas.

Contituyen, por cierto, una valiosa ayuda para las madres que se desvelan por la buena salud de sus pequeños.

Dé galletitas a sus niños para mantenerlos sanos y fuertes.

Galletitas BAGLEY



En todas las despensas y almacenes.





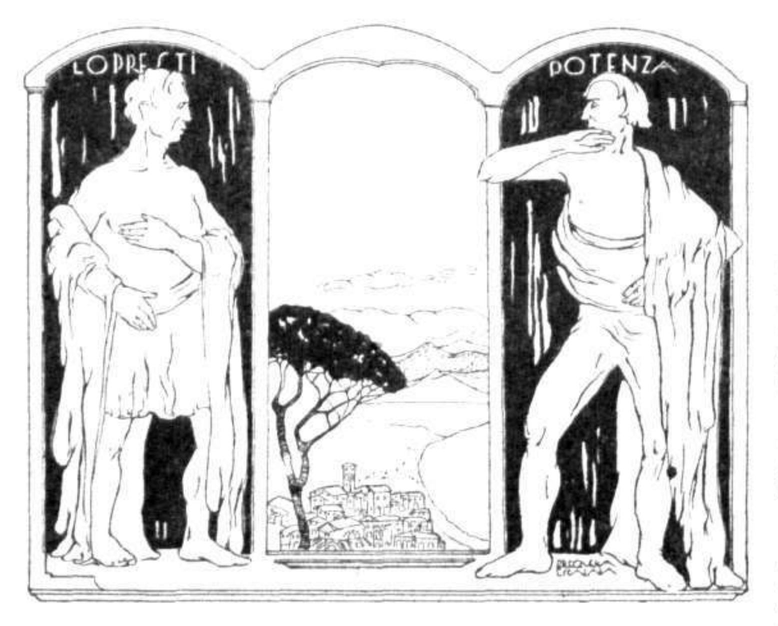
GENERAL PICO (Pampa). — Señoritas y jóvenes de la sociedad local que prestaron su valioso concurso en la velada literaria-musical, realizada en el Teatro "Centenario".



Equipo de 1.ª División del Pico Football, que resultó vencedor en el interesante match jugado con el Club Güemes, adjudicándose una artística copa donada por el señor Berisso.



Team de 2.ª División del "Club Güemes" que no obstante el excelente juego desarrollado resultó vencido.



ROSA FRESCA *y muy* PERFUMADA...

En la tarde de un día de fiesta, Roque Lo Presti fué encontrado muerto de un tiro en las espaldas, en el camino polvoriento entre Borghetto y Alcamo, por unos campesinos que se fueron corriendo a llevar la noticia al pueblo.

La precoz primavera siciliana había prendido ya las llamas coloradas de los malvones silvestres a los lados de las carretas, entre las tupidas malezas de los higos chumbos; y la tonalidad del cielo, inclinado con indiferencia sobre las cosas, era tan intensa que casi hacía daño mirarla. El joven asesinado se quedó durante mucho tiempo tendido boca abajo en el polvo, con las manos encogidas, como si quisiera todavía agarrar algo en el lodo negruzco empapado por su sangre. Nadie se atrevió a tocar el cadáver antes de la llegada del alcalde. Los concurrentes se quedaron allá, sentados a los dos lados de la carretera, con las piernas colgando en las orillas del riacho, comentando discretamente lo acontecido. Nadie se extrañaba o manifestaba horror; la costumbre de los asesinatos alevosos por venganza dejaba a todos indiferentes.

Entretanto, el alcalde concurría al lugar del crimen, acompañado por el teniente de carabineros, quien le interrogaba inútilmente.

— ¿Qué opina usted de eso? Diga, usted que es del país... ¿qué opina?

El teniente no podía tener ninguna opinión al respecto; había llegado a Alcamo solamente pocos días atrás; no conocía a nadie; era necesario que los que podían y debían le ayudaran, poniéndole en el buen camino...

— Diga usted... por lo que usted sepa... ¿el extinto tenía enemigos?...

El alcalde sacudía la cabezota enmarañada y llena de granos, hundida entre los hombros cuadrados; torcía los ojos, molestado por las preguntas, y cruzaba sobre el pecho su ancha capa negra; pero ni una palabra salía de sus labios, apretados bajo los bigotes duros. El teniente, dándose cuenta de que sus preguntas eran inútiles, se calló.

En cuanto al alcalde, su opinión estaba hecha desde luego... pero respecto a comunicarla, ni pensarlo siquiera... Se precisaría estar loco...

Después del crimen, el cual coronaba, puede decirse, la larga serie de ofensas e injurias recíprocas, la guerra estaba declarada entre los Lo Presti y los Potenza. Era prudente, por lo tanto, sin tomar partido por una de las dos familias, quedarse apartados, extraños, en observación.

Así llegaron los dos, encerrados en sus pensamientos allá donde yacía el cadáver. Los concurrentes, llegando de los cortijos cercanos, habían aumentado. Alrededor del muerto había agitación y murmuraciones, que cesaron a la llegada del teniente con el alcalde.

Las averiguaciones de la ley fueron breves. Luego, como el sol iba poniéndose rápidamente y desde el mar cercano soplaba un viento fresco, algunos individuos de buena voluntad cargaron el cadáver en una litera improvisada y todos, formando en un cortejo lento, negro y triste, marcharon rumbo al pueblo.

Los deudos del asesinado no quisieron proporcionar a la gente el espectáculo de su dolor. Recibieron el cadáver sin lágrimas.

A los silleteros se repartió vino y dinero y desde luego la pesada puerta del palacio feudal volvió a cerrarse implacable ante las caras ávidas del populacho curioso. El muerto fué colocado en el vestíbulo inmenso del palacio Lo Presti, escasamente iluminado por las velas. Allá esperaba toda la familia reunida.

Alguien alcanzó a ver, espiando a través de las altas ventanas, la figura majestuosa del anciano Lo Presti agacharse sobre el hijo al que le habían traído muerto. Nada más. Pero en aquél dolor mudo, intenso, demasiado desdeñoso y más allá de las lágrimas, había una promesa de venganza.

¿Los Potenzas habían querido cortar las esperas? ¿Ser los primeros? ¿Abrir las hostilidades? Tanto peor para ellos.

El teniente de los carabineros, entretanto, perdía la cabeza. No había logrado sacar una palabra de la boca «de toda aquella gente». Su elocuencia de buen florentino, criado entre el Longarno de Acciaioli y la Zecca Vecchia, se inutilizaba ante aquel silencio tan duro y terco. Aquel padre bíblico, quien, con la muerte del hijo joven y gallardo, había visto perderse sus más queridas esperanzas y que, sin embargo, permanecía sereno y despreocupado de la búsqueda de los asesinos, como si el hecho no tuviese interés para

él, hacía perder la brújula al buen oficial. El lo había interrogado inútilmente: — Mi hijo era un buen joven — contestaba el anciano — y no tenía enemigos.

Pero dos días después del entierro de Roque Lo Presti, a media noche, un sobrino de Rosario Potenza fué muerto de un tiro mientras volvía a casa. Entonces la guerra quedó declarada.

Una guerra de acechos, de largas esperas detrás de un muro en ruinas o un seto vivo para alcanzar al enemigo aislado, descuidado, como una presa preciosa; una guerra de ardides a la cual proporcionaba oportunidades inmejorables el país lleno de colinas y montes, donde eran muy frecuentes los escondrijos.

El odio antiguo, que se había quedado durante un largo período como amodorrado, estalló otra vez y más fuerte entre los Potenza y los Lo Presti; nadie conocía los orígenes de aquel odio, que había nacido tal vez de la injusta repartición de una herencia, en el terco, insaciable amor de los campesinos para con su tierra en discusión; odio que vino aumentándose poco a poco, hecho una cosa sola con la sangre de las familias adversarias, mientras que la causa del conflicto se había borrado de la memoria de todos.

Al principio, las víctimas fueron los parientes más cercanos de los primeros dos muertos; luego, encontrándose los Potenzas y los Lo Presti vinculados con la mayor parte de las familias de Alcamo, la guerrilla se hizo general.

En cuanto a los demás, indiferentes, se despreocupaban casi por completo del asunto, cuidando tan solo de no comprometerse en ninguna forma. Las dos familias enemigas se quedaron así aisladas, encerradas en un círculo en el cual los desinteresados se cuidaban muy bien de penetrar.

El teniente de carabineros escribió informes tras informes. Uno más inútil que el otro. La «omertá» de tierro siciliana envolvía en silencio y misterio los hechos sangrientos, hacía inútil todas las pesquisas investigaciones. Los asesinos eran siempre puestos al amparo de la justicia, ayudados a huir, a ocultarse, y abastecidos en las montañas donde buscaban un refugio.

Algunas veces se encontraba a uno de ellos muerto en un campo, dentro de un seto, en una casa asolada, carroña en putrefacción, señalada por el ancho rodeo de cuervos en el claro cielo de la primavera.

El pobre tutor de la seguridad pública no tenía otra cosa que hacer sino redactar el enésimo informe y enviarlo a la autoridad superior.

Entretanto, la primavera espléndida adelantaba. La tranquilidad del tiempo que vuelve a hacer el camino acostumbrado era parecida a la calma de los dos ancianos, Potenza y Lo Presti. La tormenta que estallaba alrededor de ellos se quebrantaba impotente en las barreras de su silencio.

Se encontraban todos los días de fiesta en la misa, escoltados por hijos y sobrinos como por una guardia del cuerpo y se saludaban como si nada existiese entre ellos para dividirlos. En el templo, los Potenza que poseían una capilla particular, tomaban asiento a la derecha del altar; los Lo Presti estaban a la izquierda. Todos los presentes llevaban tal vez el fusil bajo la capa; un nada bastaría para hacer estallar una batalla allí mismo en el templo, durante la misa.

Pero la calma de los dos ancianos imponía a los demás.

Entretanto, las matanzas aumentaban. Un Potenza fué muerto mientras dirigía el trabajo en los campos; encontrándose a caballo, con dos «campiri» en la esquina de un caminito, fué alcanzado por una ráfaga de tiros que mató a él y a uno de sus dependientes. El otro, quedado a salvo, se marchó al galope para llevar la noticia.

Y así todos los días; en las campiñas, en las casas, hasta en las calles del pueblo. Se respiraba una atmósfera heroica...

Los dos ancianos veían así menguar la descendencia numerosa, sin una palabra o un gesto. Esperaban callados para morir a su vez; esperaban que una de las dos familias desapareciera, destruída por la otra.

EL conflicto se generalizó; salió de Alcamo; como una corriente crecida rompe la esclusa e invade los campos, el asunto interesó la opinión pública, los órganos de la prensa. Se habló de él en el Parlamento. Un buen día, habiendo llegado las cosas a este punto, el Prefecto resolvió enviar a Alcamo al caballero Ildebrando Serena, comisario de policía, encargándole una esmerada investigación y un informe sobre las medidas más oportunas de represión.

Un buen muchacho era el tal Serena; gallardo y buen mozo, con una cabeza de humanista del 300, los rasgos fisionómicos profundos y llenos de dulzura a la vez. Estaba enamorado de su profesión, a la cual se había entregado por instinto romántico, que lo llevaba a buscar las aventuras y el peligro.

El mundo moderno para estos soñadores activos está mal organizado. Es imposible crearse en él una vida llena de emociones y variada, cuando uno no es financista o ladrón. Ildebrando Serena no había podido ser financista por falta de fondos, ni ladrón por exceso de escrúpulos. Por lo tanto, se había hecho comisario. Su padre le había hecho cursar estudios literarios, de los cuales no había quedado a Ildebrando Serena otra cosa que el entusiasmo lírico para los poetas del pasado y sus huellas en el mundo. Nada más.

He aquí cómo en una mañana de primavera, en la cual el mundo parecía nuevo, y el Domingo de Ramos acababa de pasar en un revoloteo de verde, el comisario Serena subió a bordo de un tren, rumbo a Alcamo.

Alcamo. La patria de Ciulo, o Ciullo, o Celo, o Cello. (Los críticos e historiógrafos todavía no han logrado un arreglo definitivo al respecto). En todos los casos, Alcamo es siempre la cuna de la lírica vernácula italiana. Alcamo. Allá había brotado el primer tallo legítimo de la poesía de Italia; por primera vez se habían hecho allá versos en el dulce idioma de la *Divina Comedia*... Y mientras el tren corría y las campiñas multicolores huían rápidamente a los dos lados, el mar latía en las cercanías hinchándose de ternura bajo el plácido cielo de marzo, el caballero Ildebrando Serena lleno de sagrado fervor y puro entusiasmo, declamaba:

Rosa fresca aulentissima,
ch'appari in ver d'estate,
le donne te desiano
pulzelle e maritate... (1)

y en su corazón había pensamientos límpidos y bellas imágenes. Pero algo le molestaba, esto es lo que le habían dicho, lo de que había podido enterarse ho-

(1) Traducción.

Rosa fresca y muy perfumada,
que apareces cuando está próximo el
[verano,
las mujeres te desean,
solteras o casadas...

jeando los numerosos informes en el despacho del Prefecto, comprobaban una rara pertinacia en el mal por parte de los descendientes de Ciullo d'Alcamo. Las matanzas, al parecer, no se calculaban más y como si esto no bastara, los informes hablaban de mieses cortadas antes de la cosecha, viñedos devastados, ganado degollado. Ildebrando Serena, que veía pasar ante sus ojos la bella campiña adornada por colores vivos, como una hermosa campesina luciendo los atavíos domingueros (y verdaderamente en la tierra de Ciullo de Alcamo las hermosas imágenes se le despertaban espontáneamente en el espíritu) y sentía por esta visión la impresión de alivio y descanso que proporciona la de una madre fecunda, dichosa de su propia maternidad, pensaba que los descendientes de aquel que había cantado la «rosa fresca aulentissima» debían ser muy malvados, si se atrevían a llevar su mano destructora no solamente sobre el hombre, ser tan superfluo en la Creación, que todas las fuerzas de la naturaleza parecen coligarse para destruírlo, sino también sobre los dones inmensos de la buena tierra fértil. Por su cuenta, no se atrevería tampoco a cortar aquella florecita amarilla, en las orillas del camino, que se estremecía envuelta en el torbellino del tren corriendo a toda velocidad. ¡Qué estado tan raro de espíritu para un comisario en misión! Pero todo el humanismo de su primera educación venía a flote en el empuje de la primavera, con el aire bueno de los campos que le hinchaba el pecho.

En la estación encontró al teniente de carabineros, quien había venido a buscarle con la charrette del doctor del pueblo de Alcamo. El doctor manejaba el vehículo, enseñando su ancha cara proconsular; llevaba el nombre de un filósofo: Tomás. Se llamaba también Negrelli, pero decía que el apellido echaba a perder el nombre de pila.

Durante el camino, el teniente enteró al comisario de los hechos.

— También ayer un asesinato y esta vez en el centro del pueblo. Un cierto don Miguel Biondo hablaba en rueda de amigos... de repente, un tiro... y muerto...

— ¿Y el asesino?

El teniente hizo un ademán de desaliento.

— ¿Quién sabe?

Hubo un breve silencio. Estremecimientos de alas se oían en la serenidad inmóvil.

— Pero ¿los motivos... las causas de todo esto? — preguntó el comisario.

— Salvajes... salvajes... — contestó el oficial.

Pero el doctor se interpuso. — ¿Usted quiere conocer los motivos? Es muy fácil de decir... Los sicilianos toman las cosas demasiado en serio, mejor dicho, las toman trágicamente. ¿Ve usted, caballero? — añadió tras breve compás de espera. — A los sicilianos les falta el sentido de la ironía... no saben reirse... Cuando se den cuenta de que toda la vida no es sino una inmensa carcajada, estarán a salvo... Entonces se reirán de ellos mismos y de los demás... Pero hasta aquel día es preciso dejar que esta gente arregle por sí misma sus sinsabores.

Llegaron al pueblo. A la entrada de la plaza, bajo la catedral, los versos del antiguo

Rosa fresca aulentissima

cantaron otra vez en el alma de Serena. Pero ninguna dama siciliana le dió la bienvenida desde el balcón.

Al iniciar la investigación el caballero Ildebrando Serena no tuvo mucha suerte, que digamos. Ante sus preguntas, los alcameses se encerraron en su silencio inquebrantable. ¿Qué querría, pues, aquel señor elegante, buen hablador, quien, mientras hablaba, admiraba sus uñas, evidentemente tan satisfecho de sus uñas como de su elocuencia? Serena, desde el principio, perdió la esperanza de lograr algún resultado.

— Por suerte — le dijo el doctor Negrelli — ha llegado usted con tiempo para la procesión del Viernes Santo.

Pero a Serena no le importaba un bledo la procesión. Veía su misión naufragar miserablemente en el estero podrido e inmóvil que la conspiración del silencio socavaba alrededor de su actividad. Su presencia no abatataba en lo más mínimo a los alcameses.

En el día mismo de su llegada, un Potenza fué asesinado en el café, mientras tomaba un refresco; se quedó muerto mientras llevaba la copa a los labios; y uno de los Lo Presti fué matado mientras se asomaba al balcón de su casa y permaneció así acostado sobre el antepecho, con las manos y la cabeza destrozadas colgando sobre el muro hacia la calle.

A Ildebrando Serena los versos del antiguo cantor, que él había declamado con el corazón lleno de entusiasmo, se le antojaban ser una derivación muy amarga.

¡Pobre Ciulo, o Ciullo, o Celo, o Cello! Dios sabe cuándo los críticos lograrían ponerse de acuerdo; también en este nombre hay una incertidumbre; un motivo de desunión. ¡Oh Alcamo, país de la discordia!

— Por suerte ha llegado usted con tiempo para presenciar la procesión del Viernes Santo — decía el doctor.

— Pues, vamos a ver la procesión, si no hay otra cosa mejor por hacer.

— Tenga usted paciencia, paciencia — decía también el doctor. — No pierda usted la calma. Usted quiere traer aquí la ley. Pero aquí la ley quita el culpable a la venganza, lo pone tras una puerta, diez puertas, hace funcionar tras él candados, cerraduras... lo pone al amparo donde ningún tiro puede alcanzarlo... Es lógico que esta gente desconfíe de usted y de la ley. Sosiéguese usted.

— Y además — añadía — diez, veinte, cien individuos de nuestra clase, aniquilados, devueltos a la gran matriz universal, no cambian el orden de las constelaciones en lo infinito... no molestan ni por un solo estremecimiento el latido regular del Universo. ¿Quiere un consejo? Lea a Epiteto.

— ¡Linda cosa ser filósofo! — pensaba Serena.

Dos días después era Viernes Santo. El día fué tranquilo. A la puesta del sol, la gente empezó a concurrir en gran número a la plaza.

El comisario Serena se encontraba en el balcón de la casa del alcalde, de donde se podía gozar por completo del espectáculo de la plaza, hormigueante de gentío. A su izquierda estaba el doctor charlatán y a su derecha, por equilibrio, el alcalde callado.

A las nueve horas en punto, entre los estallidos de los cohetes, la procesión salió de la iglesia. Iba delante un tamborcillo que golpeaba su instrumento envuelto en crespones. Detrás estaba un pobre hombre de barba, quien debía representar al Cristo. Sobre su cabeza enmarañada llevaba la corona de espinas; una capa negra de penitente cubría sus vestidos, pero aquélla era tan corta que asomaban por abajo los tubos

prosaicos de los pantalones deshilados y los gruesos zapatos de campesino, llenos de lodo. Alrededor de esa romántica figura del Salvador, algunos poseídos, desempeñando el papel de judíos, derramaban injurias y blasfemias.

Detrás de este prólogo excesivamente dramatizado, la tragedia milenaria de la Pasión Cristiana se desarrollaba en forma hierática. Las imágenes seculares, llevadas en andas por jóvenes gallardos, esculpidas y coloreadas con violento realismo, salían de la iglesia. Se adelantó primero un Cristo, desnudo, esquelético, atado a la Columna de la infamia. Tenía las carnes amoratadas por los golpes y llenas de sangre. Su rostro, bajo la luz de los cirios, aparecía feroz por la congoja. Miraba a la muchedumbre con rencor. Tal vez era verdadero rencor para con sus adoradores que no habían sabido elegir entre tantas actitudes de su vida sino aquella en la cual aparecía horriblemente desfigurado por el dolor físico.

Pero he aquí diez hombres de frac, llevando a una Virgen; una cara pálida surcada por las lágrimas y con dos largas manos descansando sobre el pecho traspasado por siete hojas. En la seda de la falda que se hinchaba por el viento de la noche destellaban las piedras preciosas. La procesión se desarrollaba, entretanto, a lo largo de la calle principal de Alcamo, un poco escarpada. La fatiga de los que cargaban con la estatua aumentaba. Se paraban a menudo y la larga hilera de los cirios los acompañaba, como una larga serpiente negra, echando llamas por los ojos.

Después de la Madre, otra imagen del Hijo salió de la iglesia. «Eccehomo». Era el Cristo con la capa de púrpura sobre las espaldas, martirizado por los golpes de rebenque, la corona de espinas, el cetro de caña, todas las insignias de su risible soberanía.

— Esta gente — murmuró Serena — debería llevar en la procesión a Barrabás, el ladrón malvado, no al Cristo.

— Mi querido comisario — le contestó el doctor — pensad en que el Cristo, aun sin referirme a su «Quien a hierro mata, a hierro muere» que parece la evangelización de la ley del Talión, Cristo, repito, es uno de los más terribles provocadores de discordia que yo he conocido. La idea de la igualdad social preconizada por él hizo una cantidad de víctimas que no logró superar el mismísimo Tamerlán.

Entretanto, pasaba por la plaza, dentro de un cajón de cristal llevado por presbíteros, el Nazareno muerto. Y la gente seguía saliendo de la iglesia llevando las velas con las llamitas flotantes, infinitas, y todo aquel pueblo llevaba en la noche sin luna los símbolos casi humanos de una religión que no tenía para él ninguna transcendencia y contra la cual pecaba cotidianamente.

Por último salió del templo, el Cristo en la Cruz, teniendo a sus lados a las dos Marías llorando. Un grupo de una dramaticidad inmóvil y primitiva a la cual el cielo lleno de estrellas proporcionaba el último término.

Un Potenza lo había donado muchos años antes a la iglesia, reservando a los miembros de su familia el privilegio de llevar la pesadísima imagen en las procesiones. La alta Cruz adelantaba lentamente sobre el oleaje de las cabezas.

Aquella vez los Potenza se habían presentado en número escaso para llevar al Cristo crucificado, porque la familia había sido disminuída por las venganzas. Pero ellos habían manifestado tanto desdén para toda ayuda, que nadie se había atrevido a proponérsela. Ahora la Cruz tangueaba allá arriba como el mástil de una chata sobre las olas. Se paró, peligrosamente inclinada hacia un costado, y estaba a punto de caerse, cuando alguien desde la muchedumbre se abalanzó para sostenerla; primero entre los demás un jovencito, el último hermano sobreviviente de Roque Lo Presti. Aquel trataba de sujetar con la espalda la lanza casi abandonada, cuando uno de los Potenza lo arrojó violentamente hacia atrás, gritando:

«¡Tú no, tú no!»

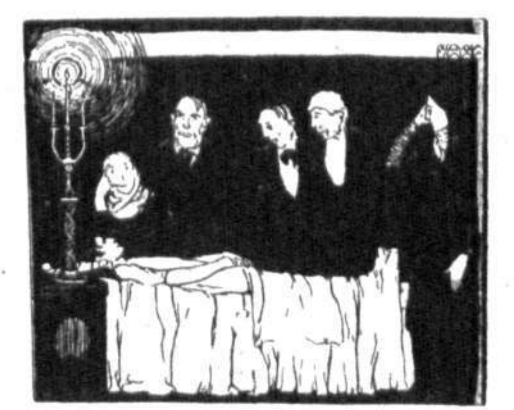
Y le largó un formidable puñetazo sobre la cabeza. El joven se tambaleó. Luego, sin un grito, sacó el cuchillo y lo sepultó en el vientre del agresor, que cayó boca arriba en los brazos de los que estaban detrás de él. A los gritos, acudieron los Potenza y sus partidarios; el asesino desapareció bajo un alud humano con los puños tendidos.

La noticia del hecho circuló rápidamente a lo largo de la procesión y de todas partes acudieron los Lo Presti. La lucha se trabó con ferocidad en la gran plaza, bajo la impasibilidad helada de los focos eléctricos.

Sobre la marea tormentosa la cruz de los Potenza tangueaba en continuo peligro de caerse a cada rato y siempre detenida en el límite extremo del equilibrio, veinte veces, por cien brazos poderosos. Alrededor de ella la lucha embravecía. Los Lo Presti se empeñaban encarnizados en derribarla para infligir la suprema injuria a los enemigos. Pero la gran figura de la Pasión, empujada, golpeada, asaltada por todas partes con siempre mayor enfurecimiento, resistía siempre. Por fin, cayó con inmenso ruido, mientras los combatientes se apartaban para no quedar aplastados. Cayó, y las macizas estatuas se hicieron pedazos. Entonces se oyó un tiro. E inmeditamente los golpes se multiplicaron, sembraron con sus puntos siniestros el bramido de la muchedumbre, las quejas de los heridos; como por un milagro, todo el mundo se encontró en las manos su propia arma. Toda la plaza no fué sino una inmensa, caótica tormenta de gritos, imploraciones, tiros... como durante un levantamiento.

Y en el balcón del alcalde, que el miedo había medio desalojado, y parecía una roca inmóvil sobre un mar de gentío, el pobre comisario caballero Ildebrando Serena se arrancaba el cabello desesperadamente.

C E S A R I N O
G I A R D I N I



Comentarios

— Irigoyen y Alvear...
— No está bien dicho.
Es «Alvear e Irigoyen» más fonético.
— Respeto su capricho.
— ¡Respete usted el orden alfabético!
* * *



Dice con aire sombrío
un pobre diablo:
— ¡Dios mío!
Hoy tiritan los buzones
y les salen sabañones
a los árboles. ¡Qué frío!
* * *

— Ana Ríos se ha casado
con el doctor Celedonio
Laguna.
— ¡Qué matrimonio
tan húmedo ha resultado!
* * *

Hay sujetos que suelen gritar:
— ¡No pagar! ¡no pagar! ¡no pagar!
Y Molina no sabe qué hacer.
Y Molina principia a toser.
Y Molina les piensa imitar.
* * *

— Vendrá el ilustre huésped. Y yo, oculto, —
murmura Elpidio, — pasaré los días,
siempre escurriendo el bulto,
sin penas ni alegrías,
como si no existiera;
y no podré obsequiarle a mi manera
con un mate emblemático,
tan rico y a la par tan democrático.
Soy un hombre modesto
y me gusta vivir obscuramente;
pero como en las fiestas, fatalmente,
seré un vice de incógnito, protesto.
* * *



— ¡Qué talento prodigioso!
¡Qué sublime inspiración
tiene el autor del hermoso
drama «La putrefacción»!
Aplausos atronadores
han de premiar sus tres actos,
el día que encuentre actores
lo bastante putrefactos.
* * *



— Los otros específicos
no son nada científicos.
Este destruye el vello
y hace crecer, señores, el cabello.
Preparado con médula de coco,
radio y algas marinas,
si a las sardinas se les pone un p
el cabello les crece a las sardinas.
* * *

— Yo no me caso. Mi cocinera
que es una fiera,
con su conducta me ha convencido
de que conviene vivir soltera.
No la despido
porque no quiero.
Puede que un día
la eche a la calle, por fastidiosa.
Si me casara, ya no sería
la misma cosa.
* * *

— Justo, ya he regresado.
— Le Breton, ya lo veo.
— ¿Y cómo lo ha pasado
durante mi paseo?
— Muy bien. Ni un solo arbusto
mostró desobediencia.
— Le felicito, Justo.
— Con toda diligencia,
sauces, pinos y acacias
le militaricé.
— Justo, un millón de gracias.
— Le Breton, no hay de qué.
* * *



— Enriqueta vive ociosa.
— ¡Qué mujer tan apagada!
— Enriqueta no hace nada.
— No hay otra tan perezosa.
— Las malas lenguas dirán
que es un espíritu muerto;
¡pero es un ángel!
— Es cierto.
Es un ángel holgazán.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Tierra paradisíaca, por **Arturo Capdevila.** Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** Invierno, por **Ricardo Gutiérrez.** Yo tengo un reloj que adelanta, por **Juan José Frugoni.** Palabras en el silencio, por **Fernán Félix de Amador.** Puesta de sol, por **Guillermo House.** Eternum Bellum, por **H. Fernández Méndez.** El padre de la flojera, por **Ciro Torres López.** Ni deuda que no se pague, por **E. M. Danero.** Las bromas del Káiser, por **Francisco Grandmontagne.** La venganza de Viracocha, por **Ernesto Morales.** Lamento del cóndor prisionero, por **Raniero Nicolai.** El dilema, por **Pablo Girosi.** La Fe, por **Luis Pirandello.** Los dos, por **Gracia Deledda.** Se fué mi caballo, por **Guido Da Verona.** El pirata, por **Arturo Conan Doyle.** Momentos embarazosos, por **Charles Dunn.**